RODRIGO CORTÉS

Hija del cielo



RANDOM HOUSE

RODRIGO CORTÉS

Hija del cielo



RANDOM HOUSE

En la tierra hay bosques tupidos, y ríos, y montañas, y senderos llenos de abrojos. Y al final de la tierra se encuentra el mar que vamos a cruzar pronto. Y al final del mar se encuentra Jerusalén. No tenemos jefes ni guías. Pero todos los caminos son buenos para nosotros.

MARCEL SCHWOB

PRIMA PARS

MANO IZQUIERDA

I

El fragor de las hojas secas, decía siempre el padre Alén. El fragor de las hojas en el otoño, cuando los árboles se deshacen y los jardines se deshacen y el suelo se llena de marrón y todo cruje, como si estuviera recién hecho, y el suelo se separa un poco más del cielo. Es un ruido espantoso.

Poco sabían, fuera del secreto, qué quería decir el padre Alén con eso, pero el padre Alén era un viejo temible de sonrisa gastada que casi nunca hablaba en vano, aunque a veces sí, y que se comunicaba con los demás con aspereza, confiriéndoles así existencia. El otoño es un espanto en cualquier sitio y en Gabaón más, aseguraba con esa voz raída que era también tos; en este lugar sin lugar cuya realidad toca recordarle a Dios de vez en cuando.

El padre Alén temía el otoño de un modo irracional. Todo el mundo teme el otoño, decía, cada uno a su manera. Todo el mundo sabe que lo siguiente es la muerte.

Gabaón, con sus cincuenta fuegos largos, era un rincón apartado incluso para el norte del país, aunque una cosa es Gabaón pueblo, más grande antes que ahora, y otra Gabaón colegio, u orfelinato, según, o Gabaón seminario —ya no—, o Gabaón monasterio. En realidad, se llamaba Colegio de la Estricta Observancia de Gabaón, sin una gota de cisterciense. Todos le decían Gabaón, Gabaón sólo, así era más corto y se entendía de sobra, y tampoco es que en el pueblo hubiera más cosas que destacar, algún pecado venial,

bosques de castaños y robles, casas un día coloridas, adoquines fuera de lugar, descalzados, invadidos de hierba, restos de fuentes adventicias (el pasado es un lugar), mucho musgo, indistinguible ya de la piedra, y un bar celeste apagado que al atardecer se llenaba de pescadores.

En Gabaón colegio, por su lado, se practicaba la religión verdadera, no la de ahora, la buena, la que acomoda sus usos a las verdades de Dios, que sólo cambian si él lo hace —Dios no está del mismo humor siempre— y en lo demás es flexible. El gran edificio de piedra, al borde de un cortado que moría donde nace el mar, exhibía una falsa robustez que, una vez superada, tornaba en falsa hospitalidad: cuando a alguien le daba por contemplar el mar durante más de dos minutos, le apetecía tirarse a las rocas.

No era que el muro de granito espantara las visitas. Tampoco que la suavidad de tonos buscara engañar a nadie, aunque hacerlo lo hacía, cosas de las energías. Aquellos matices y formas, aquellos volúmenes que se fingían amables, admitían a los de siempre y a ellos sólo, a los que vivían allí, a los que estaban ya dentro.

El edificio principal, que debería haber sido del granito de las casas y del propio muro, era de sillarejo enjalbegado con forjado de madera; de paredes, por tanto, sólidas, blancas casi, con refuerzos de piedra en las esquinas y rebordes para enmarcar los vanos y los balcones mismos, aunque pocos daban afuera y los que aún lo hacían raramente se abrían si no encaraban el patio o el jardín trasero, recogidos en molduras de castaño viejo, con un gran blasón familiar, a saber de qué familia, en la fachada lateral de poniente, de tamaño grande, dos leones, uno a cada lado, así, por si alguno se moría, todo de antes de la guerra, de cuando la Reforma General, y una cruz grande, pero no muy grande, de granito también, justo a la entrada, tan tosca y contrarreformista que se diría recién robada del

camino.

Así que Gabaón colegio era una de esas fincas de las órdenes de antes, de cuando las cosas marchaban, pero lo era de un modo inexacto, casi recordado. Todo era distinto allí, difícil de razonar; todo estaba un poco del revés, un poco boca abajo y un poco patas arriba, aunque, pasado el susto, se trataba de un colegio normal, con niños aburridos y gritones, pobres en general, de rodillas peladas, huesudas.

Nadie recordaba por qué monjas y no curas se ocupaban de un colegio de niños y no niñas, y por qué tantas. Gabaón era grande, el huerto exigía atención y allí no paraban los hombres, como eran grandes el jardín y hasta el invernadero, donde las hermanas cultivaban hierbas raras y flores amenazantes. Así era todo en Gabaón, que seguía sus propias reglas; hasta cuando fue seminario estuvo lleno de mujeres, con los inevitables accidentes, nunca tantas como ahora, sesenta y una en total, pululantes y llenas de propósito.

Y dos curas indolentes para seguirles el paso, tal vez uno si el padre Solitude se marchaba de viaje, lo que sucedía a menudo. Y el enjuto y vertical padre Alén para gobernarlos a todos, con su voz de rallador de pan y sólo Dios por encima.

Y una niña endemoniada encerrada en una habitación sin ventanas, arriba, donde nadie pisa ni respira si el padre Alén no quiere. En la parte de atrás del edificio. En el lado norte. Al final del pasillo. En el cuarto piso. Donde ni las enredaderas llegan.

II

A veces me siento ir, no sé cómo decirlo, me siento como desaparecer, así, patapum, desaparecí, pero eso es lo normal, me parece a mí, o por lo menos me pasa muchas veces, por dormir poco será, por eso y porque sí, te lo digo yo, o a lo mejor es por los vacíos, porque a veces tengo vacíos, no sé si lo he dicho ya, como todo el mundo será, supongo que no seré yo sola, y el padre Alén me dijo un día que es normal, que eso es lo normal, me dijo, y siempre me dice que no tengo que preocuparme por nada, que los vacíos son normales, dice, y luego me dice que si he soñado algo raro y yo le digo que sí, pero porque siempre sueño cosas, y luego me dice que si necesito algo y yo le digo que no, y luego se va y me deja sola y le da dos vueltas a la llave, clac, clac, que las cuento yo siempre, clac, clac, y a veces se queda un rato largo y, si se queda, pues se sienta en la silla del rincón y ya, que ya sé perfectamente que no se dice silla, que no es una silla silla, es otra cosa, porque es blanda, y entonces cuando es blanda pues no es silla, y se queda allí como si no tenía prisa, mirándome el vestido y todo, y a mí no me importa nada que el padre me miraría el vestido, ni tampoco sor Adriana, que a veces se llama madre Adriana y a veces hermana Adriana, porque se puede decir de muchas formas, ni me importa que me miraría la madre superiora, que yo creo que es la madre superiora porque está llena de arrugas, ni tampoco el médico, que a veces viene y se queda un rato largo. Y eso. Y, ahora que lo pienso, no sé si la madre superiora es la madre superiora, porque igual es

sólo que es muy vieja y entonces la llamo así porque parece una madre superiora, pero siempre pone caras cuando se lo digo, caras de torcer la boca, digo, aunque la tiene torcida ya, por las arrugas será, que la tirarán de un lado, o a lo mejor porque no oye bien, o a lo mejor porque no dice nada y ya, como si estaría seria, que a veces oyes perfectamente y no dices nada pero porque no quieres, o a lo mejor resulta, porque a veces pasan esas cosas, que ni siquiera es monja monja y es sólo una señora disfrazada, ¿te imaginas? Yo sí. Y a veces me da por pensar que la madre superiora es una tortuga que tiene como mil años.

Y a veces oigo a los niños al otro lado de la pared como si estarían muy lejos, y ya sé yo que son niños porque gritan como locos, que a mí no me la dan, que yo también soy niño, niña, vamos, así a lo loco gritan, cuando salen al recreo, te lo digo yo, o cuando salen a jugar a la pelota aunque no hay recreo, que a veces se puede jugar a la pelota porque te lo dicen, no porque hace falta, por ejemplo en gimnasia. Y la he dicho a la madre superiora, que no sé si es la madre superiora, que por qué no me pone mejor en una habitación con ventana, pero, como ella nunca dice cosas, pues no me ha contestado y ya, y se lo he dicho al padre Alén, que es el que manda, que me ha dicho que de ventana nada, por mi bien, que es para que no me dé por saltar cuando me agarran los vacíos, dice, por si me quedo mirando el mar, dice, que tiene mucho peligro, niña, y yo no creo que me daría por saltar, la verdad, yo creo que me quedaría mirando sólo, que seguro que el mar es muy bonito y a lo mejor es tan bonito que me quedo así, tonta, pero sin saltar ni nada, porque a veces me lo imagino bien y, no sé por qué será, pero entonces venga a sudar, venga a sudar, pero a lo frío, y es como si había vivido dentro del mar siempre.

Y en mi pueblo no hay mar ni hay nada, que en mi pueblo hay

un castillo, pero es un castillo de esos que sólo se sabe que es castillo porque te lo dicen, porque ya casi no queda, o porque está muy alto, que es lo que le pasa al de mi pueblo, que está en lo alto de Orate, que es como se llama el pueblo, Orate, y el castillo no sé cómo se llama, castillo, digo yo siempre, que está bien alto y ya casi no le quedan piedras, pero algunas sí, y si te dicen que son de otra cosa pues te lo crees, y el castillo se ve muy bien desde la plaza y se le ve desde más sitios, pero desde la plaza es desde donde mejor se le ve, te lo digo yo, porque desde la plaza da como la pinta que es un cuadro o algo, allí arriba, como mandando al pueblo, sobre todo por la tarde, con el sol y eso, cuando todo es tan bonito tan bonito tan bonito tan bonito que lo que más te apetece del mundo es salir corriendo. Y una vez vino un retratista de la capital, que no fueron a buscarle ni nada, te lo digo yo, que vino él porque quiso, y le sacó un retrato ahí mismo, ¡zas!, al castillo, digo, y el retratista se quedó un rato ahí parado, allí, como esperando, y luego, ¡zas!, salió en el periódico, que no me lo han dicho ni nada, que lo vi yo con estos ojos, al día siguiente, digo, que me lo dijo Agapito, el de la farmacia, en la farmacia justo, y luego me dijo que iría con él a la parte de atrás, donde guarda los mentoles y las aspirinas, que hay más farmacia por detrás que por delante, y que me quedaría bien quieta, y quedaba muy bien el castillo en el periódico, aunque se me manchaban los dedos, por la tinta sería, que no sé por qué no la secarán antes, negros se me quedaron de agarrar tan fuerte el periódico, como si me le irían a quitar le agarraba, y Agapito me dijo que ya estaba, y a mí me dio como orgullo que salía mi pueblo en el periódico.

Y en Eresma, que es la capital de Eresma, que también es provincia y es río porque hay cosas que pueden ser muchas cosas, no hay mar ni hay nada, no sé si lo he dicho ya, yo creo que no, en

toda la provincia, digo, aunque en Eresma sólo he estado una vez que yo sepa, o a lo mejor dos, y me parece que allí había romanos, pero antes antes, o a saber, igual hay romanos ahora, que esas cosas no se saben, esas cosas no están claras nunca, que tampoco es que he ido tanto a Eresma, que es la capital de Eresma, no sé si lo he dicho ya, sólo una vez o dos he ido, y no habría visto romanos aunque me habría fijado, porque para ver romanos hay que tener mucha suerte y saber bien cómo visten, y yo iba a acompañar a padre a un recado, que no me dijo cuál era, algo del ayuntamiento. Y padre me compró un gorro, un gorro la mar de fino, te lo digo yo, si no la decía nada a madre, si no la dices nada, me dijo, si no la cuentas nada, te le compro, y hasta me dijo que igual, si era buena buena buena buena, me compraba otro otro día, y luego me dejó donde la plaza, ahí tirada, tan pancha, y me dijo que volvía a las tres o así, me dijo, sobre las tres o así vuelvo, y, como no tengo reloj ni nada, pues tenía que preguntarle a todo el mundo, porque el reloj de la iglesia no sé leerle bien, a gente distinta, digo, porque no se puede preguntar a los mismos siempre. Se cansan. Y luego padre volvió como a las cuatro, que menudo es padre, oliendo a vino y a torrija volvió, más flojo que antes, pero como yo ya tenía el gorro y a lo mejor un día me compraba otro y en Orate hace un frío que pela, pues yo tan contenta, que lo mismo me daba a mí que serían las cuatro que las tres, que el gorro al final era el mismo, aunque es más sombrero que gorro, te lo digo yo, más de fieltro que de lana, que me daba como una vuelta por delante y a ver qué me decía madre cuando me le veía en la cabeza y veía que no era gorro, tan contenta como estaba yo, y padre más, con la cara bien roja los dos.

Y entonces todo era normal o casi, no como ahora, normal en general, digo, porque antes todo era lo mismo, te lo digo yo, lo mismo para todos más o menos, y no me imaginaba yo, ni padre ni

madre ni el cura ni nadie, que iba a acabar aquí, patapam, en este cuarto sola, que no te digo que es malo, que aquí me tratan muy bien, que es un cuarto de los buenos. Más bonito, si te fijas, que el de Orate, que es tirando a chiquitujo. Pero ojalá me dejarían ver el mar, porque me han dicho que el mar está justo donde el suelo, no justo, pero bastante a mano, más abajo si se quiere que el colegio, que a lo mejor es un poco castillo también y, si le da la gana, llega donde moja, justo ahí, y allí ya no hay ruido ni hay nada, detrás del humo, digo, el que se te mete en la cabeza, digo, no sé cómo explicarlo, que es más como ceniza blanda, no sé cómo decirlo bien, que es como cuando te pintan la cabeza por dentro sin pedirte permiso ni nada. Así que el mar está ahí abajo, que es lo que estaba diciendo, que esas cosas se notan muy bien, sobre todo en la cabeza. Y a veces, por la noche, si te pegas bien a la pared y te quedas muy muy quieta, suena.

III

Los pasos del padre Alén, arrastrados y suaves en su arrastrar, no delataban edad, ni corporeidad siquiera, y eran en muchos aspectos los de un espectro, sin que eso tuviera nada de particular; el padre Alén era un fantasma para muchas cosas, salvo para las que cuentan. Como el calzado apenas le sonaba, nadie se atrevía a saludarlo y los niños se le hacían a un lado como si fueran el mar Rojo.

El padre Alén no era un hombre culto, o no particularmente, su sabiduría era del tipo natural, había sido albañil antes que fraile y aun después un rato, y, entre una cosa y otra, se pasó dos años en Roma, estudiando. Nada tuvo que ver en la construcción de Gabaón, fundado hacía dos siglos ya, sí en la de aquel suelo cruzado de líneas blancas para las carreras y el fútbol que borraba un poco cada día mientras los niños se le apartaban. Hacía más de medio siglo que inventara un tipo de cemento que no quiso patentar, o que no le dejaron patentar, no está claro. Los superiores le dijeron que era cura: eres cura, Alén, recuérdalo, los curas no patentamos. Le dijeron que se debían a lo que se debían: nos debemos a lo que nos debemos. Que estudiara, que aprendiera lo que había que aprender y atendiera a los niños, que eran lo primero; si quieres patentar ideas, le decían, haberte pedido inventor, o haberte quedado en tu pueblo, que era Valceña, al otro lado del país, en el sur del sur y al sur de Ojácar, justo antes de llegar al Delta. Pero que, como se había pedido cura, pues eso.

El padre Alén afirmaba que su invento era tan duro como el granito mismo: un poco de clínker molido y un poco de sílice puestos a gritar a más de mil grados, con una parte de yeso que no desvelaba a nadie. El padre Alén no creía que hubiera tanta distancia entre educar a un niño y hacer suelos, todo es cuestión de proporciones, decía, al principio somos todos blandos y luego nos endurecemos, la clave es aprovechar el instante en que todo es posible. El padre Alén era un sabio, pero no se le notaba hasta pasado un tiempo.

Alén aprendió en Ojácar las primeras letras, y luego se fue a Gaiena. Y luego a Roma. En Roma había sido muy feliz, en un edificio muy estrecho de la plaza Navona que hacía casi esquina y casi chaflán, junto a la calle Agonale. Allí fue pobre como una rata, como todos los estudiantes, y se murió de calor y de frío, muchas veces a la vez. A veces los futuros curas —españoles todos— robaban salchichones de las tiendas. Por puro respeto al lugar, los llamaban salami. Después se confesaban. Allí se aprendió la Biblia entera, de cabo a rabo, y allí se le olvidó lo que no importa y se le quedó lo que vale: un sentido de lo bueno y de lo malo que la Biblia explica muy bien, también un sentido del drama (a veces canturreaba mientras leía) y un gusto por lo antiguo que, rebasados los ochenta, no se le había pasado. En Roma había aprendido mucho.

Cuando lo devolvieron a España, cayó en Gabaón lleno de ideas, empeñado en convertir el pueblo en una pequeña Roma. Hizo dibujos y planos de lo más detallado, dispuesto a darles a las paredes una mano de ocre, salmón, amarillo suave, y a adoquinar las calles, y a poner aquí y allá fachadas con frontones curvos, cornisas, medallones (Roma es barroca, decía, más que antigua). Hasta en el colmado de Marica Suz plantó un pórtico que no le

dejaron acabar: ni había dinero para el mármol ni ganas de obtenerlo, sí un estupor general que zarandeó bien el árbol y puso el pueblo a respirar, algo es algo, porque muchas cosas sí se hicieron. Del adoquinado se encargó él mismo, con arena afilada y virutas de piedra. Los vecinos colaboraban. Alén les pedía que caminaran y ellos caminaban, para pulirlo bien: que brille mucho, les decía. Que cambiaran de ruta si hacía falta, de costumbres, de sentido. Y eso hacían. Aquello mejoró la aldea, que por mudar de piel mudó también el ánimo y desde entonces reflejaba un poco más el cielo. Los coches botaban más, pero, como allí no había, no era un inconveniente. Y las calles ya no se embarraban. Eso era mucho.

El padre Alén ahorraba un poco para comprar ropa buena, como hacen los italianos siempre, hasta los pobres. Se paseaba por el pueblo hecho un pincel, con traje negro (o gris pizarra visto de cerca), alzacuello almidonado, gafas de sol de marca. Y un maletín de cuero para meter los planos y la funda de las gafas. Y un paraguas negro. Y un rosario de hilo oscuro enredado de nudos franciscanos que le habían regalado en Roma y que guardaba como recuerdo. En Roma es así todo, decía, y es verdad que era así: en Roma los curas pueden ser actores de cine si quieren, y hasta directores, y las monjas pueden echar a volar convertidas en palomas blancas en cuanto se levanta algo de viento. En Roma hay monjas con hábitos tan amplios, con velos tan tenues e inconsútiles y escapularios tan mullidos y suaves y cogullas tan acogedoras y tocas tan algodonosas, tan llenas de picos y valles, que apetece acampar en ellas; por eso las monjas de Gabaón —que por Alén remedaban a las romanas— siguen siendo las mejores del país, y por eso el padre Alén adquirió ascendiente tan pronto, antes en el pueblo que en el colegio, como una sombra callada que no dejó de crecer y que ni los más recalcitrantes ignoran hoy.

Luego el colegio fue hacia arriba y el pueblo abajo, a saber por qué. No se puede estar a todo. En cuanto supo que la Roma chica no iba a ser, Alén se dedicó en cuerpo y alma al colegio.

Primero amplió el lado sur. Luego añadió unos establos que, por falta de caballos, acabaron de almacén con forma de establo, con amarres, bebedero, canal para el estiércol, sala de ordeño (el padre sabía hasta donde sabía), bien ventilado todo por la fuga del techo. Quiso también hacer piscina, pero las monjas se le pusieron de manos. Tapó el hueco a regañadientes. No se entiende la paciencia que tuvo con él la diócesis: como lo habían mandado fuera, tocaba defender la inversión. Les cogió el gusto a los niños, eso también, a empujarlos aquí o allá con suavidad; a veces sólo hay que esperar, hay frutas que maduran tarde.

Más cosas.

Como el primer androceo —bullente un día— se había quedado en cuadro, tocó cerrar el seminario; en Gabaón sólo las monjas brillaban, para satisfacción de Alén, quien recordaba muy bien su juventud primera; sus impulsos, más que sus deseos. Recordaba a la bailarina de la que se enamoró en la plaza Farnese de Roma, frente a la iglesia de Santa Brígida, y de la que huyó un día sembrándolo todo de pistas sólo para estar seguro de que, si ella no lo perseguía, era porque no quería, no porque no supiera cómo. Desde entonces confiaba en las mujeres, en su crueldad sencilla, en su indiferencia, como desconfiaba del hombre, de sus vanidades tontas, que reconocía en sí y combatía a ratos, a veces hablando con Dios, a veces con baños de mar, muy temprano, a veces a base de ayunos que llegaban a durarle dos semanas.

Por eso el padre Alén pasaba tanto tiempo con aquella criatura del cuarto piso, a la que temía tanto y adoraba tan mal, o a la que temía siempre y adoraba a veces, fascinado como estaba por su

autoridad infantil, como un entomólogo frente la majestad y belleza del ciervo volador.

El padre Alén era un hombre abrumado de estímulos.

IV

La primera vez que mordí a una niña tuve bastante razón, qué pena no acordarme ahora del nombre, los nombres son importantes, te lo digo yo, los nombres son para algo. A mí morder no me gusta en general, no lo hago porque me gusta, lo hago porque me sale y ya, o a veces porque, si te fijas, es difícil no morder. A veces es dificilísimo. Por eso me llevaron a Madrid, o no sé si por eso, porque tardaron un poco en llevarme, pero antes le había mordido a un cerdo donde el corral del Sotovelo y le mordí porque sí, porque me dieron las ganas, para ver cómo chillaba y eso, y luego mordí ya a madre, que no se lo dijo a nadie, sólo a padre, pero a la segunda ya, y a lo primero le dijo que se había dado con algo, que me he dado en la cabeza, le dijo, que es donde la había mordido yo, pero al final ya se lo dijo dijo, y luego la mordí a la niña bien mordida, pero porque me incordiaba y me llamaba cosas y me decía cosas de su hermano: no te acerques a mi hermano, que dejes en paz a mi hermano, y yo la dije que si era su hermano qué, que a mí qué me decía, que no era nada mío, que hablaría con él si quería y que me dejaría en paz a mí, que era él quien se me arrimaba, y primero se lo dije normal y luego, como no se callaba, pues ya la mordí en la boca y luego tiré para atrás a ver si así se la quitaba la bobada, y por ver a qué sabía, que sabía como a llave, y por eso te digo que la mordí con razón, porque tenía una razón muy buena. Y luego ya le mordí a padre y luego a Sebas, el hijo del maestro de Lesmas, que es un pueblo que está cerca, pero le mordí muy poco porque me

caía bien, un bocado nada más, y luego me llevaron donde el cura, que es cuando le mordí al cura. Y luego me llevaron ya a Madrid. Por la vía rápida me llevaron.

Puedo morder con vacíos y sin vacíos. Según. Es distinto. Sin vacíos es normal, sin vacíos muerdo más como queriendo, para acabar un follón, por ejemplo, o porque a veces morder es lo suyo, que no me digan a mí que no, si no, no harían falta dientes, aunque a veces también hablo o insulto o lo que sea, o a veces me río sin venir a cuento, o saco la lengua y todo y me la doblo y cosas así, normales, y, cuando tengo vacíos, que son las otras veces, pues pueden pasar muchas cosas, sólo que con vacíos me entero luego, al despertarme o porque me lo cuentan, y entonces, cuando pasa eso, pues normalmente muerdo más rato.

Y una vez tuve un vacío y me desperté como en casa, como por fuera de la casa, digo, arriba, en el tejado, pum, que no sé ni cómo llegué, aunque, como la casa es baja por el lado de detrás, por donde empieza el monte, digo, que allí le decimos el otero, en Orate, digo, que ahora que lo pienso se parece a otero, Orate, otero, Orate, pues por ahí es más fácil subirse, aunque dormida sería aún más fácil, te lo digo yo, eso seguro. Y qué pena no verlo.

Y una vez me desperté de golpe y tenía a padre encima.

Y una vez me desperté de golpe y estaba como cansada, en el suelo, digo, justo al lado de la cama, que es donde duermo yo mucho, que madre me dice siempre que para qué está la cama, que ya la he oído, madre, que yo sabía muy bien que me habían pasado cosas porque había como sangre por el suelo, eso lo primero, antes de empezar a manchar, digo, que entonces todavía no manchaba, y porque la luz era distinto, por la luna sería, o por el vacío mismo.

Y una vez me pasó una cosa que no se la cree nadie, te lo digo yo, y también la luz era distinto, en el Bosque de las Casas, digo,

pero no en el bosque bosque, más en el lado de allá, más cerca de la cantera, por la noche, digo, y a mí me gustan las plantas, no sé si lo he dicho ya, eso te lo reconozco, por eso a veces las miro y a veces me las como y todo, aunque más las miro que me las como porque sé perfectamente que hay plantas que no se pueden comer y plantas que sí, como las plantas de los huertos, por ejemplo, o las de los campos de atrás, o la remolacha y las alcaparras, que sí que se pueden comer pero entonces se llaman verduras, o me comía los helechos, aunque sobre todo les mastico como si fueran pan, agarro bien la hoja, así, amarga y todo, con cara de boba, así, y se me cae el helecho por un lado de la boca y ese día no había luna y me iba dando con todo, que así llegué luego a casa, como si me había encontrado con un montón de perros. Y entonces oí la voz, un poco donde la cantera y un poco donde la cabeza, como si me la estaría inventando, y la voz me llamaba por mi nombre y yo, como mi nombre me le sé de siempre, pues miré enseguida, al norte o adonde sea, que los lados no me les sé, no es como con mi hermano, que no sé si lo he dicho ya, pero tenía un hermano que se les sabía todos y sabía por dónde sale el sol, aunque se murió de una caída y pum, ya está. Seco. Y yo, como oía la voz mucho porque venía de todos sitios, pues no sabía muy bien qué hacer, y la voz tenía pinta de ser un hombre muy guapo, te lo digo yo, muy guapo muy guapo, y la voz dijo mi nombre y dijo mi nombre y dijo mi nombre, que, no sé si lo he dicho ya, pero a mí me gustaba mucho que diría mi nombre la voz, no sé por qué sería, porque los nombres son importantes, creo. Y entonces empecé a ver, no sé cómo decirlo, como estrellas, pero de otra manera las estrellas, no sé cómo decirlo, como si brillarían más. Y entonces el cielo se puso como morado, y entonces luego es como si el mundo se ponía más pequeño, aunque sabía perfectamente que me lo estaba inventando,

o como si se iría más abajo, no sé cómo explicarlo, y entonces se podían ver los pinos, aunque sabía perfectamente que me lo estaba inventando porque sabía perfectamente que el mundo sólo es redondo si te pones lejos y eso no puede ser, que lo dice don Anselmo siempre, en la escuela, digo, así que ya venía sabida y por eso no me asustaba, porque don Anselmo esas cosas se las sabe, y ahora también yo, que encima lo estaba viendo. Y el mundo era un redondel, no sé si lo he dicho ya, cada vez más lejos, cada vez más lejos. Y yo iba cada vez más rápido, cada vez más rápido, cada vez más rápido, y oía la voz muchas veces, yo creo que por dentro, aunque un poco por fuera también, y un poco también por el mundo, y las estrellas pasaban a mi lado, fium, fium, fium, a una velocidad muy buena, y el mundo era un puntito sólo, una estrella nada más, una estrella chiquituja entre un montón de estrellas, o las que serían, así que a saber qué estrella era la mía, y ya no se sabía bien dónde empezaba el mundo y dónde acababa yo, aunque no me daba miedo ni nada, a lo mejor porque, mientras sonaría todo, pues yo sabía perfectamente que era muy difícil perderme. Y entonces es cuando lo oscuro empezó a hacerse más oscuro, no sé cómo decirlo, como si lo negro sería más negro o como si se haría más negro lo negro. Como si lo negro tenía como brazos, no sé cómo explicarlo, que no digo brazos con dedos, digo más como los de los pulpos, que yo loca no estoy, que era como si lo negro sería un pulpo entero y entonces lo llenaba todo y ya no había estrellas ni nada ni había mundo ni nada, como si al principio fuera sido yo la grande y el mundo era el pequeño y al final fuera sido yo pequeña y me metía para dentro, por dentro de lo negro, digo, y también por dentro del mundo, no sé cómo decirlo, que ahora era otra vez muy grande, no sé cómo explicarlo, y estaba un poco en la tripa, como si fuera estado todo el rato yendo y viniendo, yendo y viniendo, como si

dentro de mí, muy raro todo, vivía una persona. Pero de siempre, digo. Y ahora no decía nada y a saber si era guapo o no, aunque seguro que sí, porque el miedo y el gusto se parecen.

Y luego estaba tan normal, en mitad del bosque y todo, con el cielo del principio y los pinos del principio, aunque ahora no me apetecía casi comerme el helecho, como si se me habían pasado las ganas. Y primero me quedé como parada, como pensando ideas, y luego ya me fui a la casa, aunque sin prisa, porque a mí estar en casa no me gusta, eso también te lo digo, así que al final me paré un poco antes de llegar a casa y allí mismo me tumbé, en una piedra muy plana, catapum, porque a veces me gusta sentirme un plato, y allí me dormí enseguida y ya no había nada negro, ni alrededor ni nada, ni pulpo ni brazos ni nada. Ni nadie por dentro.

Y luego me mandaron a Madrid y a padre le dio mucha pena y a madre un poco también, y eso que a madre no se la notan las cosas, como cuando se murió mi hermano, que no se la notaba casi. Las madres son distintas o algo. Sólo repetía muchas veces que los cerdos dan mucho trabajo y que hay un número normal de animales que se pueden tener en casa y ni uno más. Y tiene toda la razón del mundo.

V

La decisión de encerrar a la niña fue en realidad de sor Adriana, en quien Alén delegaba la intendencia. El médico no dijo nada, sólo se encogió de hombros y pidió que retiraran del cuarto los objetos contundentes, que suelen ser los caros, aunque iba a hacerse daño igual, decía, sobre todo si quería, que es lo que les pasa a las niñas, que muchas veces quieren. El padre Alén, por descontado, eligió el piso y la habitación. Allí la encerraron.

Cuando llevaron a la niña a la capital, seis meses antes, los médicos no supieron qué hacer con ella, ni los del alma ni los otros. La observaban nada más, nadie quería admitir que estaba endemoniada, la ciencia no contempla los milagros, prefiere quitarles a todos un trocito de cerebro, preguntarles impertinencias, probar con la electricidad; aunque, en sitios así, en cuanto alguien baja la palanca, parecen endemoniados todos.

No le encontraron nada.

La trasladaron al pabellón sur y la metieron en agua fría. Y luego en agua caliente. Y luego en fría otra vez, y hasta en hielo. Pero la niña salía hecha una rosa y agradecida por el viaje, así que nadie sabía si la cosa funcionaba o no. No es que la niña hiciera cosas raras, es que a veces no era ella, las hiciera o no.

Cuando se abalanzó sobre el primer guarda, muchos llevaban tiempo oliéndoselo. Eligió al más bajito, por probarse. Al final el guarda pudo conservar la oreja.

Después atacó a Hipolitón, tal lo llamaban los compañeros, uno

de los más callados, que habría preferido que lo llamaran Hipoquemo, su nombre natural. La cosa no salió bien: Hipolitón la esquivó, y ella, contumaz por genes, volvió a por más, con resultados parecidos: un manojo de trofeos, muchos en forma de porra, que empezaban malvas y en dos días verdeaban. La tuvieron atada un tiempo. No he sido yo, decía la niña, yo no quería, no estaba; por si acaso un día sí, le replicaban siempre. Me he despertado en el suelo, volvía a decir ella, sin sensación de mí (la niña a veces parecía santa Teresa), no era yo; pues para cuando seas, zanjaba cualquiera con bata, blanca o gris, la misma autoridad daba allí un fonendoscopio que un mocho.

Pero cuando se hartaron de verdad de ella fue cuando empezó a convencer a las internas de que hicieran cosas.

A una la puso a rezar hasta que recuperara el juicio, padrenuestros, rosarios. El caso es que lo recuperó. Al director no le hizo gracia.

A otra la puso a gritar. Le hacía andar por los pasillos chillándoles a todas: ¡no estáis locas, no estáis locas!, lo que a veces era cierto y a veces no. La pobre aclaraba después que venía de otro tiempo para anunciar el fin del mundo, que este año caía en jueves, y que estaba muy afectada por el cambio horario. Si la niña le daba permiso, seguía gritando en su cuarto hasta que alguien le ponía la mordaza.

A otra la hizo vomitar sobre la mesa del comedor y devolverlo todo al sitio, mientras ella misma se daba con la frente, tan contenta, contra la pared del otro extremo. Por aprovechar el milagro.

Un día se hizo amiga de otra niña que en realidad tenía treinta y pico y se fingía moza —lo que no es infrecuente— y que, si estaba allí, era por su marido, que la había acusado de adúltera, aunque

empujado por la familia, es decir: por la madre. Al hombre, a quien llamaban el Torrijo, no le importaba tanto que la mujer se viera con otros si luego no se sabía, él mismo tiraba a social y era de mentalidad progresista (indiferente y laxa); los dos alargaban la relación por el método ordinario de no hacerse preguntas. La suegra tenía por santo al hijo, y a la nuera —que no podía ser tan mala si lo cuidaba tan bien— por enfermita, con el cerebro de lado, como a naciente y al bies; si sentía esos furores, decía, por algo sería, por algo que se le hubiera metido dentro y que había, claro, que sacarle. Más de un mes llevaba la pobre en el Hospital Bernabé, el mejor para la cabeza de todo Madrid; a la fuerza, se entiende; porque Evaristo Zumárraga —Sensacional Zumárraga para los pares y a la sazón director del centro— ni sabía bien qué hacerle ni creía que debiera estar allí, sin dejar de escuchar por ello al delegado provincial, buen amigo de la familia, quien le explicó en términos muy claros que la clausura se ajustaba a las circunstancias. La cosa es que la niña convenció a la amiga de ser gallina, y esta, aunque huevos no ponía, cacareaba y se movía como si le faltara un segundo de cada tres, correteaba entre las mesas y se subía a las más, estimulada por el loquerío, que parecía disfrutar de lo lindo. (La mujer, eso es lo raro, sólo se sentía así cuando la niña se lo pedía). Hasta que el jolgorio acabó cuando la loca se tiró al jardín, de cabeza y por lo recto, dicen, desde el ventanal grande de la segunda planta, para aterrizar en un flanco de lo que allí llaman La Selva, de la que aún apuró a picotazos algunas bayas maduras justo antes de desmayarse. Son dos pisos nada más, le había dicho la niña, ya verás qué bien, un vuelo corto. Y aunque el aleteo funcionó bien los primeros metros, se torció en los que cuentan.

Sensacional Zumárraga se deshizo en disculpas con el delegado provincial, que a su vez se deshizo en disculpas con la gallina, viva

de milagro. Y con la familia política, sumida desde entonces en el remordimiento, al punto de permitir a la infeliz regresar a casa, atada en corto, eso sí, primero por el propio yeso y luego por tantos ojos como le pusieron encima. La mujer no volvió a ser la misma.

Así fue como la niña dio de cara en Gabaón, por si el Señor tenía para ella mejores ideas que Paracelso, sólo porque Sensacional Zumárraga conocía al padre Solitude, un cura de belleza inconcebible que caminaba tanto por el mundo que miraba mejor que nadie y que algo vio en ella.

La criatura llegó al colegio en un coche seminuevo al cargo provisional de una monjita de veinte que ni para conducir se quitaba el tocado, y menos mal, porque, hechizada, se cuenta, por la niña, estampó el coche contra un árbol justo antes de que Gabaón llegara a asomar al otro lado de la loma. Sin que eso le impidiera plantarse, avanzada ya la cena, en mitad del refectorio, cojeando ella, dando saltitos la niña, que llevaba el corazón lleno de empeños y lucía fresca y sana como una lechuga.

VI

A mí el colegio me parece bien, no te digo yo que no, pero no el mío, este de aquí, aunque el de Orate también, que no es colegio colegio porque para ir al colegio colegio hay que ir a Eresma, que allí por lo menos hay dos y los dos son para los ricos, el de Orate es más escuela y estamos allí todos juntos, yo, que tengo trece años pero antes tenía doce y antes menos, y luego están los pequeños, que tienen seis años o así y nueve años y siete, pero a esos les da clase la maestra, doña Pili, que es muy paciente muy paciente, tanto que a veces no hace falta. Y luego estamos los mayores, aunque yo no soy mayor del todo, los hay más mayores todavía, que estamos con don Anselmo, que es el maestro también y el marido de doña Pili, que es la maestra también. Y don Anselmo es menos paciente que doña Pili, te lo digo yo, aunque la que pega es ella, o la que pegaba, porque ahora a mí ya no me pegan, don Anselmo tampoco, que una vez me quiso pegar y al final acabó, no me digas cómo, contra la pizarra, después de saltar para atrás, digo, no me digas cómo, porque no había saltado ni nada, era más como que le habían disparado con la escopeta y por eso me miraba con susto. Y luego se cayó al suelo, pero ya cuando se paró el viento, y luego me señalaba, pero se guardó el dedo y yo le pedí perdón porque me había dado como pena ver que se hacía pequeño, pero eso fue una vez sólo, porque a mí la escuela me gusta y me gusta sentarme en el pupitre y atender a las lecciones, por lo menos en general, sin enredar ni nada, porque la mayor parte del tiempo nadie salta para

atrás. Muy enfadada tengo que estar.

Y me gustan mucho los números, las letras, todo, y me gustan mucho los países, las capitales, los ríos, y me gustan las montañas, será porque en Orate no hay, aunque está el otero, que yo creo que no es montaña. Y me gusta estudiar en general y me quedo con bastante, que yo tonta no soy, yo de tonta no tengo un pelo, que para algunas cosas soy muy lista, te lo digo yo, más que el hambre, que me lo dice mi madre siempre, eres más lista que el hambre, para lo que quieres, dice, y es verdad que soy más lista de lo que muchos se piensan, y hasta más que los muy listos, como por ejemplo Marinieves, que es una niña que será todo lo lista que quieras pero un día le arañé la cara y a ver qué me dices tú ahora. O como el hijo del alcalde, Yoryo, que en verdad se llama Jorge pero le llamamos Yoryo por culpa de uno que escribió un libro que tiene don Anselmo en clase, uno que cuenta la vida de los pintores de Italia, que resulta que se llama Yoryo y claro, como don Anselmo nos dijo que Yoryo quiere decir Jorge, pues nos echemos a reír todos y empecemos a llamarle Yoryo, Yoryo esto, Yoryo lo otro, que, si te fijas bien, se parece un poco a yoyó, y así se le quedó el nombre, que es listísimo, decía, no te extrañe que hasta más que Marinieves, que, no sé si lo he dicho ya, pero es listísima, y tienen los dos mejor letra que yo y no se les emborrona la tinta y se aprenden los verbos y todo, y los animales y las plantas, y hacen las cuentas bien siempre, pero yo les engañaba fácil porque a veces me quedaba mirando la pared con cara de triste y enseguida venían ellos y me preguntaban qué me pasaba y al final, patapum, acababa con un regaliz en la mano, o con un cromo de animales de los que hay sólo cinco en el mundo, para que me alegraría rápido, y yo creo que eso es de ser lista, si lo piensas, porque aún no les daba miedo, que aún no era como luego, y, si acabas con un cromo en el bolsillo, pues por

algo será, digo yo, será porque tienes cabeza, será porque te las apañas, digo yo, sobre todo si luego resulta que también te salen bien las cuentas. Aunque te cuesten un poco.

Y este colegio de aquí, el de alrededor, digo, es distinto, te lo digo yo. Este es colegio colegio, que me di cuenta enseguida. Me di cuenta yo sola mientras andaba por los pasillos, que son más altos que una casa, y he visto una clase muy buena porque me metieron con los niños, que qué chifladura, a quién se le ocurre, y, claro, tuvieron que sacarme volando, pero volando tuvieron que sacarme, que los niños son más pequeños que las niñas y les hacía hacer de todo. Y también he visto otras clases, pero al pasar sólo, iguales todas. Y he visto la enfermería, o bastante, porque en la enfermería me tiré dos semanas por lo menos, aunque no estaba enferma ni nada, es sólo que me dejaban, que primero vivía donde las monjas, donde dormían ellas, digo, en una cama pequeña que sobraba o algo que hacía muchísimo ruido, junto a sor Carmen, una vieja que a veces me recordaba a doña Pili y un poco a mi madre y un poco a todas las madres del mundo, pero en viejo, y un día la dijo a sor Adriana que se quitaba de monja si hacía falta pero que hay cosas que no tenía por qué ver. Así que entonces me pusieron con sor Yolanda, que es mucho más joven que ella, que es muy buena conmigo, sor Yolanda, digo, muy paciente, y enseguida la dijeron que era mejor que volvería a dormir sola porque la estaba fascinando, la dijeron, te está fascinando la niña. Y luego me pusieron con sor Rosario, que esa sí que es vieja vieja, vieja viejísima, más que sor Carmen, te lo digo yo, y hasta más que la madre superiora, que a lo mejor no es la madre superiora. Y sor Rosario parece una nuez de tan viejísima que es, que ni oía ni veía ni torta ni se movía ni nada la pobre, y se llevaba unos sustos morrocotudos cuando se despertaba de golpe y, patapam, me

encontraba allí de frente, con la nariz pegada a la suya, qué risa, subida a la cama y todo, patapam, aunque a veces tenía que estarme quieta hasta que se despertaría, contándola las arrugas, y entonces aprovechaba y la respiraba el alma de la boca. Y un día me llevaron a la enfermería, que no sé si lo he dicho ya, pero he estado en la enfermería, para que viviría allí tranquila, sin enredar ni nada, y para que dejaría a sor Rosario en paz, que casi se muere la pobre, no sé si lo he dicho ya. Y al principio no me ataban ni nada, a la cama, digo, que podía saltar y todo, y al final me ataban ya un poco, pero muy flojito, y el padre Solitude se pasaba a verme si podía, guapo y todo, o a pedir bicarbonato, o a lo que fuera ido, que qué guapo el padre Solitude, qué triste y qué guapo a la vez, igual es un poco lo mismo. Qué pena que se marcha tanto.

Y tuvimos una conversación cautivadora, me dijo, que yo no había tenido una conversación cautivadora nunca, así que Solitude me decía cosas muy cautivadoras, que viajar es muy bonito, me decía, ver el mundo en general, porque era muy bonito, decía, no estar quieto, pero me lo decía de una forma cautivadora, te lo digo yo, y a ver si un día hay suerte y me porto bien con todos y me curo muy pronto para ver el mundo, a lo mejor con él y todo, me decía, que ojalá, y para conocer mucha gente, me dijo, aunque a mí me da igual la gente, pero eso no se lo dije. Y me preguntó por el hospital de Madrid, que, si lo piensas bien, es como la enfermería pero en grande, y me preguntó por el jefe del hospital, que por lo visto es amigo suyo, y a mí me dio, no sé por qué, por decirle mentiras, y le dije, porque a veces estoy un poco loca, que allí me pegaban mucho, porque a veces me pasa eso, que me da por mentirle a la gente a ver qué cara pone, pero creo que no se lo creyó, porque ni cambió de cara ni nada, qué listo. Y luego me dijo que el padre Alén te va ayudar, ya lo verás, que yo no sabía todavía quién era el padre

Alén, pero luego sí, y me dijo que igual me ayudaba más luego, cuando estés más blanda, dijo, cuando estés más cansada, porque el padre Alén, me dijo, sabe muchas cosas. Y me entró la curiosidad pero ya no pude preguntarle más porque resulta que se tiene que ir ya, del colegio, digo, no de la enfermería, aunque de la enfermería también, porque por lo visto se está yendo cada dos por tres, no sé si lo he dicho ya, cada dos por tres se está yendo, que por lo visto tiene una maleta que no deshace ni nada y al colegio viene por venir, porque le aburre muchísimo, bastante me aguantan las monjas, dijo, y luego me dijo que menos mal que son ellas las que hacen las cosas que importan porque él no sabe tratar con niños ni le interesan ni nada, que están todavía sin hacer, que a él no le gustan ni los perros, dijo, que no sé a santo de qué se pone a hablar de perros, que no pensaba tener perros ni nada, dijo, ni a la de tres, dijo, aunque le pagarían, aunque se lo mandaría el padre Alén, que no sé a santo de qué iba a mandarle el padre Alén nada. Y resulta, me dijo también, que con quien sí se lleva bien es con el perro del colegio, mira tú, el del guardés, pero me lo dijo ya en la puerta, ya casi a punto de irse, como si se acordaría de algo. Y resulta que el perro ni es del colegio ni nada, que es del guardés sólo, que yo no había oído la palabra nunca, guardés, guardés, guardés, será que guarda las cosas, aunque también es el señor que está por fuera, donde los setos y eso, por fuera del colegio, digo, y por dentro cuando hay que arreglar cosas, aunque las arreglan más las monjas, y qué guapo el padre Solitude, te lo digo yo, que se queda una tonta mirándole. Y entonces resulta que el perro, que es lo que estaba diciendo, se llama Lacruá, Lacrúa se llama, y resulta que es mastín, que se lo pregunté a una monja porque en Orate no hay, que en Orate sólo hay galgos, muertos de hambre todos, y resulta que Lacruá sí le gusta a Solitude, que creo que lo he dicho ya, o por lo

menos más que otros perros.

Y luego me dijo que tengo que ser muy buena y portarme muy bien con las monjas, que aquí son buenas todas, dijo, que están aquí para ayudarte y para rezar por el mundo, desde muy temprano, dijo, y me dijo que si un día me vuelvo buena, pues que mejor para todos y que entonces a lo mejor quiero ser igual que ellas y hacerme monja y todo. Y a mí me pareció muy buena idea porque a veces me quedo mirando a las monjas y me parece que tienen ideas muy buenas y me gustan mucho los vestidos, que ya sé que no son vestidos, que lo sé perfectamente, que yo tonta no soy. Y un día la voy a coger el vestido a una y ya verás, que me le voy a poner encima muy bien puesto y, si no me le da ella, pues igual se le cojo y ya está, y me pongo a mandar a los niños como si sería una monja, hasta que me harían caso, o igual me voy al jardín, que me han dicho las monjas que ahí fuera hay uno lleno de flores, o igual me voy al mar y ya está, que está debajo justo, ya lo he dicho, debajo de un monte o así, y a veces me imagino que estoy abajo del barranco y todo y me veo allí tan ancha, como vestida de monja, y me parece que es un poco como estar dentro de un cuadro, justo enfrente del mar, digo, aunque no puedo verlo bien porque los cuadros se ven mejor por fuera. Y estoy pensando justo ahora que tiene que ser muy bonito estar dentro de un cuadro, y a lo mejor la pido a la monja que se colocaría donde yo para ponerme más lejos y ver el cuadro desde lejos, y digo yo que a la monja la parecerá normal, porque las monjas se hacen favores, no hay más que verlas, y, como sería monja también yo, pues eso. Aunque también se enfadan a veces. Menudas son. Y lo que de verdad me gustaría, no sé si lo he dicho ya, es ver el mar por dentro. Para hacerme una idea.

VII

La hermana Adriana, que llegaba a los sitios un centímetro después que sus enormes gafas, ni era la de más edad ni en rigor la priora de la orden jacobina; sí la de más autoridad, por mucho que el padre Alén luciera la única cresta posible en aquella asimetría insolente: así eran Gabaón y el mundo, sujetos a igual latido.

Ordenar el gineceo fue fácil, Alén nada pintaba allí. Según la jerarquía, sor Maite, aun siendo más joven que Adriana, habría estado por encima, como lo habría estado Humilde, que tenía media cara descolgada y era casi igual de vieja, y tan callada, como sor Rosario: nadie la oyó decir nunca más palabra que gracias, y eso si le arrimaban una yesca con la que encenderse el puro, su único vicio. La hermana Adriana y sus gafas encarnaban los valores que a Maite —sobrada de temeridad— y a Humilde —tirando a huérfana— le faltaban. Así que mandaba Adriana y ya está. Y la hermana Maite, si priora no iba a ser, podía cuidar sus hierbas, que es lo que de verdad le gustaba y lo que le daba fama de maga.

La hermana Adriana era la única que había nacido en Gabaón; Gabaón pueblo, se entiende. De niña, vivió en persona el delirio del Alén joven, embriagada de su ímpetu, aún descontrolado.

Alén quiso levantar una fuente en honor a san Miguel Arcángel, con cuatro titanes alrededor, uno por viento. Los adoquines de la calle ancha son aún los que pusiera Adriana con su hermana Ángeles, que se murió al cumplir los doce de una fiebre insólita con el ánimo sereno y la sonrisa puesta. La fuente no cupo por fin, como

no cupo san Miguel ni cupo la hermana. La tarde en que Ángeles murió, nació a decir de muchos la verdadera Adriana, aunque ella misma no lo supiera.

Adriana era de naturaleza aérea y empuje práctico; simpatizaba con los atardeceres y el silbar del viento, pero hacía el pan en casa: como allí los carros no llegaban, cada cual se buscó la vida a la muerte del obrador, y eso incluía a Adriana, cuyas hogazas, planas al principio, le subían más que a nadie para pasmo de locales y fuereños, que peregrinaban hasta el pueblo sólo por conocerla, o para pedirle pan prestado, aunque fuera del viejo. Para torrijas.

Adriana se perdía en el bosque, entre robles y hayedos, o entre los avellanos y los fresnos. Allí oía mejor a Dios, que nunca llegó a hablarle tan claro como a su hermana, aunque no le importara (Adriana no creía que mereciera más, como casi nadie en Gabaón pueblo, las expectativas siempre a un palmo de lo que alcanzara la vista).

Pronto empezó a rondar con otras niñas el colegio, no tanto por los niños, que también, cuanto por el padre Alén. Algo sentía en él, más que por él, algo de lo que ni él mismo tenía noticia. El disgusto de Adriana dobló al de Alén cuando la diócesis le canceló el plan de la Roma chica.

Se hacía la encontradiza en las fragas (en Gabaón hay dos, una al este y otra al oeste), o lo observaba de lejos cuando él se bañaba en el mar, desnudo siempre, sin sentir más deseo por él que el natural entre afines. Lo notaba incompleto, no desarraigado, de ardor desnortado pero inextinguible. Fue la primera en ver en él lo que los demás verían luego. Allí, oculta entre los juncos, se propuso servirlo por siempre.

El resto fue natural y llevó años. Si Alén le revolvía el pelo y la hacía volver a casa, también condescendía con que le llevara algo de

pan o le hiciera los recados. A veces la llamaba Ariadna y ella se llenaba de bombillas: Ariadna, Ariadna, Ariadna. Nunca necesitaron cruzar más de tres frases. El padre la tomó bajo el ala casi sin proponérselo, sin reprenderla ni ahogarla. A cambio, ella creció lista y recta sin solicitarle nada ni quejarse.

Luego Adriana se fue a Erecia, para formarse —en Gabaón no se podía si eras chica—, y luego a Aguajaez, de novicia, que es donde se puso las gafas, ya con las jacobinas —militares, muy mandonas—, que habían servido en Gabaón desde la fundación misma y eran las menos católicas de las hospitalarias. Allí se ordenó con gozo como habría querido hacer su hermana, aunque se le olvidaba el gozo en cuanto se acordaba de la hermana.

Después regresó a Gabaón colegio, a lo más bajo del escalafón: la parte del escalafón que ocupaban todas. Limpiaba los cuartos de los curas (muchos más entonces, ya está dicho), fregaba los pasillos, enseñaba labores. Aún no le dejaban atender el huerto y menos el invernadero, sobre el que poco después reinaría sor Maite. Reunió en torno a sí a las más jóvenes. Su actitud sólo le procuró deberes, sin olvidar la entrega que les debía a Dios y a Alén, a quienes no confundía entre sí ni descuidaba. Nunca tuvieron Alén y ella nada que reprocharse, ni recelo ni deshonra. Lealtad y silencio sólo. No es que ella lo idealizara, pero era causa y motor de su segunda vida, una inteligencia masculina que complementaba bien sus intuiciones, más mundanas. Lo secundaría en cuanto dispusiera sin que él dispusiera nada nunca. Tal vez por eso.

Ella ni siquiera pestañeó cuando él empezó a alterar la misa, los preceptos regulares, las oraciones, por mejor adaptarlos, decía, al magnetismo del sitio, tan diferente al vaticano. Alén no se oponía a la autoridad, pero sembraba pequeños cambios a los que seguían otros, tan leves como los primeros, que a nadie parecían importar y

que sólo con los años devenían profundos, cuando ya no había forma de notarlos. El obispo se dejaba caer a veces, para echar un ojo, decía (para comer urogallo con crema de cebolla y patatas confitadas), o por alguna indisposición que las hierbas de Maite supieran aliviar. Si atendía a la misa luego era medio acurrucado y con un cuarto de litro de licor café dentro; toda palabra distinta le parecía la misma; y si algo oía entre la bruma que escapara a la ortodoxia, como mucho farfullaba: más o menos, más o menos. Gabaón se libraba de la pureza y el obispo de la indigestión, y, para lo que no alcanzara el rito, estaban las hierbas. Más cerca quedaba Gabaón que la farmacia.

Aquello fue hacía mucho. Alén vivía encaramado a su mejor versión por haberlo decidido así Adriana, quien recién cumplía los cincuenta y siete, aunque parecieran más, y tenía esa forma de decir Jesús —eses sólo— que sólo las monjas dominan. Jacobina ella, observante él, Adriana y Alén se aliaban más allá de los sentidos en un pacto que a nadie equivocaba ya y que sólo aquella niña de fuego parecía capaz de alterar.

VIII

—¿Por qué aúlla, criatura? Nunca había aullado, cálmese.
—¡Sí que he aullado! ¡Sí que he aullado! ¡SÍ QUE HE AULLADO!

IX

Mi cuarto nuevo me gusta porque me gusta mucho mi cuarto, por eso voy a escaparme, porque no me gusta que las cosas me gusten enseguida, no sé por qué, me gustan más las cosas que no me gustan mucho al principio pero que, como quiero que me gusten, pues dale que te pego, dale que te pego, al final me gustan, como por ejemplo el anís, que antes no me entraba y ahora mira, porque si al final te gusta es que te tenía que gustar, no es sólo suerte, o que te lo habrían dicho, como lo de este cuarto, patapam, que me ha gustado a la primera y, entonces, pues patapam, mira tú. Pues ya no me gusta.

Este cuarto tiene: cuatro paredes, dos largas y dos cortas, una cama con un colchón que me dejan tirar al suelo si quiero, como en Orate, y al principio no me dejaban y menudas montaba. Sigo: una silla para cuando vienen a verme, que ya sé perfectamente que no es silla, que es otra cosa, y un crucifijo. Y ya. Antes había también una mesilla, pero me hice un corte con el borde, queriendo, digo, aquí en la muñeca y ¡zas!, qué gusto me dio. Y primero rasparon la mesilla para que estaría redonda, así con lija, y la raspó el cura joven que se llama Salcedo, que se está quedando calvo y tiene la cara así roja y va con ropa de cura, con el vestido y todo, y con lo del cuello, vamos, y ya sé perfectamente que no se dice vestido, y se le nota que es cura porque pone la boca pequeña, como apretada la pone, boca de piñón, se dice, y porque baja la cabeza mucho, como si no te quiere mirar y de repente te mira todo lo que no te ha

mirado antes, que es como si le vienen ideas. Y a lo primero dejó las esquinas redondas, no sé si lo he dicho ya, para que no me cortaría, porque no tiene un pelo de tonto, pero lo hizo como sin querer, o como sin saber, que a veces casi es lo mismo, y luego había muchos pelos de madera, que ya sé que no se dice así, que lo dejó muy mal todo, que lo hizo como corriendo, como si se creería que le voy a hacer algo o algo. Y entonces me dijo un refrán que parecía un refrán muy bueno pero que se notaba mucho que se lo estaba inventando. Y entonces aproveché que no miraba para clavarme las astillas un poco, que se dice astillas, que acabo de acordarme, astillas, así, como pasando la cara por el borde, para que le echarían la bronca. Y luego tuve un vacío, así de golpe, por el dolor sería, y por lo visto le dije de todo al padre Salcedo, durante el vacío, digo, cosas que no se dicen y al padre Salcedo menos y al padre Alén tampoco, aunque también se las dije, pero luego. Y entonces el cura joven, que se llama padre Salcedo, no sé si lo he dicho ya, salió corriendo corriendo para llamar al jefe del perro, que se llama Félix, no el perro, digo, el que guarda el colegio, que el perro se llama Lacruá y los nombres son importantes y hay que llamar a las cosas por su nombre y a los perros lo mismo. Y luego Félix ya sí que dejó los bordes bien porque él sí que sabe hacer las cosas, que lo hizo todo en un minuto, pimpam, y Félix le decía rebajar, ahora la rebajo bien, decía, y la rebajó muy bien, la mesa, digo, que quedó tan suave que daba gusto pasar los dedos. Y entonces me arrimé a las patas y me enganché la pierna porque quise, y, ¡claca!, me cogí la piel con un tornillo y entonces ya era todo muy tremendo y eran como de metal las patas, con tornillos y todo, no sé si lo he dicho ya, y me sacaron la mesilla fuera, que, total, no la usaba, que para qué iba a usar la mesilla yo, si en Orate bebes si quieres antes de acostarte y ya. Y ahora, si tengo sed, pues tengo que gritar un poco,

pero cuando tenía mesilla también, porque tampoco me dejaban vaso, por mi bien, o cuando tengo pis, que tengo que gritar lo mismo, aunque a veces me lo hago encima pero entonces la madre superiora, que no sé si es la madre superiora, la vieja, digo, si ve que está todo lleno de pis va y me da una torta con razón, una bofetada de las buenas, que no la pongo yo un pero. Y a veces, si agarro y grito, viene alguien corriendo y ya, y a veces no, y, si me muero de sed, pues es más fácil tener vacíos, no sé por qué, porque me dan más con sed, con sed es como que se me sale el alma a por el vaso y entonces me viene más fácil el vacío. Y ahora, por ejemplo, estoy pensando mucho en escaparme, de la habitación, digo, a la habitación de al lado por lo menos, sólo que no sé bien cómo, porque, como no hay ventana, pues a saber qué hago, igual me escapo por la puerta, que está cerrada siempre, que no es como la de la enfermería, que aquí no se fían de nadie. A ver qué idea se me ocurre. Por eso el padre Alén me ha puesto en este cuarto, me parece, como si sería un sótano pero para arriba, para que no me comería las hortensias del patio, que en la enfermería me las comía, y para que no saltaría a las rocas, que este sótano es altísimo, que el padre Alén me conoce, te lo digo yo, perfectamente me conoce, y yo igual, y no se fía un pelo y no me quita el ojo de encima y hace bien, aunque, cuando vienen los vacíos, el que manda es el Hombre Guapo y a mí que me registren, que para qué va a querer saltar el Hombre Guapo, con lo bien que se lo pasa conmigo.

Y a mí lo que me gustaría es andar por las paredes, tiqui, tiqui, aunque no me sale siempre, y menos cuando empiezo desde arriba, desde la cama, digo, que, no sé si lo he dicho ya, pero ahora tiene patas blandas, como con toallas y eso. Por mi bien. Y un día voy a tener una idea y voy a escaparme a lo loco con cualquier cosa que haiga, por ejemplo el crucifijo, que, no sé si lo he dicho ya, pero hay

un crucifijo puesto, en la pared, digo, igual que en la enfermería, y está así como inclinado para que me miraría bien, y a veces le miro yo para ver la cara que tiene, y entre el crucifijo, la cama, la puerta, la silla y todo, que ya sé perfectamente que no se dice silla, porque es blanda, voy a hacerme una escapada de padre y muy señor mío, te lo digo yo, de tomo y lomo voy a hacerme la escapada, que no es que no me gusta estar, que aquí estoy que ni pintada, que aquí corre el fresco y todo, lo que pasa es que, si te encierran, pues será para que te escaparías, digo yo, porque, si no, te pondrían en sitios más grandes, que, cuando un sitio es grande, si te fijas, te dan menos ganas de irte. O a veces no te dan ni ganas. Y yo creo que podría correr en redondeles, por lo menos eso, o a lo mejor fuera del cuarto, porque este cuarto es chiquitujo y salen pocos redondeles, o en el pasillo mejor, con redondeles más grandes, y entonces, pumba, a lo mejor ya no tenía tantas ideas.

Y a veces me dejan un libro y a veces no, según si digo por favor, aunque ya no me apetecen, porque al principio les pedía siempre y siempre me dejaban la Biblia, y, como le hacía dibujos, porque antes me daban ceras, pues empezaron a dejármelos con los dibujos ya puestos, para que no enredaría, de niñas santas y eso, niñas a manos llenas, y también me les quitaron todos, a ver quién entiende eso, y me puse a gritar a lo loco como si tenía pis, pero nada, porque a mí me gusta leer, un poco, vamos, sin pasarse, y, como en Orate no hay libros, que para qué va a haber libros si allí es tonto todo el mundo, pues me les dejaba don Anselmo pero de uno en uno, por si me les comía o algo, y una vez me leí un libro que iba de una niña que llevaba mala pues, no sé, la intemerata, que no sé a santo de qué estaba mala la niña, como si eso iría a alguna parte, que ya te digo yo que no, que estar mala no sirve. No sé lo que estaba diciendo.

Ah, sí. Y una vez un niño se asomó a la ventanita que hay puesta justo en la puerta, la de la habitación, digo, que no sé si lo he dicho ya pero la puerta tiene una ventana; ventanita, vamos; que no da a la calle ni nada, un cuadraduco así como en forma de ventana, con una cruz de hierro y todo, igual que en los castillos, para que no pasarían los pájaros. Y a veces, si no me atan, me quedo como agarrada a la cruz, como si quería salir del cuarto, porque soy una teatrera. Y entonces un día vi a un niño asomado al otro lado, en el pasillo, digo, subido a otro niño, o a lo mejor a una silla mismo, aunque seguro que era a otro niño. Y el niño me miraba así, como se mira un jabalí, como si le daba miedo que le haría algo justo cuando parpadea, porque ese niño, te lo digo yo, no tiene un pelo de tonto. Y yo le miraba y le miraba sin querer darle pena ni nada. Y entonces resulta que al final el momento duró mucho y no se acababa nunca, que duró muchísimo, no me digas por qué, mirándonos así los dos, hasta que el niño empezó a sangrar y a sangrar, por la nariz, digo, y por las lágrimas un poco, y se puso a temblar y todo y yo creo que era también por el niño de debajo, que a lo mejor se estaba cansando, porque a veces, cuando pienso mucho, a la gente la sangra la nariz. Eso también te lo digo.

Y no sé si el niño se caería o a lo mejor es que saltó, pero la cabeza le desapareció de golpe, ¡zas!, como si se la habían cortado. Y entonces oí la voz del Hombre Guapo, que me sonaba como donde los huesos, que a veces me duelen mucho, y, cuando me dan vacíos, pues me da igual todo el mundo, pero no la voz, a la voz hay que oírla siempre, un buen rato por lo menos, y, si oigo la voz dentro, eso es que ya viene lo bueno, porque, no sé si lo he dicho ya, pero a veces se hace de noche aunque a lo mejor es de noche ya, y me dice la voz: no te fíes de nadie, rata, no te fíes de nadie nunca. Porque la voz me llama rata. No te fíes, que aquí son todos como

son y a ti eso no te conviene, rata. Y yo no sé qué significa, pero hay cosas, creo yo, que van como directas al pecho; sin pasar por la cabeza, digo. Y luego me dijo la voz: tengo ideas para ti, rata, ya verás qué ideas más buenas. Y a mí me parecía bien que tenía ideas para mí y que me llamaría rata, porque no me lo decía mal, que me lo decía bien. Y luego me dice: rata, no tienes que comerte a los niños. Así, sin venir a cuento. Como si los niños serían helechos. Y entonces es cuando vi que estaba dormida del todo. Yo, digo. Y de repente no sabía si había visto al niño o no, porque a veces pasa eso, que el colegio se llena de niños y son niños que no se ven, pero bueno, igual es porque no hay ventanas, que las ventanas ayudan a ver las cosas, las de dentro no, las de fuera, porque la ventana de la puerta servirá de mucho, no te digo yo que no, pero no para ver las cosas, ni para saber la hora, que la luz del pasillo es como de bombilla normal, igual que la del cuarto, así, amarilla, y, como dentro no hay sol, pues puedo imaginarme si quiero que es la hora que me da la gana, porque en el campo o en el hospital o en el Sotovelo o donde sea, pues sabes la hora si quieres, pero si yo ahora voy y me fío y me imagino que es de día porque está encendida la bombilla y me imagino que es noche porque me la apagan, si quieren van a poder hacer que los días durarían lo que ellos dicen. Y yo no me fío ni de don Anselmo; ni de don Anselmo me fío. Y a veces hago lo contrario, que muchas veces digo en alto que es de día sólo para fabricar el tiempo. Porque eso es lo que yo querría. Mandar, como los planetas, sobre el tiempo.

SECUNDA PARS

MANO DERECHA

X

Aquel amanecer fue como tantos. El sol vigilaba la costa desde el flanco más próximo de la montaña, entre las ramas de las encinas viejas —tan apretadas allí como en las fragas—, y decidía detenerse sobre el cortado, a saber si por pereza o a la espera de acontecimientos. El mar se descomponía en bruma, como si la salida del sol tuviera como único propósito agitar el paisaje: millones de gotas murmuradoras formaban bancos traslúcidos que se alargaban en cabellos largos o se amontonaban sobre el agua como gorros de lana, mientras el sol se decidía al fin a remontar el bosquecillo del otro lado de la loma y calentaba los pastizales, desbaratando así la niebla.

El camino de las nubes no era, sin embargo, el natural. Si la brisa soplaba hacia poniente para refrescar las calas del Brazo de Merindad, las nubes se dirigían al saliente para reunirse con el sol, tal vez para hostigarlo. El día se oscureció en vez de aclarar, como es costumbre en el norte, aunque nunca contra el viento. Los cabreros alzaban la vista: hay cosas a las que ni ellos, que aceptan sin discutirla la verdad del cielo, llegan a hacerse.

La sombra de una nube solitaria se deslizó sobre la hierba y remontó las colinas suaves para cambiarles la piel y ondular el pastar de los rebaños, deshecho ya en algarabía. Hasta apagar el fulgor de Gabaón, muro exterior incluido. Un tocado cubría ahora el salto dejando al pueblo tranquilo, sólo al colegio afectaba, a gran altura y con puntería.

Allí se detuvo.

Nada sabía la niña de cuanto pasaba fuera, postrada como estaba en su cuarto ciego, desde cuya butaca el padre Alén la oía respirar desde hacía rato.

—No estás dormida —le dijo.

—Y qué —contestó ella. Abrió los ojos. Su expresión no era desafiante, más bien relajada y mansa—. Y qué si no estoy dormida.

—Y qué si no estoy dormida, padre —la corrigió él.

—Y qué si no estoy dormida, padre.

De noche dormía en el suelo, pero cada amanecer, o cuando ella creía que amanecía, devolvía el colchón a su lugar, como Alén le había pedido.

El padre Alén se recostó contra el respaldo, se dejó caer suavemente. Tenía el tiempo de su lado.

—No sé qué hacer contigo, niña.

—Normal. —La niña sonrió.

—¿Cómo has dormido?

—Muy bien.

—Muy bien, padre.

—Muy bien, padre. —La niña sacudía el cuerpo: lo ponía rígido y lo hundía en el colchón, lo ponía rígido y lo hundía en el colchón, encantada con la blandura, tan diferente al heno de Orate—. He dormido muy bien, padre. Duermo mejor cada noche. No sé cuánto, padre, mucho.

—Me dice el padre Salcedo…

—¿Quién es el padre, padre?

El padre Alén la ignoró.

—Me dice el padre Salcedo que ya no te agitas tanto. Me dice que duermes del tirón. Que no mueves un dedo.

—El padre Salcedo no sabe dónde tiene la nariz, padre. —La

niña rio con alegría—. El padre Salcedo me mira desde la puerta y me mira y me mira todo lo que quiere y más, y luego me vuelve a mirar —parecía una canción infantil—, pero no sabe lo que hace. Al padre Salcedo, padre, no le sale nada.

El padre Alén asintió, porque era cierto que a Salcedo no le salía nada. Salcedo llevaba su propia nube encima.

—El padre Salcedo está haciéndose —explicó Alén—. Pasa una mala racha.

—¿Qué mala racha es esa?

—La juventud.

La niña volvió a reír, esta vez sin malicia.

—¿No te gusta el padre Salcedo, niña?

—Sí que me gusta, me gusta su cara colorada, me gusta que le quedaría corto todo. Me gustan todos, padre. Y las monjas. Me gustan todas. Y la comida. —El padre Alén la escrutaba—. ¿Por qué nunca me cuenta cuentos, padre?

—¿Quieres que te cuente un cuento, niña?

—No. Pero madre me les contaba.

Alén levantó una ceja.

—¿Te contaba cuentos tu madre?

—No. —La niña dio una palmada—. Qué va a contarme, padre, lo decía por decir. Lo decía por verle la cara.

—¿Qué cara he puesto, niña?

—Ninguna.

—Ninguna, padre.

—Ninguna, padre.

—¿Qué crees que significa?

—Que le doy miedo, padre. Significa que ha hecho así —se puso seria de golpe— para que no se le notaría lo que piensa. Significa que es muy listo, padre, significa muchas cosas. —La niña se divertía

—. ¿Quiere que le cuente un cuento, padre?

—¿Te apetece a ti contármelo?

—No me haga nudos, padre. ¿Quiere el cuento o no?

—¿Quieres contármelo tú?

—Sí que quiero.

—Sí que quiero, padre.

—Sí que quiero, padre. Pues verá. —La niña se incorporó, con las piernas bien cruzadas; tiró distraída de las mangas—. Pues verá, padre —se corrigió antes de que le dijeran nada—, érase una vez una niña que vivía en una cabaña en un país que siempre era de día, ¿no? Pues un día la niña salió de casa y dijo: estoy harta de vivir en un país que siempre es de día y nunca de noche, estoy harta de vivir en un país que siempre es de día y nunca de noche, ojalá sería de noche a veces y no siempre de día, dijo, y es una cosa muy rara de decir, si se para una a pensarlo, yo no la he dicho nunca, padre, ¿cómo iba a saber la niña que nunca es de noche si siempre es de día, digo yo? No puede saber lo que es la noche, ¿no?, que yo de tonta no tengo un pelo. Pero la niña, padre, lo sabía.

—¿Y eso qué significa, niña?

—Pues significa, padre, que hay cosas que se saben. ¿Le ha gustado el cuento?

—No me ha parecido un cuento. Me ha parecido el principio de un cuento.

—Muy listo, padre, muy listo, usted tampoco tiene un pelo de tonto. Sigo. —La niña se limpió los mocos con la manga—. Sigo, ¿no? Pues sigo. —La niña tiró del camisón y se descubrió, impúdica, las piernas. Se sonó con fuerza—. Pues verá, padre. La cosa es que la niña… ¿Se imagina que ahora le mato, padre?

—¿Cómo?

—Sigo. La cosa es que la niña se subió a una montaña muy alta

y se puso a gritar desde arriba. Y menudas cosas decía la niña, padre, tenía que oírla; que si por qué no es de noche nunca, que si por qué no es de noche nunca, que si a mí me vendría mejor que sería de noche. Pero con palabrotas, ¿sabe? De las gordas, padre. Menuda montó, padre, menuda escandalera. ¿Y para qué? Pues para que la oiría, pues no sé, padre, el sol sería, ¿no? O Dios, a lo mejor. O alguien. —La niña cambió de cara—. Padre…

—¿Qué?

—¿Quiere que le cuente un cuento?

—¿No es lo que estabas haciendo?

—Pero otro.

—Este está bien.

—Sigo, entonces. —La niña se concentró—. La cosa es que el sol no oía nada porque, como siempre era de noche, pues el sol no se dormía y andaba todo el día cansado. Y la luna no sé lo que haría, aunque igual no hacía nada o igual hasta no había. Igual en ese país no había luna, ¿no?, no sé, padre. Así que el sol, que estaba sordo como una tapia a lo mejor de tanto brillar sin que nadie le diría nada, y a lo mejor ciego como una lombriz de tanto brillar sin que nadie le diría nada, y a lo mejor mudo como alguna cosa que sería muda de tanto brillar sin que nadie le diría nada, no sé si me explico, pues resulta que no decía nada tampoco, pero nada de nada, padre, porque para qué, ¿no? Así que la niña se iba enfadando con el sol, se iba enfadando con el sol, se iba enfadando con el sol, y al final, ¡pimba!, cogió una piedra del suelo y ¿sabe lo que hizo?

—Sabe lo que hizo, padre.

—¿Sabe lo que hizo, padre?

—¿Rompió el sol?

La niña se echó a reír como ante la idea más tonta del mundo.

—¿Para qué va a romper el sol?

—Para qué va a romper el sol, padre.

—¿Para qué va a romper el sol, padre, si al sol le da todo igual? Lo que hizo la niña fue coger la piedra y empezar a darse bien fuerte en la cabeza, ¡pumba!, ¡pumba!, ¡pumba!, bien fuerte se daba, así, gritando, como si le estaría abriendo la cabeza a otra persona, ¿sabe, padre? Y, entonces, ¿sabe lo que le salió de la cabeza, padre?

—¿El qué?

—Adivine.

—Adivine, padre.

—Adivine, padre.

—¿Qué tengo que adivinar?

—Tiene que adivinar, padre, lo que le salió de la cabeza.

—¿La luna?

—¿La luna, padre? Qué tontería. Mejor le digo tres cosas. —Alén no replicó—. La luna. Una flor grande. Sangre. O mejor —rectificó la niña—: una flor grande y preciosa.

—¿Una flor grande y preciosa?

—No. Sangre. Sangre, padre. ¿Qué va a salirle? Un chorro de sangre bien gordo que le salía bien salido de la frente y no paraba de salirle y bajaba por el monte como si sería un río. ¿Y sabe qué formaba el río, padre?

—¿Qué?

—Nada, padre, porque no era un río. La sangre iba haciendo charcos normales que se secaban normal y dejaban la sangre seca luego, normal todo, manchando bien manchadas las piedras, ahí mismo, bastante cerca de la niña, no se crea. Y la niña, claro, pues se cayó de rodillas como si no sabía ni dónde estaba, como mareada se cayó la niña, como si se preguntaría qué había hecho el sol con ella, como si no sería culpa suya, aunque el sol no había hecho nada; estar nada más, se lo digo yo. Y luego miró con los ojos así,

como si serían huevos cocidos, sin levantar la cabeza ni nada, como por dentro de la cabeza, como cuando se te pone la mirada esa, y luego se cayó de cara, ¡pataplaf!, que ni puso los brazos ni nada, y ¡pumba!, se quedó seca. ¿Le ha gustado el cuento, padre? —Esta vez pronunció padre con una cadencia especial; el gesto era inocente—. ¿Padre?

—¿Sí?

—¿Le ha gustado el cuento?

—No.

—Pues a mí sí.

La niña se dejó caer de espaldas y se cubrió la cara con la sábana. Y empezó a llorar.

El padre Alén ni se inmutó. Dejó que la niña fingiera. Nunca, desde la juventud, le habían conmovido las lágrimas de las mujeres, o muy pocas veces.

La niña asomó medio rostro.

—Padre…

—¿Qué?

—¿Le parezco guapa, padre?

—No.

—Ni a mí. —Luego añadió, mirando al techo—: Pero un día me voy a tragar un pájaro y voy a ser guapísima. —Y volvió a perderse entre las sábanas.

El padre Alén emitió un gruñido y se levantó (a partir de cierta edad, nadie se mueve sin hacer ruido); posó la mirada en la niña. A veces se sentía fuerte y a veces no, las estaciones tenían mucho que ver en eso.

Nada en aquella habitación lo concernía. En realidad, no miraba a la niña, ni siquiera su bulto enmarañado, que se inflaba y desinflaba. Miraba, solamente. Contuvo un suspiro maquinal; no

quería mostrarse vulnerable ni se sentía en realidad así.

Observó en la pared la sombra de los barrotes cruzados; luego, la puerta misma, a la que se dirigió despacio. La niña reía de nuevo desde el interior de su crisálida.

El padre golpeó la puerta y alguien hizo girar la llave. Clac, clac. Aunque parecía vieja y robusta, la cerradura era nueva. Alén cruzó el dintel y devolvió el batiente al sitio; reclamó la llave. La hizo sonar dos veces. Clac, clac.

—Adiós, niña —susurró casi, ya desde el pasillo.

Alén se alejaba del cuarto como si nada hubiera pasado, o como si todo fuera a pasar. Sintió el impulso de silbar, pero se contuvo a tiempo. Silbar era para la primavera.

XI

Yo creo que aquí todo el mundo se cree que no me entero, te lo digo yo, que no me entero de nada, te lo digo como lo siento, pero eso a mí me da igual, que yo tonta no soy, no sé si lo he dicho ya, y, si los demás piensan que sí, pues por mí que dirían lo que ellos quieran, lo importante es lo que seas tú, no lo que te dicen que eres, aunque también importa lo que se figuran, me parece a mí, o lo que se figurarían que serías, o como se diga, porque si resulta que querías que se creerían una cosa pero es sólo para que no se notaría que eres esa cosa que no quieres que se te vea, sobre todo si por ser esa cosa tienes, a lo mejor, problemas, no sé si me explico bien, pues entonces importa parecer justo lo que quieres, pero justo eso, porque, si no, si lo piensas, ser algunas cosas que yo me sé, se figurarían o no los demás que eres eso y no distinto, pues te puede dar problemas. Aunque lo normal es que los problemas los des tú, no sé si me explico bien. Yo creo que a veces no me explico.

Ayer por la mañana me dejaron salir al patio, a un patio, vamos, porque hay dos mínimo, o a lo mejor más, a lo mejor son cien, aunque me extrañaría mucho, no sé por qué he dicho cien, y me llevaron a un patio pequeño sin niños ni nada, sólo alguna monja, con la madre superiora y todo, la que tiene la cara floja, que yo creo que no es la madre superiora, que creo que se llama madre Humilde y por eso la llamo así, porque los nombres son importantes, te lo digo yo, y yo creo que se llama madre Humilde porque la llamó madre Humilde una monja que tenía granos en la cara, o sor

Humilde la llamó, ahora no me acuerdo, y la monja joven tenía granos, que creo que lo he dicho ya, pero con forma de cara, no sé cómo decirlo, como si cada grano sería una cara, como si tendría, no sé, una cara de granos puesta encima de la otra, como si tendría dos, y resulta que la monja pues resulta que es muy fea, no de las feas normales, de las feas feas, digo, de las monjas feas tan feas que yo creo que así he visto sólo dos. De esas que entiendes perfectamente por qué se ha metido a monja. Que a mí no me importa nada que la gente sería más fea que un bicho, no digo que es peor, aunque es peor. Porque, si lo piensas, en el pueblo somos feos todos, menos madre, que es tirando a normal, y menos a lo mejor Agapito, el de la farmacia, que se echa colonia, y en Eresma lo mismo, feos feísimos todos, y en el hospital de Madrid lo mismo, aunque en el hospital de Madrid son menos feos que en Orate, y menos feos aún los que mandan, a saber por qué. Y también está la gente que pasaba al lado del coche cuando fui a Madrid, que era fea casi toda pero se reía más que en casa y todos daban saltitos para llegar al borde de la carretera, para que no les pasaríamos por encima, que menudo rápidos íbamos, y lo normal, creo yo, es que la gente sería fea, que también casi todos los árboles son feos, si lo piensas, o están torcidos o, si lo piensas bien, muy pocos son iguales por los dos lados, como para hacerles un retrato, digo, como para sacarles en el periódico. Y los perros del pueblo lo mismo, que la mayoría son galgos feos llenos de pulgas feas, no como Lacruá, bien feos todos, porque para que sería guapo un perro muy guapo tiene que ser. Y, si lo piensas bien, de lo que más hay en el mundo es cosas feas, hasta que de repente, ¡pumba!, un tomate. O una patata sin bultos casi. O una señora muy guapa. Y ¡pumba!, un vaso de agua que sabe mejor que todos los vasos del mundo, que eso pasa cuando menos te lo piensas y entonces una bebería de ese vaso

para siempre si no se le acabaría el agua al vaso, que es como si ese vaso venía de la montaña o algo. Y por eso me da igual que las monjas serían feas si querían, aunque aquí hay bastantes monjas jóvenes, será que necesitaban monjas, o habrán entrado todas de golpe, patapam, en el colegio, de casualidad, digo, aunque lo que me molesta son los granos, que no son culpa de nadie pero a veces me dan ganas de reventárseles a la monja todos, pumba, pumba, pumba, pumba, como si serían escarabajos, a palmetazos, digo, que algunos granos son tan gordos que dan ganas de mirarles hasta que se pudran o algo y otros quieres chafarles como si serían buñuelos, ¡pumba!, ¡pumba!, pero claro, no va a andar una chafando granos sólo porque le dan las ganas, y menos los de otra gente, que no somos animales, que me lo ha dicho la madre Adriana, no somos bestias, criatura, ha dicho, porque las monjas son especiales, te lo digo yo, y por eso mismito, me parece a mí, me dejan salir al patio, porque me notan que tengo un día bueno y que, si quiero, me tranquilizo y no chafo, y que, si hago fuerza, por mucho que me entrarían ganas de hacer cosas, pues a lo mejor no las hago y ya está, porque puedo apretar las manos así, como si tendría un polvorón, y a lo mejor me aguanto un poco, y ayer la madre Adriana estaba como orgullosa porque decía que llevaba ya tres días sin vacíos Y A MÍ QUÉ Y A MÍ QUÉ Y A MÍ QUÉ COJONES ME IMPORTA MONJA CALVA FEA DE LOS COJONES, le dije, le dije GAFOTAS, dije, como dejándome ir por las ganas tremendas que me salían de la boca, MONJA VIEJA, dije, PUTA PUTA PUTA PUTA, no sé que ganas serían, pero eran unas ganas tremendas que no había quien me las pararía, hasta que la PUTA VIEJA PUTA VIEJA hizo que se callarían, no sé cómo, y luego seguimos hablando. Y yo no sé qué viento la da a la monja que no la gustan los vacíos, que a veces habla de ellos como si serían malos, como si no serían normales, como si no les tenemos

todos, que ya me dirás tú, porque yo, si te fijas bien, muchas veces estoy mejor con los vacíos, sin vacíos voy llenándome de enfados, ira, le dice el padre Alén, que te llenas de ira, niña, o a ver esa ira, niña, porque el padre Alén habla raro y nunca se le oye llegar, que no hace ruido ni nada, aunque eso es otra cosa, y te llenas de enfados y te llenas y de repente todo te parece mal, que es lo que me pasa a mí y entonces agarro y la lío, y por eso me dice el padre Alén que te sacan de ti, niña, de ti te sacan, porque me dejo ir o lo que sea, y, de repente, pum, todo es Hombre Guapo, todo es Hombre Guapo, y ya no estoy para nadie y a mí que me echen un galgo. Más en silencio todo.

Y yo creo que el padre Alén me va a preguntar por el Hombre Guapo, se le nota, le noto yo que le da vueltas. Y un día, ya lo verás, tenemos Hombre Guapo y lo tenemos, que yo esas cosas me las sé, y se lo noto al padre Alén y a todos, sobre todo cuando acaban los vacíos, porque noto que me mira como si me acabaría de decir algo y estaba esperando a que diría algo yo, o como si acabaría de hablar o como si quería estar seguro de las cosas, no sé cómo explicarlo, aunque depende mucho del día, porque casi todas las cosas dependen mucho del día, si te fijas, y a veces dependen del tiempo o del sitio o de otras cosas, que lo dice el padre Alén a veces, y a veces la hermana Maite, que no sé si he hablado de ella, yo creo que aún no. Yo creo que aún no la conozco. Y resulta que a veces soy tan vieja que podría ser la madre superiora o podría ser un ángel o cualquier cosa, te lo digo yo, que puedo estar aquí de antes del mundo, o por lo menos del mismo día. Y la madre Adriana me trata siempre como si sería mayor, aunque no como si se creía que soy mayor ya, más como esas maestras que tratan como mayores a los niños para ver si así se hacen mayores, no sé cómo explicarlo, o para ver si así dejan de hacer el tonto. La madre Adriana me trata

de usted, por ejemplo, y el padre Alén no, pero eso es otra cosa, porque la madre Adriana trata de usted a todo el mundo, que seguro que ahora viene un niño de tres años y va ella y lo trata de usted, límpiese los mocos, le dice, o llega usted tarde, o lo que sea, o debería saberse la lección, o esas cosas que dicen las maestras cuando quieren hacerle a alguien la pascua para que se sentirían tontos de repente, para que te dé vergüenza todo, eso le noto yo a sor Adriana, que también puede decirse madre Adriana, aunque con ella hablo menos y además de cosas distintas, porque ella está siempre con Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, que si Jesús esto, que si Jesús lo otro, que tiene que pensar mucho en Jesús, que tiene que pensar en lo que Jesús haría, que cómo se preocupa, pobrecilla, que yo no digo que es malo, que justo cuando la madre Adriana me dice que piense en Jesús yo voy y pienso, pienso en él tan fuerte tan fuerte que a veces después de muchos días a lo mejor hasta me he convertido en él, quién te dice a ti que no. A veces es lo que a mí me parece.

Y la madre Adriana me dice que Jesús se murió de golpe por nosotros, pero eso lo sabe todo el mundo, que a veces se cree que soy tonta, como si no fuera ido a la escuela o algo, que en la escuela nos lo explican todo, nos lo explican perfectamente, o como si no fuera ido a misa, que a mí me gusta la misa porque es de oír, que allí no hay que aprenderse nada, que te lo aprendes igual, y yo me imagino a Jesús pero aquí mismo, con la bata blanca y todo, aquí plantado, patapam, que ya sé perfectamente que no se dice bata, pesca que te pesca me le imagino, haciendo milagros a lo loco, de padre y muy señor mío, curándoles las heridas a los amigos, y me da mucho interés, porque Jesús es, creo yo, una persona muy interesante, si te fijas, y no me extrañaría nada que a la madre Adriana la parecería bien que yo estaría hablando así ahora. De él,

digo. Y, si quiero, de lo del templo, que siempre me ha gustado lo del templo, ahí, repartiendo tortas, ¡pimba!, ¡pimba!, que yo también he tirado mesas, ¡pimba!, ¡pimba!, en Orate y fuera de Orate, que hay que ver cómo se pone la gente por nada. Cómo les gusta exagerar a veces.

Y el padre Alén no me habla de Jesús casi, no sé por qué será, él me hace preguntas sólo, él me hace preguntas y ya está, y yo le voy respondiendo, él me hace preguntas y yo le digo, y luego me hace más preguntas, que menudo es el padre Alén con eso, que a veces parece el dueño del hospital y todo, que ya sé perfectamente que no es el dueño, que me preguntaba muchísimo también, me preguntaba por ejemplo por los colores, los que me gustan más y eso, y a lo mejor un día voy al hospital y le pregunto yo a él dos cosas. Y a lo mejor le pregunto al padre Alén que por qué no me habla de Jesús él como la madre Adriana, y a lo mejor me lo dice y a lo mejor no, porque el padre Alén es muy suyo, no sé si lo he dicho ya, o a lo mejor si aguanto un poco más pues va un día y me habla de Jesús, pero porque quiere él, no porque le diría yo nada, que a veces es mejor así, te lo digo yo. O a lo mejor un día le digo que por qué no me pone una ventana en el cuarto, con barrotes aunque sea, como los de la puerta, aunque seguro que luego es muy difícil, porque las cosas luego son difíciles, y eso que el padre Alén es carpintero, me parece, que me lo dijo una vez la madre Adriana. Y lo que le pasa al patio es que desde el patio no se ve el mar y seguro que desde la habitación sí, que ya sé perfectamente que ir al mar no se puede, por si me escapo, pero eso no significa que me tiene que gustar el patio, que no me gusta, y yo digo de ver, no de escapar, que a mí no me gustan todas las cosas. Por ejemplo, los granos de las monjas. Ni las preguntas ni nada. Que a mí lo que me gustaría es bañarme en un mar bueno, un mar de padre y muy señor mío. Y

mojarme bien los pies y asomarme a la ventana.

XII

La hermana Maite, como sus predecesoras —la estirpe invisible de custodias que hundía sus raíces en el nacer de la cristiandad, cuando todas eran diaconisas y no necesitaban esconderse—, sabía una o dos cosas sobre jardines, que pueden resumirse en…

Hay siete plantas sagradas en el mundo. La flor de loto, que representa la vida y la fertilidad —en ocasiones, la pureza—. El muérdago, que atrapa la esencia del sol. El tulsí, que unos llaman *Ocimum sanctum* y otros albahaca sagrada, tiene un olor embriagador y sirve para hacer aceites esenciales y jabones. La marihuana, la única de las siete sin lugar en Gabaón, que no confunde la intuición con el razonamiento, el razonamiento con el agrado ni el agrado con la sabiduría. El tejo, asociado al renacer y la longevidad, para cubrir todos los flancos. La albahaca común u *Ocimum basilicum*, que brotara una tarde de viernes bajo la Santa Cruz, donde cayó la primera gota de sangre redentora, y que queda muy bien en la pizza. Y el peyote, que no sirve para nada.

Hay siete hierbas sanadoras: la salvia, el tomillo, el romero, la lavanda, el laurel, la ruda y, de nuevo, la albahaca, proverbial en todas las salsas.

Después están el abrojo, la zarzamora, la arroyuela o relicaria, el abrepuño amarillo, el jazmín, la retama negra, el cardo cundidor, la hiedra —muy importante en Gabaón—, el cártamo silvestre o alazor, y la corona de Cristo.

Y, por fin, la catuaba —eficacísimo afrodisíaco—, el *Ginkbo biloba*

—al que las monjas llaman ginco—, la undlela ziimhlophe o *Synaptolepis kirkii* —de tallos negros y raíces blancas, inductora de sueños lúcidos—, el mulungu o flor de coral, y la bobinsana.

El resto son combinaciones.

Por ejemplo, cuando una novicia daba a luz —a veces pasa—, sor Maite le preparaba un baño de hierbas dulces: jazmín, lavanda, albahaca, manzanilla, menta, hierbabuena y canela, ideal para atraer la prosperidad y entregar al niño a la beneficencia con mejor aspecto.

Para repeler lo negativo, se sumergen los codos en un aguamanil de hierbas amargas: salvia, eucalipto, ruda, ajo, mirra, enebro y parietaria, siempre siete.

Para dormir, la pasionaria, que algunos llaman pasiflora y genera mareos y confusión, que es lo buscado.

La lengua de suegra cuando hay que callar o hacer callar.

Para ver el futuro, una infusión de espinacas, poco nutritivas (para bien) y, masticadas despacio, muy buenas para el vientre.

La hermana Maite, además, lo sabía todo sobre el árbol del té —y, por tanto, sobre los tigres—, con cuyo aceite espantaba las infecciones más comunes y, si no se andaba con ojo, podía quemarse la cara; sobre la magnolia negra, parásito de algunos árboles, con la que se hacen las cremas más caras de París; sobre las semillas de la flor de loto y del arroz, que sostienen civilizaciones enteras; sobre la manzanilla, que Maite prefería en infusión —como casi todo el mundo—, con una rodajita de limón en el borde de la taza, por la dureza del agua, decía, rica de más en magnesio, y por el frescor.

Lo que no sabía sor Maite era cómo hacer que el padre Solitude se aviniera a pasar más tiempo en el colegio.

O cómo aligerar el ánimo de la madre Adriana.

O cómo devolverle la paz al padre Alén.

O cómo hacer que sor Humilde dijera algo más que gracias.

O cómo conseguir que aquella niña que a veces parecía normal dejara de decir lo que decía, de estropear la ropa, y abandonara la manía de meterse en la cabeza de los demás, sobre todo en la del padre Salcedo.

El padre Salcedo, de nombre Carlos —aunque nadie, ni su propia madre, lo llamara así—, recorría con la sotana relavada el ala norte de Gabaón, junto al gimnasio, con un andar ligero que ni reflejaba ni favorecía su humor, pensando, como tantas veces, en cómo había acabado allí, y por qué. No siempre es por razones que pasan las cosas, se decía, y es verdad que no siempre las hay: a veces no hay más motor que la fatalidad, a veces te arrancan de un sitio y acabas sin saber por qué en otro y te haces sacerdote. Y luego: la inercia es el empuje luminoso que impulsa a los temerarios y a los indecisos los aplasta. Salcedo tenía la cabeza llena de libélulas; tendía a la circularidad y, dentro de ella, a la rumia, y, aún más dentro, al juego de palabras sin objeto; todo era mecánico en él, desde el rascarse al tormento.

Nada importa más que lo que nada importa, se repetía en lo más alborotado del cerebro, sin encontrarlo un hallazgo, un hábito como mucho. O: lo mejor y lo peor de todo es siempre la misma cosa. Luego pensaba en si cualquier cosa no habría sido mejor que todo, o en si lo bueno y lo malo no sería mejor inicio. ¿Nada importa más que lo que nada importa o nada importa más que lo que no? Cambiaba después de canción: la madera asfixia y, como del amor, sólo las cenizas quedan. ¿Y enardece (pensaba)? Mejor. ¿La madera enardece, entonces? La madera enardece y, como del amor, sólo las

cenizas quedan. ¿O es el amor el que asfixia, si enrocamos objeto y sujeto? Pero entonces la madera, ¿qué? La verdad es a la mentira lo que la sombra al objeto; le salían las tonterías solas; podía pasarse horas así, nada significaba nada ni le procuraba alivio, el padre Salcedo no era un rapsoda, más bien un cuerpo abrumado incapaz de mantener a raya el pensamiento.

Salcedo se obligó a entrar en la capilla, rozando una vez más con la rodilla el quicio de la puerta, su gruñido diario. A falta de sacristán, era el primero en llegar y el último en irse; habría aceptado ayuda, pero, recién llegado, no se atrevía a pedirla —y Félix, borracho agreste, valía para los animales y las tapias, para recortar las enredaderas y podar en invierno los carballos, y para retirarles las ramas muertas todo el año, pero no para la misa—. Salcedo encendía las velas y quitaba y ponía los floreros, preparaba en la credencia el misal, en el ambón el leccionario, en el atril la hojita de peticiones, disponía las vestiduras según color, uno para cada tiempo, generalmente el verde. Luego llegaban los niños, que le tenían un afecto inexplicable pero ningún respeto, y los recibía con paciencia, equivocaba los nombres, deshacía alguna escaramuza y esperaba a que el más obediente entonara el canto de entrada, para que él mismo pudiera desaparecer por el lateral, nunca del todo, y reaparecer casi a la vez con el rostro ofuscado, siempre a un milímetro del tropiezo. Los niños ya ni se reían. El padre Salcedo no confundía el destino con los deseos, ni con su misión siquiera, como esos toros mansos que se imaginan bravos y un día se ven en la arena despojados de toda fantasía.

Cuando acabó la misa —con las nuevas oraciones que el padre Alén le había hecho memorizar—, echó a los niños, devolvió a la sacristía cuanto de ella había tomado, incensario incluido, y la dejó lista para el día siguiente. Sofocó la llama de las velas, que a veces

soplaba y a veces apagaba con los dedos, limpió los vasos sagrados, que a menudo se le caían al suelo, cerró bien las ventanas, aseguró los postigos, se cercioró de que no hubiera nadie en la puerta y echó un último vistazo para asegurarse de que todo quedara en orden. Sólo entonces se humilló, primero con la rodilla sana, con la hinchada luego. Muy despacio. Como si le hubiera caído otra vida encima.

Agachó la cabeza y se dejó temblar.

Apretó los dientes.

Y dijo:

Quién, quién.

Un hilo de saliva le colgaba de los labios.

Quién, quién, quién, quién, quién, repitió, sin aclarar ni aclararse con quién hablaba.

Se secó la espuma y el sudor, que le manaba a raudales de la frente. Inspiró más hondo aún. Juntó las manos. Se rehízo.

Aflojó los ojos.

Si uno o varios animales, declamó, están enfermos y necesitan protección o cura, podemos pasar directamente al segundo estadio. Su voz era aún temblorosa, pero ya no débil. Sólo el obispo, prosiguió, o en su ausencia el presbítero, puede hacer la bendición del aceite curativo, que ha de ser de oliva. Siempre. Sin excepción. Si se tratara de un diácono o de cualquier otro clérigo, será preceptivo que el aceite haya sido bendecido antes por el presbítero o el obispo, y sólo podrá aplicarse a animales, no a seres humanos.

No se sabía bien si recitaba o ensayaba, o si recitaba para

ensayar. Volvió a secarse el sudor, más copioso a cada instante. Apretó más los párpados, hundiendo algo invisible muy dentro.

Agua sagrada, regeneradora, declamó luego, bautismal, liberadora por sus dones del pecado original. Sal bendita. Santo óleo. Un cuchillo. Sangre hervida. Y luego: ¡basta! Y, justo después: ¡por favor! Y luego, casi con dulzura: señor Dios, rey todopoderoso, ante quien se postra el ejército de los ángeles, amados dadores de tu favor espiritual, dígnate mirar, bendecir, santificar a esta criatura de aceite nacida de la paz del olivo con el fin de que esta bestia por él ungida sea de inmediato liberada del decaimiento, la enfermedad, el dolor, la rab…

Cortó en seco. Se levantó y balbuceó una oración. Cerró tras de sí la puerta. Todo pasó en un segundo. Debía hablar con sor Maite, no podía esperar más; quería hablarle de las hierbas, cambiarlas de lugar, de orden, de dosis, mezclarlas de otro modo, pedirle que las machacara más, o menos, o en otro ángulo, o que le dejara hacerlo a él, machacarlas, machacarlas, machacarlas, pensó para sí, estrujarlas dentro del mortero hasta romper el mortero, estrujar el mortero hasta adentrarlo, machacar la brecha, estrujarla bien dentro, aplastarla, aplastar el mortero en el mortero, como hacen, se decía, los hombres de Gabaón pueblo, los pescadores, a los que, cuando se escapaba del colegio, observaba a veces en su bar celeste, tan poco romano, sin mezclarse con ellos por pura vergüenza.

Cobarde.

Cobarde no es quien piensa, cobarde es quien piensa y no dice. Y añadía: no decir nada ahora es poder decirlo luego. Y así.

Las baldosas del suelo se deslizaban borrosas al paso con sus dos siglos de grietas encima, manchas secretas, bultos de enfermedades mal curadas, dos colores, blanco y negro, fundidos

por la prisa en un gris nuevo.

Debía decirle a sor Maite que nada estaba funcionando, que nada iba a funcionar, que todo estaba resuelto y todo era distinto ahora, que ya nada valía y todo valía, quería confesarle, ¡a ella!, que muy pronto se sabría que se bebía el vino de la misa, porque el padre Alén, a quien todo se le alcanzaba, iba a notarlo, y que…

Alzó la vista.

Un niño de cinco años lo aguardaba en el pasillo. Le tendía la mano, manso.

Salcedo le sujetó los dedos y ambos caminaron juntos con pasos cortos para acomodar el ritmo a las piernitas del niño, dos alambres clavados en el centro de los pantalones cortos. Las monjas se cruzaban con ellos sin prestarles atención.

El padre Salcedo y el niño hablaron de la vida y de la muerte, de ese modo inconsecuente que sólo los viejos amigos conocen, o quienes acaban de encontrarse, no hay término medio en eso.

Una lagartija de jardín se detuvo en la pared para mirarlos, antes de seguir la caza.

El niño le contó al cura que se sentía bien en Gabaón, dadas las circunstancias, que estaba adaptándose al colegio lo mejor que podía, aunque los otros niños hacían ruido y echaba de menos a su madre. Estaba determinado a esforzarse. Salcedo le preguntó si su madre estaba muerta, y el niño, casi ofendido, le contestó que claro. Salcedo le preguntó si estaba muerto él, refiriéndose al niño, que no supo qué contestarle.

Siguieron caminando juntos.

El cura le confesó que él también estaba un poco muerto, y que él también echaba de menos a su madre, y que a él tampoco le importaría volver a verla, regresar a casa, ayudarla en la tienda, aunque también le tenía algo de miedo, porque ella estaba viva, eso

seguro, y porque a veces se notaba un poco enamorado de ella y, aunque había pensado, igual que Solitude, en marcharse, no tenía adónde ir, salvo a su cuarto de siempre, a la cama infantil, no quería ver mundo. Pero, claro, no iba a dejar a Alén solo.

El niño se mordía el labio y lo entendía todo.

Salcedo detuvo el paso, que no habría encontrado fin si no, tan largo era Gabaón, más grande por dentro que por fuera, y se inclinó ante el niño (no se puso en cuclillas para no faltarle al respeto).

¿Puedo contarte algo?, le preguntó. Las dos siluetas formaban un triángulo que la bóveda, altísima, acogía como en un fresco. Las monjas, de marrón y blanco, quedaron congeladas en el sitio. También parecían pintadas.

Salcedo volvió a preguntar: ¿puedo contarte algo? El niño asintió con seriedad de niño. Salcedo le susurró lo que nadie más pudo oír, aunque la lagartija —más bien un eslizón— tenía los ojos clavados en sus labios.

El niño no se asustó, asintió sólo. Sus ojos anochecían. Me llaman ya, dijo excusándose.

El padre Salcedo necesitó toda la voluntad del mundo para dejarlo ir. El niño se perdió en las sombras del pasillo.

El padre abrió los ojos, ahogándose, y respiró otra vez, parpadeó rápido y exhaló un largo río. Separó la cara del suelo de la capilla, en el que llevaba más de media hora desplomado. Se palpó el rostro, rojo por la humedad y el frío del mármol y el furor que le brotaba desde niño en forma de rosácea.

Se incorporó como mejor pudo sujetándose los riñones.

Se aseguró una vez más de que no hubiera nadie cerca. Recogió la pertiguería. Enderezó el mantel. Alineó las bandejas. Apagó la luz.

Recitó una breve oración para agradecerle a Dios el día.

Cerró tras de sí la puerta.

Y se fue en busca Maite, quien, según aseguraban las hermanas, se había hecho un despacho diminuto dentro del invernadero.

XIII

Ya conozco al perro del guardés, que le he conocido hoy, que me han traído al perro, no sé si lo he dicho ya, aquí arriba, digo, porque sé que estoy arriba, en el cuarto piso, digo, porque me lo dicen mucho, cuarto, cuarto, cuarto, dicen, que estás en el cuarto, me dicen, pero no cuarto de habitación, que también, cuarto de piso, digo, que también se puede decir planta, qué risa, sin el guardés me le han traído, y me han dicho que el perro es suyo, aunque eso ya lo sabía, y el guardés se llama Félix y el perro Lacruá, que ya sé perfectamente que a veces digo las cosas muchas veces, pero eso es porque los nombres hay que decirles y para eso son los nombres. Para poder llamar, por ejemplo, a los perros.

Yo a Félix no le conozco, le conozco pero no, de verle una vez y ya, y también de Solitude, que es el que me habló de él, aunque, si conoces a una persona y te fías, pues ya está, ya conoces a la otra, y con los perros lo mismo, por eso me cae bien Lacruá, que resulta que es un mastín, porque le cae bien a Solitude, que es un cura guapísimo, no sé si lo he dicho ya, aunque menos guapo que la voz, que yo creo que es guapa de otra forma, como sin brazos ni piernas ni nada, de una manera muy grande, como si sería una cabeza muy grande hecha de ideas muy grandes en un lugar muy grande hecho de ideas también, como si sería todo tan grande como la música que suena en misa cuando la canta todo el mundo junto y de repente la iglesia es aún más grande, que a veces hasta se pueden ver las paredes moverse y todo, no sé lo que estaba diciendo. Ah, sí: que

me ha traído el perro la madre superiora, la monja vieja, digo, la que parece la madre superiora, y ha cogido la madre Humilde, que es como se llama la vieja, o sor Humilde, que venía con el perro, agarrada al perro, vamos, o agarrándole así bien, tira que tira y, sin decir ni mu, me sube el perro encima y el perro tiene la piel colgando, la de la cara, digo, como la madre Humilde, y me le sube encima porque el colchón está encima de la cama y la manta encima del colchón, arriba todo, porque es una hora ya normal, y el perro se me sube encima y empieza a olerme así, por todo el cuerpo, primero por los pies y todo y luego ya por las rodillas. Y en las piernas se estuvo mucho rato, que es donde más se estuvo, debajo del vestido y todo, y me ha lamido las piernas y la madre Humilde, ¡pimba!, le ha pegado un tirón fuerte, para que se estaría quieto. Y luego me ha olido la tripa, pero esta vez por fuera del vestido, y se ha puesto a ladrar así, ¡buf, buf!, o con sonidos de respirar, sin gruñir ni nada, pero de alegría, como si estaría embarazada o algo, que a veces no sé ni cómo no estoy embarazada, que menos mal que no tengo hijos porque serían hijos hechos de ideas, así que por otra cosa me olería, por la carne que me han dado, estofada, rica, muy dulce, qué rica, que me la notaría o algo, así, recién comida, que ojalá me darían más carne en lugar de tantas hierbas tantas hierbas tantas hierbas, que yo tanta sed no tengo, con salsa como de zanahoria, muy rica la carne, muy dulce, que me han entrado ganas de bailar y todo, y el perro me ha caído simpático, que es lo que me decía Solitude, que ya sé perfectamente que se dice padre Solitude pero a veces me sale entero y a veces no. Y luego me ha olido por el pecho, que me está saliendo ya el pecho, como buscando, y luego se ha quedado el perro donde tengo puesta la cara, que los perros cara no tienen pero yo sí, y me ha olido la cara así, primero como flojito, los dos mofletes, y luego me ha dado por abrir la boca, no sé por qué, y la

he abierto como si obedecería, como si me lo había dicho el perro, y le he respirado para dentro como si me lo pediría, aunque yo creo que en verdad es un corzo, porque los corzos son mágicos, te lo digo yo, un corzo con forma de perro, y el perro se ha echado a reír, que ya sé perfectamente que los perros no se ríen, que me lo he imaginado yo, pero a veces para ver las cosas hay que imaginárselas un poco, y luego nos miremos mucho rato mucho rato mucho rato mucho rato y el rato no se acababa y el perro y yo ahí, mirándonos, a ver quién se ríe antes. Y entonces sor Humilde, que no sé si es la madre superiora o qué, se ha puesto como impaciente y ha tirado para atrás del perro, ¡clan!, y el perro se ha bajado de la cama, aunque yo creo que quería quedarse, y ha dejado las pezuñas marcadas, por aquí, por todas las sábanas, que las ha puesto mejor que estaban, y luego, ¡pumba!, portazo de la madre Humilde, que ha cogido al perro y se le ha llevado volando, que no sé el perro cómo será pero la vieja es un rato antipática. Y yo: ¡Lacruá, Lacruá!, porque quería que volvería el perro, y porque me gusta decirlo, ¡Lacruá!, y ahora estoy castigada, me parece, o estos días por lo menos, sin que me sacarían ni nada, porque hoy no me han sacado al patio ni ayer ni el día de antes ni nada, ni ninguno de estos días. Y estos días, a lo mejor por eso, me cuesta más oír el mar. Y a veces no sé si estoy chalada pero oigo lo que piensa todo el mundo, y a veces viene del techo y a veces de más abajo, aunque me lo estaría imaginando, porque imaginarse no es inventarse.

Y luego va a pasar una cosa.

Luego voy a hacerme la dormida y voy a hablar con la madre Adriana, que va a venir a visitarme, yo sé lo que me digo, y la voy a decir que me lleve a ver el mar, y ella me va a decir que no, pues no es lista la hermana Adriana ni nada, y vamos a tener una charla cuando me cojan ganas de arañarla, que yo estas cosas me las sé,

que siempre me las sé de antes, y por eso digo que la hermana, o la madre Adriana o lo que sea, sabe bien lo que se hace y yo creo que voy a llamarla madre siempre, porque la madre Adriana es listísima y las madres son listísimas en general y no sólo por las gafas, que da gusto verlas, que si yo me pondría esas gafas, ¡pimba!, me caía a la primera. Y la madre Adriana va a decirme: es usted un caso perdido, y yo voy a decirla que no, aunque no sé lo que es un caso perdido, y ella va a decirme: parece usted un caso perdido, y va a llamarme criatura, y yo voy a decirla: pues mejor, y ella va a decirme: no para mí, criatura, ¿sabe por qué?, y yo voy a decirla: ¿por qué?, y ella va a decirme: porque a Dios no se le pierde nadie. Y entonces voy a darle vueltas a las cosas, te lo digo yo, porque me conozco, y por un lado va a apetecerme decir que por qué lo sabe y que si se cree que es Dios o algo, a ver con qué me sale, y por otro no voy a decir ni mu porque me va a dar como impresión y me va a dejar como pensando, que me va a sonar todo a ¡pum!, como si se cae delante una piedra, porque a veces la madre Adriana tiene eso, que a veces parece una piedra, que a veces te dice cosas como de monja y luego va y te dice otras que enseguida ves para qué son las gafas. Y entonces va a decirme: ¿tiene sed?, y yo voy a decirla: ¿quién?, y me voy a reír como una tonta, pero a ella no va a hacerla gracia, aunque tampoco va a enfadarse, porque la madre Adriana no se enfada nunca, aunque tenga prisa. Y entonces va a notarme algo y va a decirme: ni se le ocurra marcharse, criatura, porque me va a notar que me hablan por dentro, que me lo va a ver en los ojos, y yo sé perfectamente que no va a querer hablar con el Hombre Guapo porque el Hombre Guapo es para el padre Alén. Aunque todavía no. Y entonces la madre Adriana va a levantarse de la silla, o como se diga la silla, y va a ponerse muy cerca, así, como si fuera Lacruá, con la nariz bien pegada, cerca cerca, para que pueda mirarla por

dentro de las gafas. Y entonces va a preguntarme qué la pasa, criatura, ya lo verás, y yo voy a decirla que nada, y ella va a decirme: ¿está usted tonta?, y a mí no va a parecerme bien ni mal, porque voy a notarla enseguida que me lo dice por si soy tonta, no para mal, y yo voy a decirla que no, que yo de tonta no tengo un pelo.

Y justo entonces van a pasar más cosas, porque a lo primero va a darme un bofetón sin enfadarse ni nada, como los que daba madre, de los buenos, y yo voy a mirarla así para que vea que no la cojo miedo, y entonces, ¡ñaca!, voy a querer morderla, pero ella va moverse fácil, aún no sé para qué lado, y va a darme otro guantazo, ¡pumba!, así, tranquila, y yo, ¡ñaca! otra vez. Pero ni por esas. Y la próxima vez pienso ir a pillar en serio, como te lo digo, a mala idea, como hago siempre con las moscas, que no muevo la mano para donde está la mosca sino para donde va a estar y entonces sí que la cazo, y a veces la meneo luego, como por dentro de la mano y ¡pumba!, la lanzo contra el suelo, así, y la miro así sin tocarla ni nada, para ver si está coja o algo, como el alcalde, que una vez le dejé cojo y una vez dejé cojo a un perro, que le tiré contra el suelo y adiós perro. Y entonces va a irse la luz, te lo digo yo, de golpe, ¡pum!, la luz de todo el colegio, digo. Y va a ser todo muy raro porque no voy a poder ver nada, ni a la madre Adriana ni nada, ni ella a mí, porque va a quedarse todo negro, como cuando viene el pulpo. Y entonces va a venir otra monja, que se va a oír perfectamente cómo viene, a la carrera viene, pero no voy a saber quién es, por lo de la luz. Y la monja va a ponerse a gritar que si madre Adriana, madre Adriana, que si está usted bien, que si diga algo, aunque también puede decirse sor Adriana. Y sor Adriana va a decirla que se calle, gritando también pero distinto, como más seca, y yo voy a notar cómo me viene un vacío de los buenos, uno de

padre y muy señor mío. Y entonces no estoy segura aún, pero me parece que me voy a subir al techo, como si el techo sería el suelo, o como si el suelo sería el pulpo pero en verdad es el techo, no sé si se me entiende. Porque no se va a ver nada. Eso seguro. Y va a decirme: ¡ni se te ocurra!, o: ¡ni se te ocurra, criatura!, aún no lo sé, y: ¡baja ahora mismo de ahí!, y me va a sonar un poco raro porque la madre Adriana me llama de usted siempre, no sé si lo he dicho ya, y de repente me va a reñir de una manera así como mandando, para que el vacío no me llegaría, y entonces a lo mejor se va el pulpo y a lo mejor no. Y entonces a lo mejor me bajo, no sé aún, porque eso no voy a saberlo hasta más luego. Y entonces va a volver la luz, ¡patapam!, de golpe todo. Y, justo donde la ventana, la de la puerta, digo, que es una ventana pequeñísima que hay justo donde la puerta y puede decirse ventana y puede decirse ventanuco, con una barra y otra barra, zas, zas, va a estar asomada la monja nueva, así, como asustada, como tonta. Llorando casi. Y la madre Adriana va a hacerla así con la mano, como diciéndola que se vaya, sin levantarse ni nada, y va a mirarme a mí, te lo digo yo, como detrás de los ojos va a mirarme. Y luego va a decirme que sí, pero sin decírmelo. Y luego ya va a acariciarme muy despacio muy despacio, ya lo verás, así la cara, como a los burros, con la mano seca y todo, como rasposa, no sé cómo decirlo, como las madres, que va a tener la mano como si freiría con los dedos, te lo digo yo. Ya lo estoy viendo.

Y tengo muchas ganas de que pasaría todo, porque, cuando sé que van a pasar cosas, o cuando las sé más o menos, pues luego tengo muchas ganas de que pasarían, para que los sueños serían por algo, que hay que ver qué bien saben aquí que no hay que dejarme salir, que no hay que darme ni esto, qué listos, qué listos todos.

Y ahora voy a hacerme la dormida, ya lo verás. Te lo digo yo.

Para lo de luego, digo. Ahora voy a cerrar los ojos y a esperarme un rato. Para cuando llegue de verdad la madre. Para cuando empiece de verdad lo bueno.

XIV

La mirada de Alén abría un túnel que acababa en la frente de la niña.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo.

—¿El qué?

—El qué, padre.

—¿El qué, padre? No he hecho nada.

—No vuelvas a asustar a sor Adriana.

—No estaba asustada, padre.

—Sor Adriana está asustada siempre. Por eso es tan importante.

—¿Para qué?

—Para qué, padre.

—¿Para qué es importante la madre Adriana, padre?

—¿Bebes lo que te dan?

—Sí, padre.

—¿También cuando está amargo, cuando no hay quien se lo beba? ¿También entonces?

—Sí, padre.

—Tienes que beber lo que te den. Hasta el fondo, ¿me oyes?

—A veces lo escupo, padre.

—No puedes escupirlo, niña.

—A veces me espero y lo escupo.

—No puedes escupirlo. Le pediré a la hermana Humilde que se quede más tiempo contigo.

—No.

—Sí.

—No.

—No, padre.

—No, padre. Puedo aguantar mucho rato.

—Puedo aguantar mucho rato, padre.

—Puedo aguantar mucho rato, padre. Puedo aguantar todo el rato que quiera, padre. Puedo aguantar el día entero, si me da la gana, y escupirlo luego, puedo aguantar un mes. Y sin beber también, padre, puedo beberme a mí misma, si quiero.

—No lo hagas.

—Vale.

El padre Alén metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo con las iniciales bordadas. Se sonó con método.

El fin de invierno era más cálido de lo normal, los pescadores traían a tierra cada vez menos rodaballo, menos lubina y merluza, menos besugo y más caballa y jurel, más dentón, más pargo. Alén prefería el calor pleno, pero se sentía igual de bien en la moderación. No tenía, pues, queja.

Algo bailaba en el aire, podía notarlo. Todos podían. Con gesto coqueto, se miró las uñas.

—¿Te gustaría que te hiciera daño? —le preguntó a la niña.

Ella lo miró con indolencia y le ofreció el antebrazo, repleto de manchas rojas. Con igual apatía lo retiró. Se lo frotó un buen rato bajo la tela.

El padre Alén escrutó el hueco para el que la niña reclamaba su ventana: una pared enlucida no hacía demasiado tiempo. Varias grietas en el estucado gris daban testimonio de la prisa. Alén frunció el ceño con disgusto.

—No tuerzas el crucifijo, ¿quieres?

—¿Qué crucifijo?

—Qué crucifijo, padre.

—¿Qué crucifijo, padre?

—¿Qué crucifijo va a ser, niña?

La niña miró la pared.

—No he sido yo, padre.

—¿Sabes rezar el padrenuestro?

—Sí, padre.

—Hazlo.

La niña lo recitó de cabo a rabo, del *pater* al *amen*, sin respirar.

El padre Alén asintió.

—Otra vez.

La niña repitió:

—*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra. Panem nostrum quotidianum da nobis hodie et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo. Amen.*

—Sabes que está mal, ¿verdad? —le preguntó Alén.

—¿Que está mal qué?

—Que está mal qué, padre.

—¿Que está mal qué, padre?

—¿Sabes que hay cosas que están mal?

—Sí, padre.

—¿Por qué están mal?

—Por todo.

—Por todo, padre.

—Por todo, padre.

—¿Por qué están mal?

—Por ejemplo… —La niña unía de una en una las yemas de los dedos. Boqueaba y hacía explotar las burbujitas que se le

acumulaban en la comisura de los labios. Se tapó las rodillas con el camisón, ya muy dado de sí. Retorcía el dobladillo—. Por ejemplo —repitió—, *sanctificetur nomen tuum* está mal; tendría que ser piel, no nombre. La piel es santa.

—Muy bien.

—*Regnum tuum* está mal. Sería mejor *triumphus*.

—Por qué.

—Porque lo que está diciendo es que tiene que ser así. Hay que ganar siempre, padre. Sin esperar a nadie.

—Muy bien. Sigue.

—*In caelo et in terra* está mal.

—¿Cómo tendría que ser?

—*In caelo, in terra et in hoc loco damnato.*

—Este lugar no está maldito, niña, sólo perdido. ¿Sabes cómo se llama?

—Habitación.

—Me refiero al colegio.

—No.

—No, padre.

—No, padre.

—Continúa.

La niña fijó los ojos en un rincón del cuarto. Volvía a repasarlo todo, esta vez en voz baja.

—*Panem nostrum quotidianum da nobis hodie* está mal —dijo al cabo.

—¿Qué parte?

—*Da nobis hodie.* Tendría que ser ya, no hoy.

—¿Por qué?

—Porque sí, porque así es como es. Y *dimittimus* está mal, no tiene que perdonarnos nada, tiene que cargar con todo, para eso

está. Y *ne nos inducas in tentationem* está mal.

—Niña…

—Tiene que tentarnos. —Su rostro era puro arrebato—. Tiene que tentarnos, ¿no? Si no, ¿cómo sabe cómo somos? ¿Cómo sabe si somos buenos? Y *sed libera nos a malo* está mal.

—Basta, niña.

—No puede salvarnos. Nunca. Tiene que aplastarnos, padre, tiene que aplastarnos como a un bicho malo, igual que a los gusanos y a las ratas. ¡Tiene que pisarnos la cabeza, padre! ¡Así! ¡Como el Hombre Guapo! ¡Tiene que obligarnos, padre!

Alén sabía muy bien que no hablaba con el Hombre Guapo, pero tampoco del todo con la niña, quien ni se expresaba así ni conocía más lengua que la de Orate.

—Cálmate, ¿me oyes?

—No, padre. Sí, padre.

La niña se apaciguó. El padre Alén, por el contrario, se mantenía en guardia. La niña regresó al baile de yemas. Empezó a tararear.

—¿Qué cantas, niña?

—Nada.

—Nada, padre.

—Nada, padre.

—Algo cantarás.

—Una canción. Una canción de mi pueblo, padre.

—¿Quién te la enseñó?

—Mi padre, padre, que la aprendió en Orate. O en el pueblo de al lado de Orate, que es donde está el bar, allí la oyó. En Villafermosa de la Cuesta, que la decimos Villafermosa porque sólo hay esa.

—¿Es bonita?

—Villafermosa mis cojones, decía mi padre, ¿quién te habrá

puesto ese nombre?, alguna puta de reina. Pero porque se lo había oído al médico, de cuando se ven allí, digo, porque en Orate no hay bar y en Villafermosa sí, no sé si lo he dicho ya, y a mí me daba la risa, igual que a padre, a los dos; pero porque no somos de Villafermosa, que, si no, no sé, igual no nos daba; por eso me lo decía, padre. De Orate no decía nada.

—Y ¿qué dice la canción?

—¿Qué canción?

—Qué canción, padre.

—¿Qué canción, padre?

—La que llevas dentro, niña.

—¿Se la digo?

El padre no contestó. La niña rebuscaba en la cabeza.

Y cantó:

—Yo tuve una novia coja, coja porque cojeaba; pa lo que yo la quería la pierna no la estorbaba. —La niña rio y rio y siguió juntando las yemas: índice, medio, anular, meñique; índice, medio, anular, meñique. Todo contra el pulgar.

—Aquí no cantamos esas cosas, niña.

—Me lo ha pedido usted.

—Me lo ha pedido usted, padre.

—Me lo ha pedido usted, padre.

—Da igual. Aquí no cantamos eso.

—¿Aquí en el colegio?

—Aquí en el norte.

—Es usted del norte, ¿padre?

—No.

—¿Es usted del sur?

—Ya no. ¿La cantaba tu padre?

—¿El qué?

—El qué, padre.

—¿El qué, padre?

—La canción.

—No, padre, la canto yo. Pero le pega a padre, ¿verdad? ¿Verdad, padre, que le pega a padre?

Y luego rio de nuevo, con risa afilada de brujita.

El padre la remiraba.

El padre Alén apenas concilió el sueño aquella noche, la cuarta vigilia involuntaria en la semana. Habría querido que sor Adriana —a quien él aún llamaba Ariadna o, con más delicadeza, Ari— lo visitara en el cuarto, pero hacía casi un año que Adriana se lo negaba: mucho niño en la cabeza, le decía. Poco tiempo. Se veían en otros sitios, claro, era mucho lo que administraban juntos, aun sin la intimidad de la celda, alejada de las demás por decisión de Alén, que hacía mucho que se había asegurado el aislamiento, desde que Ari cruzara de los votos a la profesión solemne y nada debiera temer ya. Adriana nunca se protegió de habladurías: si Dios estaba al tanto de la naturaleza de su devoción, nada tenían que decir las demás hermanas, en quienes, además, confiaba más que en sí misma.

Cuántas veces se habían tumbado los dos sin descalzarse siquiera, boca arriba, sin deshacer la cama ni tocarse, uniendo levemente los meñiques. Aquel simple contacto habría podido iluminar el pueblo entero. Su amor no necesitaba para existir más que el aire. La palabra. Su ausencia.

El padre Alén dobló la ropa y la dejó sobre la silla. El pantalón gris pizarra; la camisa sufrida, hecha a medida; el alzacuello encima. Rescató del respaldo la chaqueta, que no recordaba haber colgado, aunque a su edad coleccionaba los desmayos; la ajustó sobre la

percha ancha, forrada de fieltro.

Contempló su desnudez en el espejo del armario, que le devolvía la imagen de un pellejo de mirada gris plata. Ojalá Ari estuviera allí, pensaba. Sus gafas gigantes lo habrían transformado todo, también la falta de clemencia con la que se observaba.

Se deslizó sin peso bajo la sábana doblada, que apenas se hinchó al paso. Apagó la lamparita. Se abandonó a su rutina nocturna, que comenzaba con un rezo y una petición de luz, más desesperada cada curso. Meditó sobre sus palabras y acciones; el recuento lo deprimía, lo precipitaba en la zozobra y el remordimiento. Hizo examen de conciencia, aun sin voluntad de cambio: el padre Alén se conocía y descreía de todo, empezando por sí mismo; evitaba mentirse sobre sus flaquezas, sobre sus exaltaciones. Tomó la Biblia de la mesilla, la apretó contra el pecho, rozado aún por un resto de luna.

Cerró los ojos.

Las cosas empezaban a cambiar en Gabaón, anunciando acaso estaciones más intolerantes. Hasta los niños lo notaban.

Los sonidos se apagaban antes o se alargaban de más, los techos eran más bajos, la radio se oía peor —aunque eso no detenía los canturreos de Alén, atormentado de melodías—, las plantas se arrastraban por los muros recordando a quienes se acercaban que la naturaleza no trata allí bien a sus hijas, como Solitude sabía bien y debería haber recordado antes de permitir la entrada en Gabaón de aquella niña.

A Alén lo invadían las sombras. Pensaba en Solitude, quien fingía que nada iba con él aunque podía verlo todo, cuando estaba en el colegio y cuando no, tal era su función: el encargo del viajero, en palabras de sor Maite, jacobina en el hábito y sacerdotisa egipcia *hemet netjer* ante la flor precisa. Corresponde aceptar su voz, decía.

Nada más eso.

El padre Alén palmeó las sábanas y se dispuso a pasar otra noche en blanco.

XV

Hoy he soñado con el padre Solitude, que qué guapo el padre Solitude, y luego he soñado con un bosque, y luego he soñado con una monja muy guapa que se llama Tamata, María Tamata dice que se llama, pero ella dice Tamata sólo, igual que el Hombre Guapo me llama rata sólo, que qué nombre más bueno, Tamata, y Tamata es italiana y se llama sor Tamata, pero habla muy bien y se la entiende todo y es hija de un obrero muy importante y el obrero hizo un convento una vez, o le hizo más grande, no sé, y le dibujó primero y Tamata le vio de pequeña, el convento, digo, o se paseó por dentro y se pensó lo de hacerse monja y luego ya se hizo monja del todo, pero ya luego, y fuma mucho, dice, y dice que a veces tiene dudas pero aquí dudas tenemos todos, cada uno las suyas, digo yo, y yo no sé si existe Tamata, yo creo que sí, a ver si un día tengo suerte y la veo fuera del sueño.

Y lo del bosque era muy bonito y muy raro, pero bonito también, porque salía un corzo, que yo creo que es el perro del guardés que en realidad es un corzo, no sé si lo he dicho ya, y los corzos son cosas, no sé si lo he dicho ya, y salía también la hermana Humilde, que también es un poco dueña del perro, que me miraba y me miraba y me decía con los ojos que a lo mejor me ponía buena y a lo mejor no, pero que si me ponía buena a lo mejor no se me notaba rápido, que no sé a santo de qué me tengo que poner buena yo si no estoy mala ni nada ni me duele la espalda ni nada, aunque me han salido pecas, unas pocas, vamos, donde la espalda no, por

delante, y a lo mejor en la espalda también, que a ver quién es la guapa que se ve la espalda, y primero eran pecas y ahora ya son manchas manchas, que parecen antojos. Y la madre Adriana me ha dicho: criatura, ¿está usted bien?, eso ya fuera del sueño, y yo no soy una criatura, que tengo catorce años y mancho, por eso se me acercan los perros. Y luego el corzo se escapaba o le asustaban o algo porque se echaba a correr, aunque a lo mejor era un ciervo, que yo no he visto un corzo nunca, a saber, y me echaba a correr detrás del ciervo, que a lo mejor era un perro, venga a correr, venga a correr, a ver si le arrancaba la cabeza o algo o por lo menos una pata. Y entonces vino lo raro, porque el bosque se puso como a arder, pero entero digo, y no digo a arder en rojo, digo en morado o así, o en azul o algo así era, como si sería un fuego azul, porque era medio fuego y medio aire, y luego me olvidaba ya del corzo porque en los sueños a veces pasa eso, que a veces estás a una cosa y luego, pam, ya estás a otra. Y entonces vino lo raro, porque salía madre en el sueño, aunque me di cuenta enseguida que no era madre de verdad y me dijo que a ver si volvía al pueblo, riendo me lo decía, como si sabía que no iba a volver nunca. Y luego vino lo raro, porque de repente estaba rodeada de panes, todos así, en el suelo, aunque no había suelo ni nada, que era todo oscuro alrededor, no sé cómo explicarlo, y había un redondel de panes, hogazas de las grandes, no te creas, de las que en casa ni entran, de las que en casa ni las vemos y, si las vemos, vuelan. Y entonces no pasaba nada, me tiraba un rato así en medio de los panes, como si se irían a poner a hablar o algo, que no sé por qué pensé eso, y yo creo que eran panes de los que hace la madre Adriana, que me ha dicho que a veces hace pan y que qué ganas de hacer pan, dice, así que igual es que la gusta el pan. Y entonces empecé a acordarme de cosas, pero no eran cosas normales, no eran cosas

mías, eran cosas de otra gente, como recuerdos o así, como si había gente suelta, gente de otros sueños, digo, que iba dejándose los recuerdos tirados, y yo creo que es verdad y no me lo estaba soñando, porque me acordaba de cosas que no sabía que había, como por ejemplo ciudades con gente distinta, de otros colores y eso, de otras formas, como los indios, que ya sé perfectamente que hay indios de la India y hay indios de los vaqueros. Y una vez vi un negro en Madrid, pero eso fue en el hospital y fue durante poco rato. Y entonces vino lo raro, porque uno de los recuerdos era el recuerdo de un barco, que ya me dirás tú a santo de qué iba a acordarme yo de un barco, y el barco estaba dentro del colegio, en un jardín grande estaba, en un jardín que no se sabe cuál es porque hay muchos y yo en ese jardín no he estado, y el barco estaba ahí parado, como de lado, quieto en mitad del jardín o como se diría quieto en barco, y dentro estaba el padre Salcedo, preocupadísimo estaba, como si sería el capitán del barco, con la cara roja y todo, con la bata esa negra que tiene que le queda corta que ya sé perfectamente que no es bata porque es negra, y entonces me acercaba al padre y empezaba como a tocarle por dentro de la bata, sin avisarle ni nada, que yo casi siempre aviso. Para que se animaría. Y él me miraba muy fijo con una sonrisa muy grande porque estaba asustadísimo, que ni se atrevía a quitarme la mano ni nada, así que yo le sonreía a él y creí que iba a volverse algo, por ejemplo ratón, o una planta muy seca, pero no se convertía en nada, sólo se reía y lloraba. Y entonces empezó a nevar, pum, de golpe, catapum, aunque yo creo que también nevaba por fuera del sueño, porque a veces pasa eso, que en los sueños pasan cosas que están pasando fuera, que a veces sueñas, por ejemplo, que hace viento y te despiertas y, catapum, tienes que levantarte de golpe para cerrar la ventana porque resulta que hay viento y a veces hasta te despiertas

y, pumba, resulta que ya estaba cerrada, porque la habías cerrado tú primero. Dentro del sueño, digo. Y eso también vale. Y luego me puse a patear vacas, pero a lo bruto, digo, en el sueño, y a patear zorros, que no sé qué harían los zorros con las vacas, comérselas con las manos, digo yo, como pasa a veces en el pueblo, que ya sé que no se dice manos y no sé si serían zorros zorros, pero grandes eran, más pequeños que las vacas, y me les comía todos y al corzo no, porque el corzo es mágico, no sé si lo he dicho ya, y no se deja. Y entonces vino lo raro, porque me daban pena los animales, de repente, digo, pero no los animales animales, más la idea de los animales, no sé cómo decirlo, como si cada animal tenía un animal que es el jefe de todos los animales, un jefe que hay que hablar con él, pero no un animal animal, sino una idea, una idea de animal, no sé cómo explicarlo, como si sería así siempre con los animales, como si todos los pájaros del mundo, por ejemplo, o por lo menos los del mismo pueblo, tenían una idea de pájaro que les mandaba a todos que harían las mismas cosas, y les explicaba a todos por dónde tienen que volar, como si sería el jefe de todos, o como si el pájaro que digo, que es el que es una idea de pájaro, sería todos los pájaros del mundo y les decía a todos cómo pueden volar a la vez, pero en manadas, o como se diría manadas en pájaro, que ya sé perfectamente que no se dice manadas, o cruzarse en el aire a lo loco pero sin chocarse, aunque son muchos. O como si todos los gatos del mundo tenían una idea de gato, no sé cómo explicarlo, un gato más importante que resulta que es el rey de todos los gatos, pero no un gato normal, un gato enorme, una idea de gato, y resulta que a veces hay que hablar con él para que a los gatos normales no les darían ganas de hacerse personas, por ejemplo. Para que se queden gatos. Como negocios que se hacen con los animales. Y entonces me miraba la cara en un charco, así de golpe,

y entonces tenía un lado más caído, como si sería sor Humilde, que también puede decirse madre Humilde, más caído aún que ella. Y entonces fue lo raro, porque de la boca empezaban a salirme bichos, no como los grillos, que son bichos normales, bichos nuevos, bichos que no hay, bichos que no sé cómo se dicen, que no tienen bicho jefe, bichos sin pensamiento, y a mí no me parecía mal que me salían los bichos del cuerpo porque sé perfectamente que es un sueño. Y entonces se acabó el sueño porque estaba la madre Humilde dándome bofetadas, pimba, pimba, y yo estaba normal, pero dentro del sueño, digo, porque, lo que es fuera del sueño, estaba por lo visto gritando (o estaba gritando seguro, que me lo dijeron luego, aunque la madre Humilde no, la madre Humilde no dice nada). Y entonces, cuando la madre Humilde, que creo que no es la madre superiora, veía que ya no gritaba o por lo menos gritaba menos o que estaba ya gritando porque quería, dejó de pegarme y ya, porque se me notaba perfectamente que ya era para entretenerme, que la madre no tiene un pelo de tonta y lo que la pasa es que, si te fijas, no habla porque no la da la gana o porque la han dicho que no hable o que me pegue cuando toca y ya está, que así se saben muchas cosas, pegando. Y luego la madre Humilde me acercó la taza grande, la que me da a veces, digo, que ya sé perfectamente que no es taza y que las prepara sor Maite, que creo que lo estoy diciendo mal todo, que creo que estoy haciéndome un lío, que es más grande que una taza y no tiene rabo ni nada, no tiene lo de coger, no sé cómo se dice, y estaba todo malísimo, malísimo estaba, malísimo malísimo malísimo, y la madre Humilde me obligó a beberlo por lo de las pecas, dijo, para que se me borrarían, y a ella se lo había dicho sor Maite, te lo digo yo, que es la que sabe. Así que, por si era verdad, la enseñé las pecas bien, que ahora ya eran manchas manchas, no sé si lo he dicho ya. Y puso

una cara así como de guardarse el asco para dentro, que yo a veces también la pongo, porque una de las manchas sacaba un agua asquerosa, un agua asquerosísima sacaba, de rascármela sería, que a veces las manchas pican y voy y me las rasco, y a ver quién no se rasca cuando le pica. Y entonces la hermana Humilde, que también se puede decir sor Humilde, me echó un poco de sopa por encima, mira tú, un poco que quedaba, por encima de la herida, digo, porque resulta que la mancha era ya herida, así que la echó como así, como torciendo la taza, que ya sé perfectamente que no es taza, y entonces resulta que, pum, nada. Porque resulta que nada. Resulta que no pasó nada. Así que la madre Humilde se quedó parada, como sorprendida y eso, como si la daba pena que no pasaría nada, como cuando quieres mucho algo y te hace mucha ilusión y de repente no pasa. Esa cara digo. Y la hermana Humilde me vendó el brazo bien vendado, que me le apretó bien fuerte porque la mancha estaba en el brazo, no sé si lo he dicho ya, y entonces me dijo que ni se me ocurriría andarme, ni con la uña ni con nada, aunque no lo dijo dijo, que ella no dice ni pío, pero puso esa cara que se te nota todo y no apagó la luz ni nada y por eso sabía perfectamente lo que me decía y que era de día y no de noche.

Y cuando me quedé en el cuarto sola me puse a pensar en la sopa, que es una sopa que es distinto, que tiene como raíces dentro y a veces, aunque te tomarías mucha, notas los vacíos cerca, como si estarían por el cuarto, digo, como si estarían viniendo. Como si vendría el pulpo negro. Y no me quité la venda ni nada para que no me atarían, que si me quito la venda me atan por mi bien, te lo digo yo, igual que en la enfermería; me la chupé un poco y ya está, la venda, digo, para ver a qué sabía. Pero resulta que no sabía a nada.

XVI

—¿Le gustan a usted los hombres, Salcedo?
—No. Simplemente querría ser uno.
—Acompáñeme, Salcedo. Vamos a dar un paseo.

XVII

El padre Alén llevaba los zapatos en la mano. La playa le acariciaba los pies mientras Salcedo lo seguía como podía, incapaz de evitar que la arena se le colara en los mocasines. Alén hacía aspavientos al hablar, los cordones de los zapatos bailaban como lenguas de sombra. Su traje de corte impecable contrastaba con la sotana de Salcedo, que, además de fea, era sotana de viejo.

—Debe entender, Salcedo —le explicaba Alén—, que este no es un colegio normal.

—¿Y cómo es un colegio normal, padre?

—Prosaico. —También el padre Alén sabía serlo—. El problema aquí no son los niños, son las monjas. Pero son necesarias, ¿entiende?, así que no hay solución. La dificultad, aquí y fuera de aquí, está en la mujer. Siempre.

—¿A qué mujer se refiere?

—No diga tonterías, Salcedo. —El mar intimidaba al resto del paisaje. Un orballo fino, casi polvo de cristal, convivía con el sol, que aguantaba por tramos—. La mujer, Salcedo, la mujer. Todas son especiales, ¿entiende? Ese es, en parte, el problema. Tome. —El padre Alén le entregó los zapatos, en cuyo interior, zorros dormidos, se guarecían los calcetines—. Mire esto. —El anciano se acuclilló. Tomó un puñado de arena—. Agáchese, agáchese. —El joven cura obedecía—. ¿Qué ve aquí?

—¿Arena?

—Muy bien: arena. Ahora usted. —Salcedo no se movió—. Coja

algo también, no sea tímido. —Salcedo tomó otro puñado. Alén le golpeó la mano—. Pero otra cosa, hombre.

—No hay más cosas.

—¿No hay más cosas?

Salcedo negó con la cabeza. Alerta.

La luz perdió vigor de forma abrupta (las nubes se movían rápido). Salcedo se decía por dentro: no hay más ardor que el que es, no hay más cera que la que está, no hay más estar que ser cera, no hay más cera que la que arde.

—¿Ve ese cangrejo? —El padre Salcedo siguió el dedo. Volvió a negar con la cabeza—. ¿Ve las rocas?

—No veo nada.

—¿Ve la piedra rugosa? Al menos eso. La mediana.

—Sí.

—El cangrejo está debajo, cójalo.

—¿Cómo lo sabe?

Alén se encogió de hombros.

—¿Ahora? —preguntó Salcedo.

—Puede cogerlo después, pero ya no será ese cangrejo. Será cualquier cangrejo.

Salcedo pensaba despacio y se movía despacio, como si el aire estuviera hecho de velcro. Dejó los zapatos en la arena. Se acercó a las rocas.

—¡Cuidado! —le gritó Alén. Salcedo se sobresaltó—. Es un *Carcinus maenas*, no se fíe. Es un cangrejo rabioso. Tráigalo, ¿quiere? — El padre Salcedo no quería, pero levantó la piedra igual: el cangrejo estaba allí, después de todo—. Sujételo entre el caparazón y el abdomen. —Salcedo obedeció—. Eso es, con cuidado. Deme, deme. —Salcedo se lo colocó en la palma—. Así, muy bien. Cuéntele las patas, ¿quiere? —El joven cura lo hizo.

—D-diez —balbuceó.

—Pensó que serían ocho, ¿verdad? —Salcedo se sonrojó—. Todo el mundo piensa que son ocho. Todo el mundo piensa que las piñas vienen de las palmeras. —Volvió a encogerse de hombros—. Son decápodos, no pueden tener ocho patas, ¿creía que era una araña? —Salcedo se las contó otra vez—. No hay que creer cualquier cosa.

El espíritu de Alén tendía, como el de la mayoría, al horizonte, que apenas separaba el mar del cielo. La silueta de los hombres se recortaba contra el gris, junto a una escarpadura de arenisca acorralada por rocas de cuarzo.

Alén dijo:

—¿Seguro que no le gustan los hombres?

Salcedo negó con la cabeza.

—A mí me gustaron una vez. Uno, en realidad; siempre es uno. Un muchacho muy apuesto. También yo era un muchacho muy apuesto, entiéndame. No pasó nada. A ciertas edades todo se confunde.

Salcedo lo sabía muy bien.

—Se llamaba Bernabé. Era de Gaiena. Estudié el bachillerato en Gaiena, ¿lo sabía?

—¿Ha vuelto a verlo? —preguntó Salcedo con brusquedad.

—Claro que no. Me olvidé de él enseguida.

Salcedo parecía interesado:

—Cómo.

Alén arrugó la mirada.

—A veces, para olvidar, hay que manchar el recuerdo. —Salcedo intentó absorber la idea—. Muy bien, entonces. —Alén cambió el tono. Dejó el cangrejo en la arena. Se sacudió las manos—. ¿Está estudiando, Salcedo? —Le reclamó los zapatos.

Salcedo no sabía a qué se refería.

—¿Está estudiándose el rito? —insistió Alén, incorporándose—. Estudiándoselo bien, digo. Estudiándoselo entero. Palabra por palabra.

—Sí —reaccionó Salcedo—. Sí, sí. Es difícil.

—Naturalmente que es difícil, pero apréndaselo igual. Recítelo siempre que pueda, de arriba abajo, de abajo arriba. Hasta memorizarlo. Mi cabeza ya no es la que era, voy a necesitarlo.

—¿Cuándo? —preguntó Salcedo, incorporándose también.

—Cuando llegue el día.

—¿Cuándo es eso?

—¿Y a usted qué le importa, Salcedo?

Salcedo parpadeó dos veces.

—Entiendo.

Alén esbozó una sonrisa.

—No entiende nada, pero ya entenderá. Si no hubiera mujeres… —Alén regresó al tema inicial—. Si todos fuéramos hombres, todo iría mejor, ¿no cree? No habría guerras. Nos pegaríamos entre todos, ganaría quien tuviera que ganar, seríamos menos. —Perdió la mirada en el cortado, del que asomaba un trozo de colegio—. Al final nos mataríamos y luego nos llevaríamos bien. Después nos mataríamos de nuevo, porque sería todo mentira, y seríamos menos aún. Y ya estaría. Se pararía todo por fin. ¿Comprende? —Salcedo parpadeó una vez más—. Para eso están las mujeres.

—¿Para que no nos matemos?

—Para que no nos paremos.

Salcedo se miró los pies. Flexionó las puntas.

—Las mujeres —continuó Alén— no quieren que estemos a gusto. Las mujeres no nos dejan ser felices, ese es el secreto de la vida. Se aseguran de que nos muramos de miedo. Pero esa niña… —Salcedo le prestó atención—. Esa niña… —Alén miraba alrededor; al

suelo, a las rocas. Inquieto.

—¿Qué busca, padre?

—Al cangrejo. ¿Lo ha visto?

—Se ha ido. ¿Le busco otro?

—Tiene que ser ese. Es un cangrejo rabioso. Tenía que haberlo matado, ha oído cosas. Bicho endemoniado. —Salcedo disimulaba el desconcierto—. Da igual, es tarde; me pasa siempre. —Alén suspiró —. Ese cangrejo, Salcedo, era un malacrostáceo; un malacrostáceo de libro; de cabeza y tórax fusionados. Ahora nos estará mirando. —Sacudió los zapatos con fuerza, los libró de la arena gruesa—. Tiene unas pinzas poderosas, fuertes como tenazas, no exagero. Las usa para… —Colocó los zapatos en paralelo, como si los comparara—. No lo sé, para muchas cosas. Para buscar alimento, para pelearse, para matar—. Golpeó las suelas entre sí, ahora por la arena fina—. Cuando hace el cortejo, se pelea con los demás malacrostáceos. Gana el mejor. Se mata por las hembras, ¿sabe? Quién no. —Salcedo intentó una sonrisa débil—. Cambia de caparazón. Cada año, como hacemos todos. Vive en los fondos arenosos. En los limos. En las rocas. En los estuarios. Son muchos, son más que nosotros, Salcedo. Se reproducen como conejos. Son agresivos, voraces. Son cangrejos rabiosos. ¿Sabe para qué los usan aquí? —Salcedo no lo sabía—. De cebo. —Alén volvió a golpear las suelas, esta vez variando el ángulo. Luego las frotó entre sí—. He enfrentado enemigos formidables. Formidables, Salcedo. Adversarios terribles. Todos aquí. —Se señaló la sien—. Todos venían de fuera.

Una gaviota viuda chilló sobre un lecho de piedras antes de remontar el vuelo en dirección a un viejo pesquero. El barco se fundía con las olas, ocupado en sus faenas. Diminuto.

—Vámonos de aquí —dijo Alén, activado de repente.

Salcedo lo seguía a la carrera, esquivando como podía los

salientes, el sol apenas un esbozo tras el velo de nubes.

En Gabaón, más allá de los juncos, las campanas tocaban a vísperas.

XVIII

Me han dejado hablar con la hermana Maite, que creo que se dice sor Maite, que ha venido con sor Humilde, que puede decirse madre Humilde o puede decirse hermana Humilde, lo que quieras, que la ha traído primero como si sor Maite no se sabía bien el camino y había que explicarle las cosas, y luego ha venido el padre Alén, pero poco, para mirar desde la puerta, así, de lado, con el maletín y todo, pimpam ha sido. Y la que se ha quedado conmigo ha sido la hermana Maite, que no he hablado con ella porque es más ella la que hablaba conmigo, es más que ha venido sor Maite para saber las cosas sin que se las dirían, pero, como al final hablemos, pues por eso digo que hemos hablado.

Y la hermana Maite, que creo que se dice hermana Maite, ha estado amabilísima, amabilísima ha estado, y me ha dicho que qué ganas de conocerte de una vez, me ha dicho, y yo creo que a la vieja no la ha gustado un pelo y a lo mejor por eso se ha ido, o a lo mejor porque tenía que hacer cosas, porque las dos cosas pueden ser, si te fijas. Y sor Maite se ha puesto a mirarme las manchas muy de cerca, muy bien miradas, no te creas, como interesadísima, y no ha puesto cara de asco ni nada, y primero me ha quitado las vendas, porque ahora tengo muchas vendas, no sé si lo he dicho ya, que menuda pinta tengo, venga vendas, venga vendas, menos por la cara, así, y me iba quitando las vendas y me iba mirando así, como contando las manchas, que ya no son pecas ni nada. Y luego me ha dicho que algunas iba a tener que vérmelas el médico, ha dicho,

aunque el médico, que no es cura ni es nada, hace mucho que no viene, igual porque no es cura. Y entonces la hermana Maite, que también puede decirse sor Maite, me ha mirado los brazos así, sin parpadear, haciendo así con la boca, que yo creía que iba a soplarme, pero me ha dicho que no, que no es bueno soplar las manchas si no estás fumando ni nada, y ojalá me habría echado el humo porque yo he fumado muchas veces, en Orate, digo, y en el hospital dos veces, y me gusta el humo lo que más, el humo, el humo, el humo, que cuando más me gusta el humo es cuando viene de dentro, como si estaría llena de humo, aunque eso no se lo he dicho, que a saber por dónde sale, y me gustan más las nueces y ojalá me darían más nueces, para pagarme, digo, no ahora, antes de antes, que nunca me han dado nueces: me han dado una pulserita, me han dado cromos, me han dado caramelos, pero ahora ya soy mayor y ahora me dan cigarrillos. Y sor Maite se ha puesto como una loca con las manchas de la tripa, que las ha visto de cerca como si serían importantísimas, y luego las del cuello, que son más arañazos, aunque a saber, y me ha dicho que si me duelen y la he dicho que claro, como orgullosa se lo he dicho, y me ha dicho que si mucho y la he dicho que sí, que por las noches más, porque de día son más los huesos, y me ha dicho que si estoy bien y la he dicho que sí, aunque no sé qué tiene que ver que me dolería algo con si estoy bien, como si no habría muchas cosas que duelen, si no es una es otra, que sólo hay que ver a las madres, que están todo el día cansadas (aunque ahora estoy sólo yo, que mi hermano ya está muerto, que mi hermano, patapum, se quedó en el sitio un día, no sé si lo he dicho ya), como si ser madre sería eso. Cansarse mucho. Como mi abuelo, que se murió justo después de mi hermano y era el padre de mi madre y se cansaba mucho también, aunque no se moría ni a la de tres y al final se murió y ya está, que cómo gritaba,

madre mía, pero bajito, porque se puede gritar bajito, no te lo pierdas, se puede perfectamente, y, como no se moría, pues había que ayudarle, que esa vez ni me llamaron la atención ni nada, total, si ya estaba viejo. Y a mí me duelen los huesos, no sé si lo he dicho ya, muchísimo me duelen, no sé si lo tengo dicho, por dentro y por fuera y por todo, a santo de nada, digo, y eso es porque estoy creciendo, dicen, pero como me duelen de siempre pues a saber por qué será, y, claro, pues no me fío. Y entonces sor Maite me ha tocado como maravillada entera, las manchas, digo, y yo creo que estaba maravillada de verdad porque no paraba de decir qué maravilla, qué maravilla, como si nunca fuera visto manchas, que empezó a sacarlas parecidos. Y luego apretó la mancha y salió una cosa asquerosa, pero asquerosa, te lo digo yo, y la metió en un frasco, así, así con el dedo chico, que ya sé perfectamente que no se dice dedo chico y sé perfectamente cómo se dice, sólo que ahora no me sale. Y untó un poco con el dedo y se llevó la cosa a la lengua y qué maravilla, qué maravilla, y luego aplaudía con las manos, plas, plas, plas, plas, que no digo yo que aplaudiría, que no era justo aplaudir, que parecía más… ¡el meñique era!, que era más como limpiarse, y luego siguió quitando vendas y poniendo vendas y quitando vendas y poniendo vendas, y luego miró las manchas, miró las manchas, miró las manchas, así una vez y otra, y al final era todo un mareo y me estoy mareando ahora, y muchísimo se tiró la hermana haciendo las mismas cosas.

Y luego se sentó en la cama como si estaría mejor ya, más relajada y eso, con una sonrisa tan grande que daban ganas de quitársela, pero, como me cortan las uñas, pues nada. Y entonces me dijo: ¿sabes por qué estás aquí? Y yo la dije que sí, que porque era muy mala, la dije, y ella me dijo que no, vamos, que sí, que mala era, pero que no era por eso, que había más gente mala y no

la tenían aquí metida. Y luego me dijo que no era por una cosa sola, que era porque tenía que estar, así en general, porque me había tocado, o eso es lo que la entendí, y me dijo que se alegraba mucho y que estaba muy contenta de que sería yo la que estoy para poder mirarme las manchas, porque estaba hasta las mismísimas narices, me dijo, de prepararlas a las monjas valerianas.

Y entonces empezó a contarme cosas de cómo eran las cosas antes, no sé si en el colegio o en el mundo. Pero antes de antes, digo. Hace la intemerata. Y me dijo que muchas cosas que ahora son normales en verdad son como secretas. Y entonces miró la habitación, a lo mejor para saber si estaba la madre Humilde, porque en el colegio se oyen muchos ruidos, y me dijo que lo del infierno es verdad, que no sé a santo de qué lo dijo, como si yo pensaría que no, y me dijo que ella había visto el cielo y el infierno, los dos, y que no sabía con cuál quedarse. Y me dijo que a veces pasa que la gente se muere y es como cuando se muere un conejo y luego resulta que es otro conejo nuevo, que menudo ejemplo, y me dijo que no la prestaba atención, y me dijo que a veces pasan cosas al morirse y hay gente que tiene muchas vidas, y yo pensé que como los gatos, y me dijo que hay gente que tiene por lo menos tres, primero una y luego otra y así, y a mí me daba vueltas la cabeza, la verdad, porque me parecía que estaba chalada. Y me dijo que una vez, hacía muchísimo, cuando no había colegio ni nada y había que encender un palo si querías ver bien, el padre Alén había sido otra persona, no sé si cura igual, yo creo que no, y la madre Adriana lo mismo. Y me dijo que una vez, antes de nacer los dos, habían sido novios o algo, como si serían, no sé, moscas, moscas que ponen muchos huevos y por eso no se separan. Y me dijo que las monjas que hay ahora en el colegio habían sido, por ejemplo, piedras, y que ella, por ejemplo, era viejísima, aunque no se la

notaba casi y la brillaba mucho la piel y es verdad que la brilla. Y entonces la pregunté a sor Maite, que también puede decirse hermana Maite, que si me dejaba cogerla del brazo y ella me dijo que no y me dijo que una vez había sido listísima, pero hace muchísimos años, cuando había más animales, cuando los primeros curas, o a lo mejor hasta antes, y que curaba a los reyes de lo listísima que era, pero cuando los reyes eran niños, que luego ya no, menuda loca. Y yo la daba carrete porque estaba entretenidísima. Y me dijo que yo era distinto, no sé cómo lo dijo, tú eres otro cantar, me dijo, y yo la entendí muy bien que no se refería a canciones, y me dijo que era antigua y nueva a la vez, como si sería, no sé, un armario, porque llevaba algo dentro, dijo, que tenía muchos años, dijo, y yo la dije que eso ya lo sabía yo, perfectamente lo sabía, porque a veces pasa que sé cosas que no tengo que saber. Y entonces la hermana Maite empezó a hacerme preguntas sobre el Hombre Guapo: el Hombre Guapo esto, el Hombre Guapo lo otro, que cómo era el Hombre Guapo. Y la tuve que decir que notar no es saber, porque saber no sabía, y la dije que me gustaba más la voz que se oía al principio, la que está lejos, y que, cuando viene él, pues yo me voy y ya está, y claro, pues entonces muchas cosas no las sé, aunque me sé otras. Y la hermana preguntó qué notaba antes de irme, y yo, aunque me cansaba de decirlo porque se lo he contado al padre Alén mil veces, pues la dije por ejemplo que a veces se me cambian las ganas de estar bien por estar mal, así de golpe, y que estoy mal y ya está, sin que me quitarían la razón ni nada. Y la dije que a veces soy más fuerte que un mulo, por ejemplo. Y la dije que a veces noto tonterías en la cabeza, pero ya antes de la habitación, digo, o que noto como que me suenan golpes dentro, dentro de las orejas, digo, y pitos, y me dijo que eso es lo normal, pero como interesada me lo dijo, así que tan normal no

sería. Y la dije que nunca noto cosas metiéndose por los brazos y me dijo que por qué se lo decía entonces y la dije que porque me lo había preguntado y ella me dijo no, que no me había preguntado nada, y yo la dije que sí y ella que no y entonces es que ha sido el padre Alén y ella me dijo que vale. Y la dije que a veces me entran ganas de contarles cosas a la gente que me sé de ellos, o de empujarles delante de un carro, como si estaría pintando un cuadro y en el cuadro sale eso. Y la dije que a veces me pasan cosas como que a veces no hay paredes, no sé cómo decirlo, porque a veces no hay. Y la dije que entiendo perfectamente que me tenían allí en la habitación, encerrada con llave, clac, clac, que es lo normal, que en el pueblo la lío siempre y sé perfectamente que soy incorregible, que me lo dice doña Pili siempre, eres incorregible, dice, y al final la voy a liar muy buena, y en el hospital lo mismo, que menos mal que me sacó Solitude, que qué guapo Solitude, que si lo saben me echan antes, te lo digo yo. Y luego la dije a sor Maite que las sopas sé muy bien que son de ella, que lo sé perfectamente, la dije, que ya sé que no son sopas sopas pero se me olvida la palabra, que a veces vienen con pelos, pelos invisibles, pelos que se notan luego por dentro de la barriga, porque sé perfectamente que sor Maite quiere meterme pelos dentro, pelos de otras personas, bien largos, como si serían pelucas, para que se me enredarían, porque a veces beberse la sopa es como beberse a alguien. Y entonces la dije que las sopas cada vez me quitan menos el hambre y que va a tener que echar gallina. Y la dije que no se me van las ganas de colarme en los cuartos de las monjas nuevas, dentro de los sueños, digo, porque las monjas se pasan el día soñando y entonces es un poco su culpa, porque así es muy fácil llegar a los sitios a la vez que ellas. Y entonces puso cara como de espantada, a saber por qué, porque todo el tiempo tenía la cara esa, la de qué maravilla, qué maravilla, y luego me dijo que era

verdad que habían llegado monjas nuevas pero que yo no tenía por qué saberlo, como si tendría que darme permiso o algo, mira tú, y que se ponían todas malas a la vez y que ahora saltaba por qué. Que las dejaría en paz, me dijo. Y entonces la dije que, si se fijaba bien, no tengo un pelo de tonta CUIDADO CONMIGO RATA, que mejor hablaría con ellas si quería, que yo no las obligaba a nada, y ella me dijo que pobres niñas y yo la dije que se callaría y ella no me hacía ni caso, así que la dije que se iría de allí y ella me dijo que no, o a lo mejor me lo inventé FUERA PUTA FUERA PUTA, y entonces la dije de golpe que no quería volver a verla, pero ya cuando empezaban los ruidos, cuando empezó a temblar la mesa, porque vi que tenía que ponerme seria, y entonces empezó a moverse todo y fue cuando se levantó muy rápido ¿AHORA QUÉ? y sacó un frasquito del vestido, que ya sé perfectamente que no es vestido, que tenía como aceite, y me dijo que te calles y me callé. Y me dijo que cierra los ojos y los cerré. Pero porque me lo había dicho bien, no sé cómo decirlo, porque me lo había dicho muy bien dicho. Y me puso un poco por la frente, que yo creo que era aceite porque olía como a flores, y se puso a rezar por mí con los ojos cerrados y todo, que no sé qué tiene la gente que se pasa el día rezando. Y de repente sentí pena por dentro, mucha pena mucha pena, como si de golpe tenía sabido que, ¡pumba!, lo de las siete vidas es verdad y que cuando sor Maite se muera va a ser sor Maite otra vez, y a lo mejor otra vez, y a lo mejor otra, así hasta siete, hasta que la dejan morirse para irse de una vez al cielo. Y menuda faena, pensé, siete vidas gastadas a lo loco, pobre sor Maite, que menos mal que enseguida se marchó del cuarto, cuando dejó de temblar las cosas y la volvió la sonrisa del principio.

Y entonces me dio por ponerme a pensar en los niños del colegio, que cada vez alborotan menos, me parece a mí, y me di

cuenta yo sola sin que me lo dirían ni nada que ellos sí son nuevos todos, nuevos de verdad, no nuevos del colegio, digo, nuevos nuevos. Que ellos sí que no han sido antes nada, no sé cómo explicarlo, o a lo mejor animales, pero ni buenos ni malos, no como el padre Alén, que ha sido malo muchas veces, y para eso están los niños aquí, que es lo que quería decir, para que les llenarían bien, no sé cómo decirlo, para que se aprenderían las canciones. Que para eso hacen falta las monjas, para meterles las canciones dentro, para meterles dentro fotos. No sé cómo explicarlo. Para que luego, cuando vean que están llenos ya, salgan a trabajar y a hacer cosas normales. Fuera del colegio, digo. En las ciudades.

Y, si te fijas bien, es verdad que los gatos tienen muchas vidas, que padre también lo dice, y don Anselmo, y si lo dice don Anselmo es que es verdad, porque don Anselmo lo sabe todo. Y no sé si lo he dicho ya, pero una vez colgué un gato donde el camino de santa Quiteria, a mitad del sendero, en un sauce, para que se le verían bien las vidas. Y, cuando le desnuqué, ¡pum!, las perdió todas de golpe.

TERTIA PARS

PIE IZQUIERDO

XIX

Gabaón pueblo vivía ensimismado en su apacibilidad, como si el tiempo fuera una dimensión a la que atender a ratos, sin verdaderas consecuencias. En aquel trozo de suelo nada cambiaba, ni la desgana ni el empeño. Sólo las generaciones.

Gabaón pueblo no cobijaba más de un centenar de almas, la mitad, echada al mar y, si no, refugiada en el bar del pueblo; para dejarse olvidada la cabeza cualquiera de los dos sitios valía. De la otra mitad, la primera mitad eran mujeres ocupadas en mantener los fuegos —cada una el suyo—, y la segunda los futuros hombres de mar, pescadorcitos en ciernes y futuros borrachos, si no salían precoces. Dos veces a la semana, las mujeres tendían la ropa en cuerdas que parecían unir las casas en un laberinto aéreo de sábanas, camisas, manteles, obedientes a las indicaciones del cielo. Una vez por semana, se pasaba por allí el cartero, que llegaba pedaleando desde Fondego para dar noticia de un mundo que nadie parecía extrañar.

Eso con la brocha gorda.

Con la fina, aparecían los vagos, más de uno, y el tonto del pueblo, que en Gabaón era también el loco, y las pescadoras, que no eran muchas pero que, por apuro y tradición, faenaban en la aldea desde antiguo; en aquel entonces había siete. Se llamaban a sí mismas marineras, aunque fuera les decían las gabaonitas, tenaces como cualquier varón y con menos quejas; lo que debían de fuerza lo pagaban en ofuscamiento, no dejaban presa sin cobrar: antes que

volver de vacío ponían patas arriba el océano entero. (Las marineras de Gabaón han sido siempre las más porfiadas, sólo la apatía general, mal del norte, explica la poca literatura, y es seguro que en Cubarco —llamada así por tanto manantial o tanta vid, no está claro —, y hasta en Parzevo y Tresgüevas, alguien habría levantado por menos mayor leyenda).

Gabaón pueblo vivía de espaldas al colegio, en lo espiritual y en lo geográfico, su proximidad era un accidente neutral que los vecinos salvaban como se salva cualquier contradicción: con desinterés. Ninguno de los niños de Gabaón pueblo acababa en el colegio, o raras veces, y entre las niñas sólo Adriana, que regresó a la aldea dos veces que se sepa, una a por masa para el pan (no quiso más; luego enseñó a la cocinera a hacerla) y la otra por la muerte de su madre, a cuyo entierro llegó dos horas tarde (las gafas, un poco antes).

Gabaón pueblo se entregaba a los ritos más simples: salir temprano al mar, desayunar tras la primera pesca, venderse el pescado unos a otros, restaurar a su manera las pinturas del centro social —al que algunos llamaban los Uffizi—, limpiar las fuentes barrocas de líquenes y rompepiedras, revisar y reparar las redes y aparejos, comer, echar la siesta, cortar la leña, preparar la cena. Gabaón pueblo se embrollaba por el día, pero de noche se apagaba, un día y otro, en uno de esos ciclos improductivos que la naturaleza favorece tanto.

En Gabaón colegio, por su parte, el invierno declinaba para convocar los sentidos de sus habitantes. En el colegio sí valían las estaciones, que afectaban al padre Alén de un modo casi material y, por tanto, a cuantos tuviera por debajo, que en Gabaón eran todos, monjas, niños, Salcedo. Cada dependencia, aulas incluidas, se llenaba de flores resistentes al frío, narcisos, campanillas,

pensamientos, brotes que el jardín trasero, carnicería prematura de color, expedía como un géiser: las aulas reventaban de impaciencia y ponían la gramática en aprietos.

Todo olía mejor a partir de marzo.

A sor Adriana le daba por supervisar la preparación del pan y a las hermanas de cocina por echar queso fresco en la ensalada y por colar jamón en el lenguado, por sustituir por calabacín la carne del cachopo, para hacerlo más ligero, por servir en la cena pastel de cabracho. También se oraba distinto, con más suelo y menos cielo, con más separación entre las palmas, con más risa interior, como si en los rezos cupiera aún alguna adolescencia. Los hábitos de las monjas eran, al final del frío, más livianos, y el amarillo le ganaba sitio al gris, aunque con cautela. Los velos de las jóvenes eran más insinuantes, las ancianas se sorprendían a sí mismas tarareando; hasta el padre Alén llevaba a veces sotana, que había encargado con mucho vuelo para poder girar a gusto si asomaba el sol, a menudo en el claustro, a veces en la biblioteca, al devolver algún libro, o en la propia celda, donde giraba más deprisa y durante más tiempo. Después escribía un poco —a veces le daba por ahí—, un trozo de diario, un mal poema, y hasta les imaginaba música; luego arrugaba el papel, bufaba de indulgencia y seguía girando. No era un girar afectado, tampoco extravagante, era un girar gentil y masculino, de una sobriedad a la que la edad no había robado precisión: los pies no le sonaban, sólo el golpe de ropa al cambiar de sentido, y tampoco tanto. Aquello duraba unos días. Luego regresaba al traje y racionaba como podía la energía acumulada, que, si se organizaba bien, le llegaba a septiembre, cuando de verdad la necesitaba.

Sor Maite mezclaba hierbas, con un valor secas y, recién cortadas, con otro; vigores diferentes. No daba abasto. De día encabezaba caminatas en las que los niños recogían hojas para los

herbarios; les hacía escuchar los carballos, vestidos de líquenes y hiedras, que allí lo cubrían todo o cuanto no se moviera. Les explicaba las sombras: la del pino, caliente y seca; la del nogal, mala sombra, perjudicial para la cabeza; la mejor, la del carballo, la más ancha: tupida y fresca. Al atardecer se subía a la colina, de cara al mar, bien abrigada, y musitaba ofrendas que el viento del noroeste repartía. Si la noche era clara, la pasaba mirando la luna. Si el frío era mucho, se iba. Una noche pudo ver al padre Alén bañarse desnudo en la ensenada. Se puso a pensar en novios que tuvo.

El padre Salcedo aprovechaba el último sol del invierno, más benévolo con sus rojeces, que hacían de él una flor más, tal vez la más delicada de todas. Durante dos semanas no tuvo visiones, o sólo de las ecuánimes. Algunas mañanas se miraba al espejo con tanta piedad que se espantaba.

También a los niños se los veía de mejor humor en el deshielo, como si lo hubieran provocado ellos; suspendían de otra manera, se inquietaban menos, la astenia les sentaba estupendamente. Los castigos eran leves y las clases, frías aún, olían a tierra mojada, aunque pocos relacionaban el decaimiento —por lo demás optimista — con la calma de la niña, cuyas manchas habían empezado a moverse.

En la habitación tapiada reinaba la calma chicha. La niña era un estanque cansado. Si el silencio era opresivo, también musical. Según el padre Alén, el ejército se rearmaba.

La niña no sonreía. Como una monja más, entrelazaba las manos a la espera de la primavera, o se movía, sombra dócil, por el cuarto, dejando tras de sí un rastro de abandono. Las heridas de la piel habían dejado de secretar y clareaban un poco. Más tarde volverían a hacerse fuertes, menos rojas, más negras, pero eso sería después, entrado ya el mes de octubre, después del armisticio, cuando el ojo

del huracán hubiera pasado del todo y volviera, con toda su furia, la tormenta. Justo antes de la muerte de la niña.

La hermana Adriana parecía complacida, las gafas le lucían transparentes y había vuelto a visitar a Alén, para descanso de todos. En Gabaón se susurraba mucho, de forma alegre aquellos días, los pasillos se llenaban de esa luz que aún es de lana y que sólo cae en los monasterios, aunque el colegio no fuera propiamente uno. Nadie estaba muy seguro de qué era el colegio.

Cuando los niños se dormían del todo, los animales se acercaban al muro; el perro los mantenía a raya. El viento esparcía semillas que prendían en cualquier rincón, retazos de canciones marineras arrancadas al pueblo.

Sor Humilde se fumaba en marzo los mejores puros (decía gracias más veces). Las lluvias ganaban en arrojo, ansiosas de primavera. Las misas duraban menos.

La dicha funciona así. Va por ratos, más que por barrios. A veces, en una tarde anubarrada, alguien se deja abierta la puerta del Edén y un soplo de aire fresco le toca la cara. La felicidad es eso.

XX

Qué bien, qué bien, qué bien, se van a enterar, qué bien, se van a enterar, se van a enterar, qué bien, qué bien, ya verán, ya verán si salgo, ya verán si viene, ya verán si vienen, si vienen ellos, qué triste estoy, qué bien, qué contenta, qué tonta, qué de grillos hay, qué cosa, qué de grillos tengo, grillos callados, grillos despiertos los grillos; ayer me quedé sin nariz, yo creo que me la inventé; ayer me quedé sin pies, pero a lo mejor ya estaban; las sopas ya no me hacen nada, no me importa, están muy ricas, las sopas están riquísimas, queman, dicen, tardan, cortan, suben, callan, las sopas ya no dicen más, a nada saben, no saben, ya no sirven para nada.

Se me ha parado la frente, se me han parado las ganas, se me ha parado la cabeza, te lo digo yo, ahora va más rápido, si te fijas, pero más lenta, pero parada, pero más rápida, me suelta y me dice cosas, menos cosas, la cabeza, digo, me pide, me pide cosas, me cansa, les canso, me cansan, cansa, se pone paciente la cabeza, dice la cabeza: calla. Paciencia, dicen las ideas. Hay muchas sonrisas juntas, míralas qué tontas son, muchas sonrisas agachadas, míralas, ¿las ves?, llevo la alegría dentro, me nacen dientes, ¿les ves?, me nacen los dientes nuevos, mírales, ¿se dice así?, ¿los dientes dientes se dicen? Llevo la alegría cerca, llevo la alegría puesta, me la tiro por encima, la escupo, me escupo cosas, escupo risa, como en el pueblo, mira, mira cómo me la como, me la como toda, me la trago, me la como, la mastico, son insectos COMEN INSECTOS COMEN INSECTOS COMEN INSECTOS escondidos CALLA, insectos que comen flores que

comen bichos que comen ramas que comen pueblos que comen fruta que comen nada que COMEN VINO COMEN VINO COMEN VINO que se comen a los curas, mírales, tres curas son, son tres curas y una monja, una monja grande y secreta, cuatro son, un, dos, tres, cuatro, parecen tres, tsss… Secretos tienen. Cuatro son. Tsss… No digas nada. Es un secreto. No se sabe. La monja gigante lo sabe. No sabe nada.

Aguanto, aguanto, aguanto, mira. Si quiero, aguanto y quiero, aguanto si quiero quiero, quiero, quiera, quiero quiero, aguanta, mira esto, mira, mira lo que quiera quiero, quiero quiero, aguanto, mira, qué quiero querer, no quiero. Me aguanto, me callo y miro, paro, digo, ya verás, lo digo, saco, lo sigo, mato, le mato, ¿lo ves?, le mato, ya ves, ya verás, ya lo estás viendo, ¿lo ves?, ¿no le ves?, tengo un mapa, tengo un mapa encima, ¿ves?, tengo un mapa encima puesto, mira, encima, ¿puedes verle?, mírame, encima del pecho, las manos, los pies, los dedos, la piel rasca todo, piel, cambia, calla, brilla, piedra, ralla, pilla, rata, chilla.

Busco mil palabras, mira, la oreja me hace poesías, salto del castillo, ¿saltas?, entro en una aguja, ven, ve, dale a los libros mil vueltas, no quiero libro, no hay frío, ¿por qué no hay frío?, ¿no hay frío?, no hay santos, tápame, mira, míralo, ¡tapa!, guarda, ten, sube, nube, mírame, ¡quieto!, voy luego, voy ya, voy luego y llego. Llego luego, con las hojas. Aguántame, aguanta. Bajo.

Es-pe-ra.

El sol, mírale, mira el sol, entra por la ventana, mira, mírala, ya no hay ventana, mírala, no hay, no está, no hay. ¿Abro la ventana? Abro. El sol entra en la pared y, pumba, se frota hasta el suelo y pam, y ¡pumba!, se cae, el sol entra y cae al suelo, se sube por el borde y mete, se mete dentro, en el colchón, viene, ya viene, ya está, ya viene, que no me toque, que nunca, que no, por dentro, no

me toca, no me toca, mira, toca, arde, calla, me arde, me arde. Calla. Me arde. ¡Calla! Me arde, me arde, ME ARDE, me arde, calla, lo paro, PÁRALO. Si quiero, lo paro. Páralo. Páralo ahora.

Mira. Mírale.

Paro.

Se para.

XXI

El padre Alén era incapaz de contener tanto vigor. Abría y cerraba las manos cruzando la sala prioral, como un gavilán embreado que tratara de remontar el vuelo.

—Siento una alegría inusitada, Ari. Inusitada.

—La alegría no se te da bien.

—Lo sé, lo sé. ¡Lo sé! Estoy tan perdido como tú.

—No pareces perdido.

—No celebro, Ari. No lamento. No hago nada. Ardo, estoy ardiendo. Sólo puedo estar contigo.

—Hablas como la niña.

—Este tiempo no durará.

—Nada lo hace.

—Llegará el fragor. Viene la primavera, la primavera es corta siempre. Ya está aquí, ¿no lo notas? Llegará y acabará. Llegará el fragor, el fragor. La experiencia penetrante del mal.

—Llámame Adriana.

Alén iba y venía mordiendo el rojo de la alfombra, como un actor mediocre antes del parlamento. Daba una zancada, giraba, crispaba las manos, asentía.

La hermana Adriana lo estudiaba desde la silla de visitas. Las gafas se le habían opacado. Se mantenía erguida, impasible. Las manos sobre el regazo como palomas muertas.

—Habla con Solitude —dijo.

—¡Solitude! ¿Dónde estás?

—Solitude camina. Llámalo. Lo encontrarás si quieres.

—¡¿Qué has hecho esta vez, Solitude?! —El padre Alén hablaba con el techo—. ¡¿En qué estabas pensando?!

—Solitude no tiene la culpa.

Alén se giró hacia Adriana.

—¿Has visto las manchas?

—Sí.

—¿Qué piensas?

—No pienso nada. No hay que pensar en nada, nos lo has dicho.

—¿Las has visto? Cambiarán.

—Ya están cambiando.

—¡Cambiarán más! Y ya no podremos hacer nada. —El padre Alén miraba en torno a sí. Luego, de nuevo a Adriana. Se acercó a la ventana—. ¿Qué día es hoy?

—Martes.

—Mejor.

—¿Es mejor que sea martes?

—No lo sé. No sé, Ari. Todo es importante y nada lo es. Todo importa y nada importa.

—Ahora hablas como Salcedo; Salcedo tampoco dice nada.

—¿Has visto esa luz, Ari? Acércate. Llena el cielo. La primavera nos embestirá, es la mejor luz del mundo. Y aún mejor la del verano.

—Es una luz muy bonita.

—Es bonita porque es horrible. Brillará más después, ya lo verás. Ojalá brillara más. Esa luz lo mata todo, Ari, es su virtud, su victoria. Ya llega. Con la luz todo se muere.

—Con la luz no se muere nada.

—Ya lo verás.

—Repites lo mismo siempre.

—Amo esa luz.

—Ama lo que quieras.

—La luz lo desgasta todo, lo debilita todo, lo apacigua. No deja pensar.

—¿A quién?

—A nadie.

—Pareces contento.

—¡Estoy muerto de miedo! Y contento, Ari. Y encogido. Ya sabes lo que me pasa, ya sabes cómo me pongo. Con el calor todo es mejor. Quiero que llegue la primavera, quiero que se acabe ya. Querría estar ciego, Ari, querría ser luz yo, una luz blanca y estéril. Querría llenarlo todo de blanco, cegarlos a todos, matarlos a todos.

—No durará.

—¡Yo duro! —Alén apretó los dientes—. Con esta luz, duro.

—Demasiada energía, Alén. Demasiada vitalidad. No te sienta bien.

—Me sienta bien. Me sienta de maravilla.

—Pasará. Se acabará. El vigor. El invierno. El verano.

—Eso es lo que me da miedo.

—Ten miedo, entonces.

—¡¿Qué es lo que estás haciendo?! Ya sabes cómo soy, cuánto me dura, ¿por qué me hablas así? Sé paciente. Me juzgas desde esa silla, ahí sentada, con ese paternalismo irritante, con esa paciencia irritante, esa superioridad irritante, como si fueras la Virgen María. —La hermana Adriana no se inmutó—. ¡Déjame hablar! —Adriana no había dicho nada—. Te sientas ahí, como una reina penitente, hierática, la emperatriz del… Como una reina inalterable, vaciada de… —El padre Alén perdía la senda—. Esperas a que diga algo y lo conviertes en pregunta, rellenas el vacío, dices lo contrario de lo que diga yo. ¡Para eso no te necesito!, ¡para eso me basto yo! —Alén trataba de atemperarse—. Mira el resplandor, ¿no ves cómo se

acerca? ¿No te conmueve? ¿No ves que es el fin de todo? Es una luz letal, Ari, es lo que quería decirte. Y luego…

—Luego qué.

—Luego se apagará todo. ¿No es maravilloso, Ari? Es maravilloso, no contestes, contesta sí o no digas nada. Lo es, ¡lo es! —Alén se inflaba y desinflaba solo—. Y después, comenzar de nuevo. Comenzar, vivir, matar. Otra vez. Y otra. Y otra. Y ¿por qué? —El padre Alén temblaba—. Será tan lastimoso, Ari… Tan lastimoso… ¿Por qué me has traído a la niña?

—Fue Solitude, no yo.

—¿Para qué?

—Para que le des rumbo.

—¡¿Por qué?!

—Porque nos lo pediste.

—¿Lo ves? Ya estás otra vez. —Alén inspiró profundamente—. ¡Yo no pedí nada, Ari! ¡¿Crees que he pedido esto?! —Volvió a bajar el tono—. Tampoco tú lo quisiste, sólo lo elegiste. Mírame, Ari. Quiero cavar hoyos en la tierra. Hacer suelos, eso quiero. Quiero levantar paredes, tejados, clavar verjas, pintar muros, quiero ponerle a la niña la puta ventana.

—Alén…

—Quiero que el mundo entero se parezca a Roma. Volver a hacer una piscina enorme, Ari, volver a intentarlo. Otra vez. Meter en ella a los niños. A todos. Quiero que se ahoguen, Ari, que se ahoguen y se mueran. Que se ahoguen los que deban. Los más tontos.

—Alén…

—Si vinieras esta noche…

—Basta.

—Si vinieras esta noche, Ari…

—¡Tienes que llamarme Adriana! —Adriana era un gigante magnífico—. No hay nada en este mundo que podamos hacer tú y yo para cambiar las cosas. No ayudamos a la niña, la niña tiene su verdad. Ha elegido sus pecados. La niña está sola.

—La niña no está sola.

—La niña está sola, Alén.

—Todos llevamos a alguien dentro. —Alén bajó la mirada—. Nunca había visto nada igual.

—Siempre es lo mismo.

—Esta niña es distinta.

—Esta niña es la misma niña. —Adriana parpadeó por primera vez tras sus lentes de vaso—. Sabes cómo es, Alén. Ella se quedará atrás, tú no. —Alén temblaba—. Sé por qué me has llamado. Hoy y siempre. Grítame si te ayuda, dime lo que te haga sentir mejor, estoy aquí para apoyarte. Eres un hombre, Alén. Me debo a ti. Aquí eres tú quien hace y deshace. Aunque hoy no hagas. Sé quién soy. Para qué sirvo. Para qué te sirvo, cuánto hago, por qué soy. No hay nada que haya entendido que no haya entendido por ti. Te debo la vida entera, incorpórea, abisal, subjetiva. —Apretó con fuerza la mandíbula—. Pero no tengo paciencia, Alén, y no lo has entendido. Tengo aguante, no paciencia. Podría matar a cualquiera. —El padre Alén estaba en éxtasis—. Sabes tan bien como yo que lo que hacemos apenas sirve. Pero aquí estamos, Alén. Los dos. Y los demás.

—Yo lo hago todo.

—Tú lo haces todo. Sí. ¿Sabes qué hacemos nosotras? —La hermana Adriana movió un milímetro las manos—. Llevamos el registro de matrículas de los alumnos y controlamos la asistencia diaria. Aseguramos el mantenimiento de los expedientes académicos. Decidimos los horarios de clase. Gestionamos las

nóminas del personal. Atendemos la contabilidad y el registro de gastos. El inventario de material. Planificamos el menú del comedor. Nos encargamos de la compra y almacenamiento de comida. Coordinamos los servicios médicos y sostenemos la enfermería, con los balances de vacunación, también los tuyos. Gestionamos la correspondencia con los padres. Organizamos las actividades académicas y festividades generales. Nos ocupamos de la reparación del mobiliario. Supervisamos la limpieza y desinfección de las instalaciones. Gestionamos la biblioteca escolar y la que no mostramos a nadie. Confeccionamos los nuevos uniformes, que reponemos y arreglamos con nuestras propias manos. Planificamos y supervisamos las excursiones, aunque no las apruebes. Elaboramos los informes de progreso que firmas, aunque no los leas. Aseguramos los pagos de las cuotas, aunque no te preocupen. Mantenemos al día los archivos del personal docente y no docente, interno y externo. Coordinamos la proveeduría de servicios. Ordenamos las becas y ayudas. Elaboramos los presupuestos. Anotamos los registros disciplinarios. Convocamos las reuniones del profesorado y redactamos los informes de las juntas por si nos los reclaman desde la Delegación. Llevamos la intendencia de los suministros de limpieza. Tramitamos el transporte de los niños cuando regresan a casa. Actualizamos los reglamentos, los registros de visitantes, los balances. Gestionamos las donaciones y fondos escolares. Organizamos las actividades extracurriculares que, desde hace demasiado, consisten en tocar la flauta y aprender francés: damos para lo que damos. Mantenemos los archivos históricos, gestionamos los permisos y licencias oficiales. Nosotras, Alén. No tú. Así que no te atrevas a decirme que te deje hablar, porque, aunque no seas capaz de verlo, te he dedicado mi vida. Y te doy todo mi amor. Pero no tengo paciencia.

Adriana se quitó las gafas y las limpió con el velo. Sus ojos eran pequeñísimos, sin gafas parecía desnuda. Volvió a ponérselas.

El cerebro de Alén se dilataba en otro lugar y tiempo.

Adriana añadió:

—¿Y sabes qué? —El padre Alén la miró—. Soy vieja.

Al otro lado de la ventana, un mirlo común se estrellaba contra un petirrojo, llenando el jardín de plumas. Se oyó a un niño decir: ¿has visto eso, macho?

El padre Alén tiritaba. Miraba a Adriana como si no la reconociera.

—Querría… —balbuceó—. Me gustaría ponerme las gafas. Las mías. Las de sol, Ari. Llevarlas más. Las italianas. ¿Has visto mis gafas de sol?

—Claro.

—Nunca pasan de moda.

—Nunca. Te sientan muy bien.

—¿Verdad?

—Sí. Deberías ponértelas más.

El padre Alén volvió a desdibujarse. Llevó la mirada a la ventana.

—Lo haré. Creo que lo haré. Cuando tenga que pasar más tiempo fuera, Ari. Cuando llegue el rumor verde. Cuando se vaya. ¿Te he hablado de la luz, Ari, de la luz blanca? Me las pondré entonces, cuando la primavera estalle.

»Cuando tenga que salir más. Cuando salga…

XXII

Por dinero baila el mono, te lo digo yo, que no sé si se sabrá o no se sabrá, pero ahora me visitan muchas monjas y por dinero baila el mono, no lo digo por decir, y están, no sé, como curiosas, y esta mañana, por ejemplo, vinieron dos monjas bien juntas, así, como riéndose, como si serían graciosas o algo, y hablaban como a lo bajo y miraban alrededor, y eran las dos como muy jóvenes, como bastante jóvenes eran, con la piel así, como de fruta, y la segunda cerró la puerta, clac, clac, y entró andando como despacio, como para no hacer ruido entró, como si no podía estar allí, como si no había avisado a sor Humilde o algo, y ya sé que no me explico bien pero es que llevo muchos días tonta, que no sé bien qué me pasa ni me explico ni nada, aunque luego digo bien las cosas. Y entonces me senté de un salto, patapum, justo donde estoy ahora, y a una ya la conocía, por los sueños, digo, y a la otra no, y entonces se sentaron las dos como si irían a rezarme y se pusieron a preguntarme, ji, ji, que si has estado en Villobre, que si has visto un fantasma, que si tienes novio o qué, cosas de curiosidades, y yo novio no tengo, aunque una vez vino Félix y se quedó un poco, pero eso no es ser novios. Y olía igual que el perro. Y un fantasma sí que vi porque una vez, en el pueblo, que no sé si he dicho ya que es Orate, vi uno o a lo mejor dos, porque una vez vi unas piernas que corrían solas por el bosque y eso también cuenta, y otra fui a la casa vieja, que es la casa de la bisabuela, que estaba como vacía porque la bisabuela está muerta, justo detrás del molino, y estaba allí la

casa, digo, con los retratos y eso y con los muebles y todo, y las jarras y las flores secas, de noche era, y la bisabuela se llamaba Socorro y yo no la conocía y la casa estaba abandonada. Y lo de las piernas del bosque también era de noche, no sé si lo he dicho ya, pero, si no lo he dicho, lo digo ahora. Y estaba todo con polvo y hablaba con las avispas, que a veces hablan normal, volando, y a veces se pegan a la pared para que las entiendas mejor. Y entonces, sin venir a cuento, apareció un señor que era como de un año distinto, de antes de la bisabuela o más, con el mismo camisón que yo, y tenía como barba, como barba de alcalde tenía, o como se diga cuando no eres rey pero casi, marqués y eso, aunque no tenía la espada. Y se me quedó mirando como si tendría la cabeza llena de verdín del río y justo me pareció que iba a decirme algo, o esa idea se me puso, por la cara que llevaba, y luego, ¡pumba!, desapareció de golpe, o a lo mejor más como a trozos, no sé cómo explicarlo, como cuando se te cae agua y a lo primero empapuza el suelo y luego ya se va colando, no sé cómo decirlo, y no me dio miedo ni nada, aunque me quedé esperando, por si acaso, por si quería mandarme un recado, pero nada, y verlo lo vi seguro porque luego se veía limpio todo, como más limpio el suelo, digo, no sé cómo explicarlo, como si en algunos sitios se movería más el aire. Todo eso las dije a las monjas.

Y entonces las dije que no me vendrían con cuentos, que no me vengáis con cuentos, las dije, o con gaitas, ahora no me acuerdo, y las sonreí bastante, a saber por qué, y ellas, pum, fuera risas, así de golpe, como cuando le das con una piedra a un grifo y ya no hay quien le arregle, y me seguían preguntando cosas, que si yo era así de siempre, que si me tenían manía en Orate, que patatín, patatán, y yo las dije que sí, pero es normal, las dije, porque en el pueblo robaba, por ejemplo, o hacía agujeros en los patios para enterrar

bien los huesos que me comía luego, donde las gallinas por ejemplo, o entraba en la sacristía y la liaba. Y, como se entretenían, querían que las contaría más cosas, cosas nuevas, y las dije que así no me venían, que tenía que acordarme bien, aunque en verdad me venían muchas, pero por dinero baila el mono, te lo digo yo, y, si no me daban nada, pues nada, que yo tonta no soy. Y entonces se pusieron a hablar así a lo bajo, pero entre ellas, flojito, digo, y cuando volvieron a reírse me dijo en la oreja una lo que me iba a dar y era más de lo que yo creía, así que empecé a soltarles todo, porque por dinero el perro y el gato son amigos, y las dije que lo malo no son las cosas que hago, son las que se me ocurren, y que, cuando empezó el Hombre Guapo a hablarme, se me ocurrían muchas más. Y ellas se miraban espantadas pero se las notaba mucho que estaban contentísimas, y luego las dije que aquí tenía ideas igual pero que, como había monjas, pues aquí es más difícil hacerlas, porque siempre me están encima, o que a veces sí que hago pero que me llevan mucho rato, como lo de arañar palabras, por ejemplo, palabras que no sé lo que son, de antes de las palabras, digo, que las araño así, donde el suelo, en la pared, vamos, para que no se verían, donde empieza el suelo. Y como me han quitado las horquillas por mi bien, pues ya no araño nada y así tengo el pelo ahora, que le tengo como le tengo.

Y las dije que podía decirlas más cosas, si querían, donde el mar, que qué ganas de ir al mar, las dije. Para que me dejarían salir. Y entonces las puse la mano en la cara y las enseñé mil ideas de golpe, patapum, y me parece que eso sí que las dio miedo, que qué mal lo estoy contando, con lo bien que lo contaba antes, pero ahora me vienen muchas cosas y a saber qué estará haciendo doña Pili ahora.

Y luego me dijeron que si podía contarlas secretos de sor

Adriana, que ellas la decían madre Adriana, y las dije que podía decirlas lo que estaba haciendo ahora si querían, perfectamente, las dije. Y ahí sí que se miraron. Y se echaron a reír un poco como si tendrían cinco años. Y se tapaban la boca como si tendrían novio. Y miraban a la puerta por si venían las monjas. Y me dijeron que vale, así que eso es que me creían. Y entonces las hablé en bajito, que me puse bien cerca y todo y las dije cosas al oído, a la que olía mejor sobre todo, y menuda se quedó, que se quedó como blanca, y la otra la miraba como para que la diría algo y la primera se lo dijo y la otra se calló, pero con menos susto que la amiga y menos roja, y luego se puso a mirarme sin parpadear ni nada y me dijo que no con la cabeza pero porque estaba la otra, te lo digo yo, porque si te fijabas bien se la notaba mucho que era mentira. Y la amiga dijo que no y era que no de verdad, que hasta lo dijo en alto, así que me callé y mejor, porque una cosa es decir lo que hace un niño ahora, por ejemplo, o Félix mismo, o lo que hace por ejemplo un pastor normal, en el bosque de afuera, digo, y otra decir dónde está la madre Adriana, que a mí no me ha hecho nada nunca, así que no las dije nada y ya está, que si quieres que ladre el can, dale pan, las dije, y que si quieres arroz, Catalina, aunque eso no sé por qué lo dije, pero se las cambió la cara, patapum, cuando entró de golpe sor Humilde.

Y luego ya bajé el colchón, al suelo, digo, pero luego, cuando estaba ya sola, que es lo que hago siempre cuando me da por ahí, bajar el colchón al suelo sin que me dirían nada, y aquí mismo me quedé, tan contenta, sentadita, oyendo los gritos y todo, que, no sé si lo he dicho ya, pero antes no estaba ni la mitad de contenta, o por lo menos todos estos días. Y ahora sí. Y más contenta me puse cuando se fueron los ruidos, cuando se callaron todas y me puse a hacer mis cosas.

INTERLECTIO

EL RUMOR VERDE

Cuando el sol alcanza a la luna tras seis meses de persecución y sus pasos se igualan por un instante, algo suena en Gabaón que hace vibrar las campanas como cuencos mágicos. Durante noventa días, el cielo no sabe estarse quieto.

Las lombrices de tierra asoman a la superficie a finales de marzo y reclaman a los picos su deshielo, mientras las estrellas, cada una con su propio nombre, perforan con alfileres la cúpula del cielo.

Las Líridas llueven en abril caminos leves que las Acuáridas, radiantes, más veloces, no saben alargar, ni en duración ni en curso.

Mercurio alcanza a finales de mes su elongación máxima; se deja ver al alba unos instantes. Venus lo hace en el ocaso y anuncia, según los pescadores, amor y fortuna. Marte deja todo augurio en cuarentena.

Júpiter domina mayo con su collar de lunas centinelas. Los anillos de Saturno rivalizan en majestad y brillo con los de los gitanos acampados al otro lado del Pesío, no muy lejos de allí.

Leo brama cada noche, con Régulo, su más brillante estrella, justo en el corazón (alcanza el cenit en la noche de santa Joaquina de Vedruna); Algieba en el último fleco; Algenubi (o Al Jabhah, o Épsilon Leonis) arriba de todo, justo en el ojo. De cola afuera, Arturo, Espiga y Denébola abren portales sombríos que nadie con dos dedos de frente cruzaría.

Auroras que apenas manchan el cielo danzan en junio

brevemente. Virgo garantiza a la aldea cosechas abundantes; un eclipse de luna la oscurece y el tránsito de Venus inflama el apetito sexual de los lugareños. Conjunciones regulares avivan las teorías jacobinas sobre las alineaciones cósmicas.

Las Pléyades se precipitan este año con retraso, llevándose consigo la mucha o poca esperanza que trajeron.

La luna oculta Aldebarán el 16 de junio.

El oscuro vacío de Boöte —repleto en realidad de galaxias— y la Corona Boreal —más pequeña que el vacío— prestan parte de su luz a Urano, planeta séptimo, gigante helado de anillos invisibles, que arrastra consigo un crespón de quejas.

La nebulosa de la Laguna, remolino de gas y polvo, brota entre velos el último sábado del mes, y las Híades —a ciento cincuenta y tres años luz de Gabaón— reparten el 21 sus dones y se ocultan enseguida.

Son, sin embargo, Aries y Géminis, también Tauro, los colosos que remansan a la niña en esta primavera corta que tan poco importará. La primavera acaba. La primavera es una ilusión siempre.

El sol se inflama, rompe a arder sin restricciones. El verde se hace amarillo; el amarillo, ceniza; la ceniza, nada. Hierve el mundo tras el rumor verde.

El verano también cae del cielo.

QUARTA PARS

PIE DERECHO

XXIII

—Este es el verano que debería aplastarnos a todos, dicen que dijo. Yo, claro, no lo oí, no estaba, pero lo creo, ya sabe cómo es el padre Alén. Dramático.

La hermana Maite podaba los rosales dándole la espalda a Salcedo.

—Que no digo yo que no tenga motivos —continuó—, pero, si me lo pregunta, yo lo prefiero en el invierno, cuando se le ha pasado ya el miedo y aún no le ha llegado el entusiasmo. En invierno se le nota más que es sabio.

—El padre Alén es sabio siempre —replicó Salcedo.

—Pero en invierno se le nota más, y es cuando más caso me hace. En primavera se pone tontísimo. Menos mal que aquí no dura. También el verano pasa rápido, no se crea, aquí lo que dura es el otoño, que se alarga diez meses o más, el otoño dura siempre. Y el padre Alén, como es normal, se nos descuaderna. Pero esta vez… —La hermana Maite palpaba una espina con las yemas como si fuera un tumor. La soltó de nuevo—. Esta vez ha estado tontísimo.

—Por el polen será —respondió distraído Salcedo mientras se sacudía del hombro una manta de ámbar.

—Será. —Sor Maite se giró para mirarlo—. ¿Sabe qué es el polen, padre? —Sor Maite llevaba sobre el velo una visera de contable. Salcedo, un sombrero de paja. El padre intentó reprimir un estornudo mientras sor Maite cambiaba de tema—: ¿Se ha tomado ya las hierbas?

—Sí.

—Mejor. Que no se le olvide. La alergia dura hasta agosto, ya lo verá. Aquí todo es distinto. —El padre asintió por asentir y sor Maite volvió a sus flores. La visera le proyectaba en el rostro una sombra verde—. ¿Usted qué diría que es el polen?

—Granos diminutos, hermana. —El padre tiró del sombrero para protegerse del sol—. Polvo amarillo y desagradable.

Sor Maite lo escrutaba.

—¿Bebe usted, padre?

Salcedo parecía sorprendido.

—A veces.

—¿Vino?

—Sí.

—¿De misa?

Salcedo tardó en admitirlo.

—No beba vino, padre, o no lo beba de la misa. Demasiada azúcar. ¿Lo sabe el padre Alén?

—No.

—Sí que lo sabe. Lo sabe y le da igual, no se preocupe. Si lo sé yo, lo sabe él. Pero vaya dejándolo, ¿quiere? Poco a poco. —Arrugó las cejas—. No es bueno para las rojeces. —Sor Maite volvió a sus rosas como si no hubiera pasado nada—. Polvo amarillo… —rezongó —. También el azafrán es polvo amarillo, padre. Y la cúrcuma. Y la mostaza en polvo. Y la harina de maíz. Y el polvo de jengibre. Y el de maca. Y hasta el azufre, padre. El polen es semen, ¿entiende? —El padre Salcedo abrió los ojos; asintió para devolverlos al sitio—. ¿No ve a nuestras novias, padre? Cada año hay más, Dios sabrá por qué; y, si no lo sabe él, seguro que el padre Alén se lo explica. —La hermana estudiaba el envés de un pétalo—. Quieren que las polinicen, padre, todo el año; la cabeza, la barriga, todo les vale,

igual que les valdría cualquiera: Jesús, el obispo, usted si encontrara el impulso, una idea original, una carta, el perro. Pero ahora, en verano, más. —Soltó el pétalo y siguió cortando—. Se ponen como a brillar, ¿no las ha visto? Se ponen como el padre Alén cuando se acaba el invierno; cuando está tan imposible que apetece echarle hojas por encima para que empiece a gritar de una vez, a ver si así se le afina esa voz de estropajo que tiene. Hasta esa niña enredada quiere que la polinicen, esa niña muerta y viva a la que ahora le ha dado por callar y que aún diría menos si usted quisiera, padre, si la visitara usted, no diga que no lo ha pensado. Tan fresca y luminosa, padre. Tan colorida. Tan suave. —Sor Maite no se giró esta vez, pero dejó de cortar. Luego rebanó un brote—. Hasta yo lo he pensado, padre. Hasta yo. No puede evitarse.

Sor Maite dejó el arbusto y se acercó al siguiente, de rosas blancas esta vez. Salcedo la seguía con pasos de hurón.

—Su semilla, padre, y el polen son lo mismo. Gametos masculinos. Para asegurar la multiplicación de la especie. —A Salcedo le crispaba el paternalismo, pero no protestó—. El viento transporta el polen sin ton ni son, a diestro y siniestro. —Maite hizo gestitos en el aire—. Salvo que una congenie con el viento, claro; cuando se congenia con el viento, es distinto. Aunque usted no congenia con nadie, ¿verdad? Usted no, padrecito. Pobre. —El metal mordía de nuevo—. Congeniar es congeniar, tampoco hay que volverse locos; tampoco hay que caerle bien al viento, no crea que me pongo abismal; el viento no tiene cabeza. Ni siquiera hace falta ser buena, ¿entiende? Es igual que con la gente. Hace falta congeniar y punto.

Salcedo apenas la oía. Estornudó dos veces.

—O se puede congeniar con los insectos, que también sirven de carteros. Aunque eso es más difícil, claro, ¿lo ha intentado?, piensan

distinto. Seguro que lo ha intentado. Eso sólo pueden hacerlo algunos, gente especial; gente como la niña, si es que la niña es gente. —Sor Maite empezó a sudar, por el calor o el afán, no estaba claro (todo maestro se luce ante el alumno, aunque sea de condición exigua)—. Las abejas esparcen el polen, lo llevan pegado a las patas y lo embuten en la flor cuando entran a bebérsela. —Sor Maite imitó el sonido de una pajita—. Así la polinizan y fecundan. Y ya está, padre, eso es todo: *sic transit gloria mundi*, *consumatum est*, *ultima ratio*, *sic fiat,* etcétera. —Se encogió de hombros—. Semen, padre. ¿Qué le parece?

—Muy bien. —Salcedo se dio cuenta de que había contestado demasiado rápido.

Sor Maite valoraba el resultado de la poda con los brazos en jarras.

—A mí también me parece muy bien, padre.

El hábito de sor Maite estaba empapado en sudor. Su energía en ese instante excedía la de Salcedo en una semana buena. Se giró hacia el padre, aunque no del todo, como si quisiera cerciorarse de que seguía allí.

—Y además está muy rico —continuó—. Tiene muchos nutrientes. Tiene, padre, proteínas. —Se recolocó la visera—. Vitaminas. Minerales. Está muy rico, la verdad. —Salcedo se perdía en ensoñaciones. Al darse cuenta, se enderezó: aunque sor Maite no miraba, sabía que lo veía con la espalda—. Activa el sistema inmunológico, ayuda a prevenir la gripe, detiene resfriados, tiene propiedades antioxidantes, combate el envejecimiento, reduce el riesgo de enfermedad, incluido el cáncer. El cáncer, padre, digo bien. Porque el padre Alén debería tener cáncer. —Tampoco se giró esta vez—. ¿Lo sabía?

—N-no —contestó Salcedo.

—Pues ya lo sabe. No se entiende que no lo tenga. —Parecía desconcertada de verdad—. ¿Ha visto a la priora?

—N-no —tartamudeó de nuevo.

—Nadie la ha visto, no se preocupe. Haga como que no le he preguntado.

—¿Tenemos madre superiora?

—Nosotras sí, usted no. Está en una bodega secreta, padre, completamente loca. —Salcedo no reaccionaba—. Por eso Alén es el prior, aunque no exactamente. Más o menos. La priora está en el sótano y manda él, manda él porque ella está loca, y no se la llevan del colegio para que pueda mandar él, ¿entiende? Si no, nos meteríamos en problemas todas. Piénselo un poco. Dele vueltas.

La temperatura bajó uno o dos grados.

—El polen aumenta la fuerza —prosiguió la hermana—, da un impulso de, ¿cómo decirlo? ¿Nervio? ¿Nervio físico y mental? Nervio físico y mental. ¿Entiende?

—¿Es lo que le pasa al padre Alén? ¿Va a morirse pronto?

—Claro que no. —La hermana se acomodó los riñones—. Si fuera eso, padre, se lo habría dicho. Nadie sabe exactamente qué le pasa al padre Alén, ni siquiera él mismo. El padre Alén es un misterio. —Luego añadió—: Las abejas se irán, se van siempre. ¿Se ha dado cuenta? No puede haberse dado cuenta, lleva aquí tan poco tiempo…

—¿Qué tienen que ver las…?

—No me interrumpa, padre, pierdo el hilo y al final me irrito; y para irritarme ya está Alén. —Sor Maite siguió con la poda—. Mejora la salud cardiovascular, ayuda a bajar el colesterol, los triglicéridos. ¿Sabe qué son los triglicéridos? —Cuando se giró esta vez, sonreía como una estudiante.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —El padre contenía un

estornudo.

—Y yo qué sé. —Sor Maite no sabía nada—. Porque sí, padre, porque nada tiene que ver con nada y aún menos con Alén, aunque un poco sí, supongo. Qué galimatías, ¿eh, padre?, uno de los suyos. Supongo que será por eso. A veces las cosas están giradas, ¿sabe? Aquí, por ejemplo, todas. —Sor Maite escogía las palabras como si fueran setas. Se echó a reír—. Olvide lo de la priora, ¿quiere?, aquí no hay madre superiora; la madre Adriana como mucho, y no es la madre superiora, no sé por qué se lo he dicho. A veces miento, ¿sabe? Porque sí. Me divierte. A veces me invento cosas, me hago la mística. Ha puesto usted una cara… —Maite le guiñó el ojo—. ¿Por qué me inventaré cosas yo, con la de mentiras que hay ya? Es como cuando usted se inventa niños. —Salcedo la miraba atónito—. Niños en el mármol, padre, niños transparentes. Le quedan, padre, muy guapos. —Salcedo mascullaba algo, pero ella no se detuvo—. Lo del padre Alén no es grave. —La hermana Maite era un torrente—. No se encuentra mal, no es eso; lo del padre Alén es otra cosa; es más alivio, creo. Espanto. Espanto del bueno. El miedo lo rejuvenece, ¿no cree? Aunque él lo llame empuje. El padre Alén sabe de sobra que también el verano pasa, pregúnteles, si no, a los niños. ¿Le ha hablado del tardío ya? Seguro que sí. ¿No? ¿Aún no? Las abejas deberían quedarse. —A Maite todo le distraía—. Quedarse en sus colmenas. Sería lo normal. Pero se marcharán, ¿entiende? Es lo que trataba de explicarle. Nadie sabe adónde van. —Luego añadió—: Nadie quiere estar aquí. —La hermana se rascó la sien—. Las abejas tampoco. —Miró al padre Salcedo con tanto afecto que lo cubrió en almíbar—. Y luego… Ya verá luego, padre. —Los ojos le brillaban más—. Será su primer otoño, ¿verdad? —Se rascó el pómulo—. El primero es el que cuenta. ¿Le hace ilusión, padre? —Luego se rascó la barbilla. El padre Salcedo no respondió—. ¿No lo encuentra

fascinante?

A lo lejos se oía a Lacruá, que se escribía Lacroix; lo había bautizado Solitude. (Lacruá ladraba contento de haber encontrado un ratón). Félix lo llamaba perro.

—El primer tardío es el bueno —insistía sor Maite, que ahora se rascaba el brazo—. Ya lo verá, padre; pronto. Le tengo envidia, ¿sabe? Me cambiaría por usted ahora mismo.

—¿Lo dice de verdad?

—Claro que no, ya le he dicho que miento, lo digo para que no se asuste. Lo que pasa, padre, es que yo también me pongo tonta a veces; sentimental, si se quiere. Yo también me pongo dramática. —Se sacudió un escalofrío—. Aunque no está enterándose de nada, ¿verdad? —Rompió a reír—. ¿Seguro que se ha tomado las hierbas? —Su mirada era de nuevo adolescente—. Tómeselas, hágame caso. Le ayudarán con la fiebre, cuando se le despierte. Y con los niños muertos, a los que vemos todas, no se haga ilusiones. Una última cosa… —Se acuclilló ante un macizo de rosas negras. El padre tardó en reaccionar; intentó mostrarse interesado—. ¿A usted no le sorprende, padre, verme justo aquí, justo ahora, podando las rosas, en junio?, ¿a principios de verano?

—No sé nada de rosas, hermana, ¿no es así como se hace? —Salcedo se sentía tan a gusto en su ignorancia como debajo del sombrero.

—¿Estamos tontos o qué? —Al padre se le alcanzaba que el plural era pura cortesía—. Una poda ligera tal vez, para eliminar las flores secas, los brotes indeseados. —Sor Maite arrancó uno—. Pero una poda a fondo… Claro que no. ¿Me sigue?

Salcedo no la seguía.

—En verano se podan las rudbeckias; la flor de caña, herbácea de ojos negros, la favorita de las larvas. Habrá oído hablar de las

larvas. —Sor Maite no esperó respuesta—. Las rudbeckias se recortan ahora, para estimular, ya sabe, nuevas floraciones. Pero las rudbeckias, padre. No las rosas. ¿Voy muy rápido?

Salcedo asintió por asentir. Luego negó de inmediato. En su cerebro repetía: el ojo es a la flor lo que el pistilo a la cara. O: tarda más el brote en apagarse que el sol en darle fama. Rumias sin objeto.

—En verano se poda la gallarda —continuó sor Maite—, que usted llamará flor de manta. Para preservar el brío, para asegurar que dé más flores. Eso se hace con las plantas anuales y con las perennes; si tienen flores, se entiende. Porque en Gabaón, padre, encerramos flores. —A Salcedo lo sacudió un temblor de lo más voluptuoso—. Son plantas que responden a la poda tras la primera floración, que fue hace casi tres meses. Para asegurar una segunda. En el verano, ¿entiende? Hay quien florece en el tardío. —Sonrió—. Podamos una flor para que nazca otra, y luego otra, y luego otra. Así cada año, ¿lo entiende? Sin que se nos note el aburrimiento. ¿Lo entiende o no lo entiende? —El padre resolvió que arriesgaba menos negando (fue una negación lenta)—. Tiene razón el padre Alén —refunfuñó Maite—. Usted no se entera de nada.

Un pájaro cantó sobre sus cabezas con dos gargantas. Por la forma de volar se comprendía que venía del fin del mundo.

—¿Se ha tomado ya las hierbas? —El padre arrugó la frente—. Pues hala —zanjó sor Maite—. Aire, padre. Fuera de aquí. Y no deje que se le oxiden; si se oxidan, ya no valen.

El chasquido de las tijeras volvió a llenar la rosaleda, obligando a las mariposas a esquivarlo con bruscas correcciones. Salcedo inició un titubeo, pero lo cambió sobre la marcha por un gesto de indiferencia. Encadenó varios achís. Volvió a sacudirse el polen. Se miró los dedos. Se los llevó a la boca.

Luego se ajustó el sombrero, se recogió la sotana y regresó al colegio.

XXIV

No pienso bien ni pienso mal ni pienso mucho. No quiero pensar, pero pienso. La luz entra por el hueco. La luz cruza la ventana que no hay, ni la luz ni la ventana. Nada. Es bonita la luz. La ventana. No hay luz. Hay sol. No hay ventana. La luz del hueco sin ventana. La luz sin cristal. Hay ventana.

Y así.

Así es la cabeza del padre Salcedo, lo sé porque he estado muchas veces y así es a veces la mía cuando me entra la música; la cabeza de la gente es como una ciudad llena, te lo digo yo, y la de Salcedo más, menudas canciones se canta, que piensa mucho en mi cuarto, en las paredes y en todo, y en el crucifijo y todo, te lo digo yo, pero porque le meto las ventanas dentro, eso también, que la cabeza del padre Salcedo atrapa cosas y es para darle de comer aparte.

Estoy preocupada, un poco, porque empiezo a pensar como un espejo, que cada vez soy peor, estoy peor, como si sería más vieja, me han callado, me han callado por adentro, pero igual me lo invento todo, no sé, han encontrado el asomo y me hacen como de niebla, que qué lista soy a veces. Ahora tengo más palabras, me sé promesas, dichos. Me sé más ideas que nunca. Que nunca siempre. Nunca siempre.

Miro el techo.

Hoy ha sido raro ha sido, hoy ha sido un día raro porque no vino venido nadie, pero es como si sí estarían y todos estaban no, no

venían y ya estaban. No sé si me explico cosas, ¿me explico? ¿Explico las cosas? Me explico, ¿no? No me explican. No. Sé. Si. Soy. ¿Soy las cosas?

He ido a ellos y ellos venga. ¿Saben quién soy? Quién he sido. Ellos han venido dentro, debajo de la idea, abajo, muchos curas han venido, de cien y de colegios mil, de uno grande, de mil sitios, de colegios mil enormes grandes como un hospital, grandes como un sitio grande, como mil iglesias grandes. Han venido. Vienen. Van.

Yo no he ido a las cabezas. Vienen ellos. Hoy estaban. No me duele ni dolía ni me dolía ni arde, como si cierro la boca, como si me muero mucho tardan tanto, tanto suenan.

Sí.

Había curas muy viejos y había curas muy listos y curas con gafas grandes y me veían los curas con las gafas de mirarme y con las gafas de verme y me miraban bien todos. Miraban. Miraban todos. Me miraban como el padre, todos serios me miraban, me veían como vienen, como se ve y mira en sueños a las vacas cuando gritan cuando sacan un ternero, mira qué cosas te digo, no como se mira a un niño, a la vaca madre vaca, menudas ideas son, menudos recuerdos son. Son ideas de no ir. Se dice memorias. Sombras.

Hoy las palabras van, quedan, vienen, van, son, van y vienen, igual que los girasoles, vayvienen, vayvienen, van, son nuevas, nuevas y lentas, son más lentas las ideas, me da tiempo de tenerlas, me vienen cien mil palabras, solas se arrastran, ¿por dónde?, pegadas a las paredes, pim, pum, pim, pam, pim, pum, pim, pam, delante de la cara estaban antes de hablarlas después, ¿por qué salen de la luna?, debajo de la cama eran. No sé decirlo. Las veo. Palabras quietas. Calladas. Ya no y luego son del agua, es la una y son las doce. Como si se caería un árbol en vez de salir del suelo.

Me han mirado mal, me han visto. Me han mirado visto mal.

Pienso, visto, miran mucho, verme verse se me ven, se veían sin mirarme, todo ven, todos me ven, lo oyen todo, escriben todo. Me dicen que mal sería, me cuentan que bien no soy, me dicen que quieta y quieto, inquiete, inquietar, me aquietan, me quitan, me dejan quieta. Me sé todas las palabras, turbo, turbar, turbaría, me mandan, me dicen fuerte que se caerán las palabras, que se caerán otra vez, que se me caerán del ojo, que volveré a hablar sin cosas, sin decir turba ni nada, que se me caerán al suelo para venirse las otras. Que volverán las más viejas. Que vendrá la prisa, dicen, de la cabeza, me explican. Que pronto volveré a ser rata.

Mira qué idea.

No lo han dicho con pecado con mal de malos de muchos, con mal de maldad muy mala ni por reñir ni gritarme, ni lo han dicho bien de buenos por reírme y por cantares. Agitada inquieta soy, turbada quieta me turbo, turbada inquieta me era, ya sé, me digo inquietar, agitada y agitosa, mira qué palabra, inquieto, agitar y agitarán, me sé palabras, me quedan, me las quedo, te las digo, te digo, no estoy, me digo, me destranquilizo, dicen, van diciendo, vivan, miran, pidiendo los dichos piden. Me lo han dicho y dicho queda, dicho está una vez y una. Una vez una. Dos una. Me lo han dicho y dicho sea. Me lo han dicho y dicho voy. Dicen, repiten las cosas, las cosas suenan, me saltan, son lo que soy si se sueñan. Las cabezas, las que son. Son y son y son sin son.

Me ha enrarecido, se dice, como si sería sorpresa, si rata no soy, no estoy, pura mentira sería, niña esfera la feroz, hoy salto siento sentida, rata siempre, santa lata. Lo he entendido. Soy la rata.

Y una mujer mala estaba con los curas de ojos grandes. Ojos y una y ojos una. Una mujer alta y reina que no miraba a los ojos porque se sabía el mundo y se las sabía todas. Voy, vuelvo, mañana van, subo, sano, vamos, fui. Una mujer era una que las parecía

todas y era mujer y era fuera como la fiera que quiso, como la que manda en todos y dice a todos y reza, y están todos y está ella porque ella es todas y es una. Santa era. Vive sola. Santos son. Lo saben todo. Santa soy. Son tantas fueron.

Ya lo he dicho. Te lo he dicho. Te lo digo. Ya lo dije.

Esto una vez.

Esto fue.

Esto pasó, ya ha pasado.

Esto ha sido.

Ya será.

Con los sonidos va el cielo, claro el suelo, muera el mar, con las palabras más nuevas, el agua sabe a la sal que sale, la hortensia sola, flor que pica, pincha, anzuelo, culo, suelo blanco, nuevo, cielo, manto, vuelo, perro, sol y suela y sal y suelo, fuego alto, hielo, llanto, suba el hueso el nuevo pelo, cruz, ventana, viento, muro, puerta, silla, plato, techo, bien, mal, mal muerdo el helecho, cama blanca, baja y alta. Caja santa. Cama nueva. Casa blanca. Cara quema. Días son mis meses sidos. Me come la luz.

Me callo.

Me callo. Yo. Ya me callo.

Cantaré.

Será.

Vendrá.

Fui.

Vendré.

Seré.

Veré.

Te miro y ardo, ¿me miro? Las hormigas, las palabras. Las flores que brillan. La luz. Lila que quema me suena. Lisa que vale me sale.

Lirio que se asoma al sol. Saldrá. Vino ayer. Voy mañana. Ya he visto lo que vendrá. He venido y ver seré. He visto, vendré, tendría. Ayer y mañana nunca. Me han visto ser, soy ayer. Voy y vengo, van y soy, van, vienen, vayvienen, temen. Voy y fui. Vayfuí. Ve. Van. Dicen. Son. Sin. Con. Van. Dan. Míralos. En las esquinas. Píntalos. Son el arbusto. Me asusto, me tienen miedo, les bendigo, les aplasto, me cantan, me dicen vete, me atan, me piden canta. Voy. Dicen. Dan. Sal. Me saltan. Dudo. Dudan. Sanan. Sudan. Ven y van. Me cantan rata. Vienen. Pueden. Tienen. Temen. Doy. Dan. Miro. Sido. Soy. Porque él viene, me matan.

Por ser será. Por ser será. Por ser será.
La niña vendrá.

Yo te cielo.

XXV

El pelo recién cortado del padre Alén brillaba como el acero. Una raya abierta a bisturí le dividía la cabeza en dos, de la sien a la coronilla, haciendo caer el peinado a un lado con suavidad geométrica. Los flancos, degradados a navaja, se fundían con la nuca; la parte de arriba, más larga, se pegaba al cráneo sin necesidad de gomina, como si cada cabello fuera un soldado en formación colocado allí con pinzas. No había la menor concesión a la entropía en aquel pelo, ni un solo mechón fuera de sitio. Pulcritud y masculinidad sólo.

La niña parecía una serpiente recién salida del letargo.

El maletín de cuero de Alén reposaba a los pies de la butaca.

—¿Estás mejor? —preguntó Alén.

—Yo creo que sí.

—Yo creo que sí, padre.

—Yo creo que sí, padre.

—No hace falta decir siempre yo, niña. Ya sabemos que eres tú. Es feo.

El padre Alén había tenido que atarla, o había encontrado prudente hacerlo. La estudiaba desde la butaca con un libro al lado, comprobándose el peinado por inercia más que presunción (una de las monjas, Aurora, tan hábil en la poda como sor Maite, se lo había dejado al gusto). Cortarse el pelo es siempre empezar de cero.

Alén se pasó la uña, impecable también, por los dientes, como un arpa de boca. No se fiaba de la niña.

Se frotó las yemas y dijo:

—Aún me río un poco, niña, ¿lo notas? Aún me dura.

Alén no se reía en absoluto. La niña lo escuchaba con los ojos, abotargada y neutra.

—¿Lo ves? ¿Lo notas? —insistía Alén.

—No —respondió ella.

—No, padre.

—No, padre.

—Eso es porque me río por dentro.

El padre Alén llevaba varios días preparando la visita, una de las últimas antes de la caída de las hojas. No se hacía ilusiones. No especulaba. No contaba con sacar nada en claro.

—Las paredes son gruesas —dijo, como si así resolviera algo—. Buenas paredes. Aquí dentro hace fresco, niña. —Miró de nuevo el muro—. Ahí fuera, en cambio, cae un sol de justicia. Tú no lo ves, claro. No importa. No importa lo que tú veas.

La niña estudiaba el revoco.

—Ahí fuera hace tanto sol que todo es nieve, niña. Ahí fuera está la vida. La que importa. Lo demás acaba… —hizo un gesto horizontal — frito. —El padre Alén sabía ser llano—. Ahí fuera hay una sartén, por eso sonrío tanto, aunque tú no puedas verlo. —La niña dejó que la gravedad le posara la atención en las sábanas—. Pero tú no te mueres, ¿verdad? Tú no te mueres nunca. Tú estás, niña, llena de estrépitos.

La niña, en efecto, no se moría; se perdía en el chafarrinón de orín que empapaba el colchón, como si tratara de adivinar qué país era.

—Hace poco sonreía, niña. Bailaba. Dentro de unos días me pondré a golpearlo todo, a romperlo todo, sin saber por qué. ¿Eso te complace, niña?

—Sí.

—Sí, padre. —Alén le hundió la mirada en la frente.

—Sí, padre.

—Muy bien. Pronto aullaré. —Alén parecía satisfecho—. Aullaré, niña. En cuanto me quede solo. Gritos salvajes. Sin consuelo.

La niña sonrió débilmente, tal vez por simple reflejo.

—No te preocupes, niña. Volverás a ser la misma. Recuperarás la cabeza. —Alén escrutaba sin emoción los muslos desnudos de la niña—. Algo quedará. —Hizo repiquetear los dedos en el libro que había dejado en el asiento, *Muratore*, de Pisani el Viejo—. Mírate. Ya estás volviendo.

La niña contemplaba al padre sin reconocerlo del todo. Esta vez no había duda de que sonreía.

—Hablemos, niña. ¿Quieres? Si no quieres, levanta la mano.

La niña trató de obedecer, pero la correa que la sujetaba se lo impidió. Fue un aborto gentil. La niña empezó a revolverse.

—Quieres. —Esta vez Alén afirmaba.

Extrajo una petaca del maletín y se incorporó un poco. Se acercó a la niña. La sujetó del cráneo. Le dio de beber sin preguntarle nada ni advertirla. El aire se impregnó de olor a ajo.

—Sin miedo, niña. No es nada que no debas beber ni nada que te apetezca, sor Maite no tiene ningún interés en que seamos felices. —La niña no opuso resistencia. El bebedizo le resbalaba por el cuello y se le colaba bajo el camisón hasta mezclarse con el orín, a la altura del sexo. La garganta le subía y le bajaba como si tuviera nuez; en ella vivía un sapo. —Ya está, niña. Ya está. —El padre sacó el pañuelo y le limpió la barbilla—. Ahora espera.

El padre dobló la tela en cuatro. Guardó el pañuelo. Rescató el libro del asiento y lo acomodó en el regazo. Retiró de una de las páginas una estampa gastada de san Benito de Nursia.

—En diez o doce minutos —añadió— estarás donde debes; donde tienes que estar, niña. Y yo, lo mismo. —Dio un largo trago a la petaca.

Se recostó de nuevo en el butacón, posó una pierna sobre la otra, se sacó de la pechera unas gafas estrechas.

Por lo bajo y bien afinado, comenzó a canturrear una tonada de vago aire napolitano.

Siguió leyendo.

Veinte minutos más tarde, cerraba el libro. Se guardaba las gafas con dos toques. Descruzaba las piernas.

No se mostraba impaciente, aunque lo estaba.

—¿Sabes quién soy, niña?

—Sí, padre.

—¿Quién?

—El rey de aquí.

—El rey de aquí, padre.

—El rey de aquí, padre.

—¿Sabes qué hay debajo del colegio?

—Un lago, padre.

—Muy bien. Un lago ¿cómo?

—Un lago grande.

—¿Cómo de grande?

—Más que el colegio, padre. ¿Ha estado allí, padre?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre, niña. No es para mí. ¿Te gustaría ir?

—Sí, padre. ¿Podré un día?

—Aún no lo sé, tal vez tú puedas.

El padre Alén y la niña compartían el más apacible estado, como si el tiempo no existiera para ellos. Tampoco los sonidos del colegio, más tranquilo en verano, parecían llegar allí.

—Normalmente disfruto cuando hablas mejor de lo que deberías. Hoy no. Tampoco me has gustado estos días.

—Estos días no era yo.

—Estos días no era yo, padre.

—Estos días no era yo, padre.

—Estos días eras tú. Es ahora cuando no eres tú, o no del todo. A saber lo que eres tú. Estos días podría haberte aplastado como a un bicho.

—Estaba muy lejos, padre.

—Estabas atontada, niña, pero estabas. ¿Sabes quién soy?

—El rey del mundo, padre.

—Muy bien.

Alén se puso en pie y se acercó a la puerta. Extendió la mano hacia el ventanuco. Se dio la vuelta.

—¿Quién hay ahí fuera, niña?

—Nadie, padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no me limpian.

—Nadie volverá a limpiarte. ¿Te importa?

—Creo que no. —La niña se corrigió sola—. Creo que no, padre. Me parece que no, padre.

—A partir de ahora, una monja se ocupará de ti.

—¿Una monja muy joven, padre?

—¿Cómo lo sabes?

—¿María Tamata, padre?

—Lo sabes, niña. No me hagas perder el tiempo.

—Fuma mucho.

—Ya lo sé.

—Sabía que era de verdad, sabía que la monja tenía cara. —La niña estaba contenta.

—Ya sé que lo sabías, niña.

—Hablo mucho con ella en los sueños.

—Hablo mucho con ella en los sueños, padre. Lo sé, lo sé todo. Me lo ha contado. Pronto la conocerás. Vendrá una vez al día para darte de comer y para cambiar las sábanas. Vendrá tres veces al día para colocar y llevarse el orinal, y para traer agua, si se lo pides. Vendrá una vez cada dos días para desenredarte el pelo. Vendrá una vez a la semana para enjugarte las axilas y los muslos, para asearte los huecos, todo. No te obligará a hacer nada, ni yo a ella, ni tú a mí. Si quieres estar limpia, estarás limpia; si quieres estar sucia, no será asunto de nadie. Tu dignidad personal, niña, dependerá enteramente de ti. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, padre.

—Cada año traemos una niña. El año pasado no, por eso tú eres dos niñas.

—¿Dos niñas, padre?

—Si vuelven las manchas, se lo dices. Si se forman llagas, se lo dices. Si las llagas se colocan en algún lugar extraño, sobre las palmas de las manos o en el empeine, se lo dices. Si te molestan las correas, se lo dices. Vendrá una vez cada dos semanas para cambiarte el camisón.

—Me gusta este.

—Me gusta este, padre.

—Me gusta este, padre.

—Pues entonces no vendrá.

El padre se acercó a la pared, enderezó el crucifijo, regresó a la butaca, se agachó, alzó el libro. Lo agitó.

—¿Echas de menos leer? —preguntó.

—No, padre. Sí, padre. —La niña hizo una pausa—. No, padre.

—Explícate, niña.

—Me gusta leer. A veces. Pero es todo mentira, padre. Me gusta más, padre, cuando leo y no lo entiendo. Si no lo entiendo, a lo mejor es verdad.

—Yo escribo un poco. ¿Lo sabías?

—No, padre.

—A veces.

—Qué bien, padre.

—¿Quieres que te traiga un libro? ¿Un último libro?

—¿De usted, padre?

—Claro que no, no escribo libros, escribo… tonterías. Un libro de otro. —Mostró de nuevo el que llevaba.

—¿Para qué?

—Para qué, padre.

—¿Para qué, padre?

—Para leer, ¿para qué va a ser, niña?

—No, padre.

—¿Estás segura?

—Sí, padre,

—Un libro largo, uno que dure —insistió, agitándolo de nuevo.

—No, padre.

—¿Seguro?

—Seguro, padre. —La niña doblaba los dedos, los crispaba, los retorcía.

—Elígelo largo, niña. Hazme caso.

—No, padre. No quiero nada.

El padre Alén asintió. Volvió a dejar el libro donde estaba. Se sentó.

—Háblame del lago, niña. —El padre cerró los ojos.

—Es un lago enorme, padre. Está en una gruta enorme. Es un lago profundísimo y no se sabe bien qué hace ahí. Abajo no hay luz, padre.

—¿Nada de luz?

—Nada, padre.

—¿El agua viene del mar?

—No, padre. Es agua normal. ¿Podré ver el mar un día?

—No.

—Ya no oigo nada. Antes podía.

—Volverá, niña. Continúa.

—Es más grande que el colegio. Más grande que dos colegios. Dentro vive mucha gente. Hay peces grandes y ciegos.

—¿Dan miedo, niña?

—No. Sí.

El padre parecía conforme.

—Sigue.

—A veces bajan las monjas.

—Lo sé, niña. ¿Con antorchas?

—No, padre. Con linternas normales.

—Muy bien, sigue.

—¿Usted cree que son personas, padre?

—¿Las monjas?

—Sí.

—Sí, padre.

—Sí, padre. ¿Las monjas son personas, padre?

—No. Son insectos, niña. Llevan vidas de insecto. Siguen ciclos de insecto. Son muy organizadas. Sigue.

—La madre Adriana es la que más brilla. Cuando baja la madre Adriana, hay luz. —El padre se deshizo en la más dulce sonrisa—.

Cuando la madre Adriana baja, las sombras se mueven más, se mueven solas. Se mueven por las paredes y todo cambia de sitio. Los peces se la acercan.

—¿A la madre Adriana?

—Sí.

—¿Hablan con ella?

—No la dicen nada, padre.

—Mejor.

La niña cambió de expresión.

—¿Podré ser monja un día, padre?

—¿Tú? —El padre Alén entreabrió los ojos—. Tú eres un peligro, niña. Se lo he dicho a la madre Adriana: si esta niña quiere, se acaba el mundo. Ni se inmutó.

—No sé qué es eso.

—No sé qué es eso, padre.

—No sé qué es eso, padre.

—Conmigo no te hagas la tonta. Ni se inmutó, se asustó sólo, como hace siempre. Siempre está asustada. Menos mal.

—¿Por qué?

—Por qué, padre.

—¿Por qué, padre?

—Porque, si ella quiere, también se acaba el mundo. Y el mundo no se puede acabar.

La niña parecía entender. Se la veía seria y dócil.

El padre se había hundido tanto en la butaca que no le hacía falta el cuello.

—Padre…

—Estoy cansado, niña.

—¿Quiere dormir, padre?

—Sí.

—¿Quiere que me calle, padre?

—Hoy no. Hoy mejor no, niña. Sigue.

La niña quiso recolocarse el camisón. El suave restallar del cuero le recordó quién era.

—¿Qué quiere saber, padre?

Alén se acurrucó como un gato.

—Todo —dijo. Y preguntó—: ¿Las piedras del lago se acuerdan de las manos que las han tocado?

—Sí, padre.

—¿Hay luna allí?

—No, padre.

—Si el colegio estuviera vivo, ¿qué sería?

—Una oveja grande, padre.

—¿No sería un tren?

—No, padre.

—¿Tiene arrugas el aire?

—¿Abajo, padre?

—Sí.

—Abajo se alisan, padre.

—¿Qué tienes dentro, niña?

—Un fuego.

—¿Cómo es el sonido del lago?

—Allí, padre, no hay sonido.

—¿Ningún sonido?

—Sólo pasos.

—Sólo pasos, padre.

—Sólo pasos, padre. No se oye la ropa. Ni los peces. Tampoco las lagartijas suenan. No suena nada, padre.

—¿Hay lagartijas, entonces?

—No, padre. Abajo no. Es un ejemplo.

—¿Cuántas vidas caben en el agua?

—Todas, padre.

—¿Cabe la tuya, niña?

—La mía cabe en el mar.

—¿Cabe en el lago un tren entero?

—¿Le gustan los trenes, padre?

—Contesta, niña.

—Caben tres trenes.

—¿Cómo se mide la distancia allí?

—Nadie la mide, padre.

—¿Hay distancia?

—Sí.

—¿Hay horizonte?

—Sí, padre.

—¿Qué pasa si lo tocas?

—Nada.

—¿Qué pasa si no lo tocas?

—Nada.

—Nada, padre.

—Nada, padre. No pasa nada, padre. Se puede tocar sin miedo, padre. ¿Tiene sueño ya?

—Sí, niña. Gracias por preguntar. ¿Respira el lago?

—Sí, padre.

—¿Y el colegio?

—El colegio no. Si no, sería una oveja.

—¿Sueña el lago? ¿Tiene nombre? ¿Descansa alguna vez el lago? ¿Te gustaría bajar, entonces?, ¿querrías bajar allí y contarlo todo? Bajar al lago, niña. Verlo. Yo querría. Yo querría…

Y así siguieron un buen rato: sí, padre, no, padre, etcétera, hasta que cura y niña se fundieron en una siesta algodonosa, cada

uno en su propio ensueño, mientras el sol fundía las piedras y los pocos niños que se habían quedado en Gabaón peleaban entre sí sin ganas o les hacían la vida imposible a los animales.

Sí, padre. No, padre.

No, padre. Sí.

Sí.

No.

Sí.

Sí…

XXVI

Hoy me he levantado mejor y he andado bien lista todo el día y menos mal, porque no sé dónde he estado mucho tiempo, pero mucho tiempo de mucho tiempo, te lo digo yo, que a veces se me va el santo al cielo y no sé dónde he estado muchos días y hay cosas que no se saben aunque te las contarían.

Y me he levantado muy bien y muy contenta y todo, con muchas ganas de comer y todo, y de desayunar, te lo puedes creer, pero no me han dado de desayunar y es por mi bien. Y anoche tuve un sueño muy curioso, pero muy curioso muy curioso, aunque los sueños son curiosos siempre, si te fijas, o por lo menos un poco, porque, si no, no son sueños y antes no decía curioso. Y soñé conmigo, por ejemplo, con mi cara y todo, que enseguida me di cuenta que era yo pero en vieja, y estaba atada y muy vieja con el camisón y todo, y todo era igual que aquí pero dentro de cien años, sin desayunar ni nada, y no sé cómo acaba el sueño porque entonces llegó sor Tamata, que también es María Tamata pero me dijo que la llamaría Tamata, y me despertó de golpe, ¡pam!, y primero me había llamado en el sueño para decirme que venía, para avisar y eso, y luego ya vino de verdad y me dijo que por qué no estaba en el suelo con el colchón y eso, y se reía al decirlo, pero no se reía a lo mal para que me parecería mal, que se reía normal para que me parecería normal estar atada, para que no me daría vergüenza, me parece, porque a veces pasa eso, que a veces te da vergüenza algo y nadie te lo dice y hasta te da más vergüenza

porque se les nota lo que piensan, y a veces es al revés, que otras veces viene alguien y te lo dice de golpe, pam, a la cara, como para que te haría gracia y, pam, pues resulta que te da menos vergüenza, no sé por qué será. Pero a veces pasa. Y entonces la dije a sor Tamata que si me traía el desayuno y me dijo que lo llamaría como me parecería pero que era ya muy tarde y era para todo el día. Y se reía bastante, porque sor Tamata se ríe mucho, y vino a la habitación como sudando, no sé por qué sería, por donde la frente y eso, que no sé si lo he dicho ya pero a veces pasa eso, que creo que he dicho cosas y resulta que no las digo, pero porque las voy a decir un día, a lo mejor dentro de cien años. Y me dijo que el calor no es para tanto, que nonché dafare un drama, o algo así, que en Italia hay más seguro, que aquí ya casi no hay, aunque por fuera es un horno, me dijo, lo malo es el bochorno, dijo, y cuando me iba a explicar lo que es el bochorno la dije que ya sé perfectamente lo que es, que en Orate también tenemos, y ella erre que erre con el bochorno, que no sé qué la daría pero no se lo quitaba de la boca, que igual era por tener el mar cerca, dijo, pero, claro, mar hay todo el año, digo yo, aunque a mí no me le enseñan, que el mar no le ponen y le quitan, y me dijo que en cuanto llovería, en cuanto caería una buena, dijo, pues se acababa el bochorno, como si no sabía yo cómo se acaba, que yo no tengo un pelo de tonta. Y me dijo que si quiero una calada, así, sin venir a cuento, como la gente que te dice dijendas, que te las dice sin pensar siempre, así, sin venir a cuento, que a ti qué te importarán. Y soplé el cigarrillo mucho y me puse a toser a lo loco, pero a toser y a toser, porque hace bastante que no fumo, por lo menos aquí. Y ella se reía mucho, pero no mal, como alegre por las dos, y la daba golpes a la almohada, así, con las dos manos, como para ponerla blanda, como hace madre en el pueblo, porque se pueden hacer varias cosas a la vez, si quieres, por

ejemplo fumar y dar golpes. Y luego me quitó el cigarrillo, la hermana, digo, que también se puede decir Tamata o sor María Tamata o como te apetecería, porque todo el mundo tiene nombre y los nombres son importantísimos. Y entonces sor Tamata…

Ya no sé lo que decía.

Ah, sí, que sor Tamata, que también puede decirse Tamata y es morena y es joven como si sería un cochinillo, me dijo que qué fea estaba y lo dijo venga a reírse y puede decirse cigarro y puede decirse pitillo, y no se ahogaba ni nada porque fumaba por la nariz. Y me dijo que se sentía muy bien de estar aquí conmigo, que me lo dijo como si hablaría con la reina, contigo, vamos, ella me dijo contigo, aunque con otras palabras, porque era como si estaría hablando de una cosa importantísima con alguien importantísimo que la hacía sentirse importantísima, como si fuera venido de Italia para ser importantísima, porque sor Tamata a veces, cuando se despista y eso, pues a lo mejor te habla en italiano porque me sale solo, dice, me sale da dentro, dice, así, da dentro, da dentro, y es verdad que la sale da dentro, porque la sale cuando se enfada, o cuando la da por acordarse de su padre, que es un obrero muy bueno, como el padre Alén, o cuando me sobra la colcha y va y la coge por abajo y me la dobla en tres, que me la pone por los pies y eso, o a lo mejor echada por encima, para practicar, dice, a saber qué, para cuando llegue el día, dice. Y me dice que está a punto de hacer fresco, que ya estamos ahí, me dice, como si el tiempo sería un sitio, que es un poco lo que es, me parece, y yo he estado. Y entonces, cuando pasa eso, a veces se pone a cantar, o a lo mejor cuando me vacía el orinal, como una artista que vino una vez a Orate y la artista resulta que era cupletista y, como salió todo bien, pues no pasó nada, porque al acabar se fue a dormir donde el alcalde, con su familia, digo, que, si no llegarían a estar todos allí, a

saber, que menudo la miraba el alcalde, y yo también, y se salvó el alcalde de milagro, porque el que la acompañaba, que era un gordo que iba con ella y que la llevaba a los sitios y a los pueblos, no fue a dormir donde el alcalde porque no cabía y cabía en la fonda, pobre, así que lo medio despeñaron, o lo tiraron al río, ya no me acuerdo, y a saber si se dormiría luego, a saber si se secó o se murió o qué, y qué bien cantaba la artista, te lo digo yo, que te dejaba turulata, que se sabía la Parrala y todo. Y qué bien canta sor Tamata, aunque la Parrala no la canta.

Y luego Tamata se fue y me hizo así con el ojo, que ya me lo ha hecho más veces, como si sería un chico, como si teníamos un secreto, y me dio un beso en la cara y entonces ya se fue del todo o casi, que a ver qué haces con las sábanas, me dijo, que tienen que aguantarte todo el día, pero es que ahora las sábanas se me ensucian muy pronto, a saber por qué, que ya no es como antes, y ni me limpió ni nada porque no se lo pedí y, si no dices nada, pues no te limpian. Y entonces grité muy fuerte y se fue diciendo que menuda loca, aunque loca ella, te lo digo yo, pero no para mal, con felicidad y eso. Y luego ya cerró la puerta.

Y luego me pasó una cosa pero por la noche ya. Una cosa muy distinto. Y yo creo que era por la noche porque no se oía nada, pero nada de nada, te lo digo yo, ni siquiera un poco, y porque no había luz, que estaba la luz apagada, pero de eso no me fío. Y entonces estaba muy dormida, que menuda soy cuando me pongo, que me da por roncar y todo, que me oigo hasta yo. Y me di cuenta de golpe que tenía que despertarme, así, pum, si no quería problemas, porque a veces pasa eso, que tienes que despertarte y entonces, ¡pum!, me desperté. Y primero no sabía que estaba atada ni nada, así que ¡pumba!, me dio por moverme y ¡pumba!, resulta que no podía, por mi bien, así que me estuve quieta. Y luego noté que iba a

venir alguien, porque hay cosas que se notan y porque, si no pasaría nada, pues para qué iba a despertarme, digo yo, así que me quedé como esperando porque sabía perfectamente que se iba a liar una buena.

Y noté lo primero que la luz se apagaba, pum, aunque ya estaba apagada, porque no era una cosa de la luz, era otra cosa, no sé cómo decirlo, y, si llega a estar la luz puesta, pumba, pues se apaga. Eso fue lo primero.

Y luego noté muy fuerte los pelos de los brazos, que nunca se me ponen duros menos cuando me da gusto, y mira cómo se me ponen ahora, como hacia arriba se me ponen, que dan ganas de peinarlos, y eso lo notaba ya normal, porque hay cosas normales y cosas que son sentimientos y, como no había luz, pues nada, no me les veía, pero era como si los pelos querían irse antes que yo, como cuando no me daban sopas y andaba por las paredes.

Y luego noté como un sonido en la cabeza, pero no de los que pinchan, que son más fáciles de oír, de los que suenan debajo, casi por dentro, que son más como tambores, no sé cómo decirlo, como un tambor que hay por dentro, no sé cómo explicarlo, que se te mueve todo y se mueve hasta la atención, no sé si se dice así, o como cuando llueve mucho en una habitación muy grande pero en una que no estás tú y, claro, pues lo oyes todo. Pero mal. Como lejos. O como cuando te metes en una cueva con un niño y, como no hay gente mirando, pues vas y la lías. Y pobre niño. O como cuando notas que se va a armar una buena, no sé cómo explicarlo, como si te lo diría alguien, como si te lo diría una voz que ya ha pasado, no sé cómo decirlo, que ya sé perfectamente que me estoy haciendo un lío y es un ruido que, como está claro que está, pues ya no hace falta que sonaría y ya sé perfectamente que no me estoy explicando pero es que no sé si llevo ya tres cosas o cuatro dichas y

ya sé perfectamente que no me estoy explicando. A lo mejor son cuatro cosas.

Y luego lo siguiente, que es lo quinto, es que la puerta empezó a sonar y a lo mejor es lo cuarto, como si temblaría todo, como si alguien quería abrir la puerta, y llamaba mucho la atención, porque fuera no había monjas, que esas cosas me las sé, las sé de siempre, y no había pasos ni nada y, como no había luz, pues no podía ver quién era pero me daba cuenta muy bien que eran muchos, porque, si cerrabas los ojos y pensabas, se notaba muy bien que el pasillo estaba lleno de gente.

Y es que a veces pasa eso, que a veces te quedas dormida, te das un paseo por la casa, dormida y todo, y está todo vacío, la casa o lo que sea, pero resulta que hay gente, viviendo, digo, por la noche, digo, y entonces pasa que la gente hace cosas normales, cosas de ellos, como si sería su casa, y están a lo mejor cosiendo y es como si no estaban, no sé cómo decirlo, y a veces uno se da la vuelta y, pam, te mira derecho a los ojos porque sabe que estás. Pam. Y eso da bastante miedo, la verdad, porque eso es que te ve, y una vez nos quedemos los dos solos, el muerto y yo, mirándonos mucho rato, y se cansó él primero y resulta que era un niño, y eso me pasó, creo, cuando tenía siete años y el niño igual, y no estaba triste ni nada, el niño, digo, pero se le notaba mucho que era porque no podía.

Y como el pasillo entero se había puesto con gente y, claro, no estaba soñando porque todo era verdad, pues a saber quién eran los que querían abrir la puerta. Porque querían abrirla, querían abrirla, querían abrirla, y yo notaba que la silla, que ya sé que no se dice silla, se movía un poco, pero por culpa del suelo, que se movía también, y por la cama, porque les había dado a todos por el baile de san Vito, que a veces pasa, no sé si lo he dicho ya, que menos

mal que no me dejan tener vaso, por mi bien, y, como estaba atada y todo y los muertos iban a entrar ya y venía mucho peligro, pues nada, me fui rápido a un sueño y me planté, patapam, en el patio de la iglesia, pero en el grande, digo, en el de la iglesia grande, el de atrás, no en el de la capilla, el que tiene alrededor pasillos como en la plaza del pueblo. Y me planté en el patio, digo, que es el que tiene los helechos, qué ricos, y camelias y un pozo, que en el sueño sabía que había uno y, claro, como llovía, porque estaba cayendo una muy buena y se me mojaba todo y el camisón también, pues parecía que me habían tirado al río, como al gordo de la cupletista. Y la lluvia me mojaba y me mojaba y me mojaba entera, que estaba toda agualeada, que menuda me puse, como si la tela sería agua, allí, en mitad del patio, con columnas normales y eso, de las gordas. Y entonces empezaron a salir los niños, que igual tienen ventanas en los cuartos y a lo mejor pueden salir por eso, que habían salido por los gritos, porque me había dado por chillar como si me estarían matando, con el camisón pegado y todo, que se me puso del color de las piernas y se me juntaba con la tripa y los niños me miraban fijo y uno se marchó corriendo como si tenía prisa, y, como estaba sin camisón casi, pues por eso me miraban, te lo digo yo. Y entonces llegó la madre Adriana y me dijo que qué hace aquí, criatura, que cómo ha salido del cuarto, y me levantó y me abrazó y todo, pero era para que no me caería, y llamó a otra monja más joven y la mandó a un recado para traer las mantas, que menos mal, porque hacía frío, y no venían los curas ni nada, pero porque no querían, porque menudo ruido hacíamos, que parecíamos la lluvia nosotras.

Y luego me llevaron entre muchas porque yo no tenía fuerzas y entonces pude ver muy bien que eran cuatro pisos, uno, dos, tres, cuatro, que me subieron por las escaleras y podía contarlos muy bien, que una cosa es soñar y otra ver, aunque se parecen. Y en el

pasillo de arriba pues ya no había nadie, patapum, y estaba vacío y, claro, la luz ya había venido y la madre Adriana la dio dos vueltas a la llave, clac, clac, para poder entrar, y venga a mirar la puerta, venga a mirar la puerta, por delante y por detrás, que cómo lo ha hecho, criatura, que cómo ha salido, porque me había escapado por los sueños, y entonces me pusieron ya en la cama, que estaba como nueva, menos mal, como si acabaría de venir Tamata, y me quitaron el vestido, que era como si no había. Y ahí es justo cuando las monjas me vieron las llagas, que ahora se llaman llagas, llagas, llagas, las decían, por lo de la sangre seca sería, porque igual se dice llagas cuando hay sangre y heridas cuando no, o cuando hay poca, y a lo mejor me miraban también porque parecían agujeros, que estaban como rabiosas, decía doña Maite, que acababa de llegar, rabiosas las tienes, me dijo, que no sé por qué la digo doña Maite si es sor Maite, porque es monja, y las llagas caían donde las manchas y llegaban hasta más dentro, como a cuchara, con la sangre bien brillante, que hasta la salían hilos. Y luego me pusieron el vestido, pero otro, que ya sé que no es vestido, que se dice camisón, que he dicho camisón muchas veces, pero, si te fijas bien, es un vestido. Y me ataron bien atada, por mi bien. Y entonces se pusieron a hablar como cotorras y yo lo oía muy bien, y una decía que hay que atarla más y otra que para qué si se va a escapar y otra que ya verás el padre Alén cuando se entere y otra que no tiene por qué enterarse. Y luego llegó Tamata, que también se puede decir sor María Tamata, que llegó corriendo, y enseguida pidió que me atarían, por Dios, dijo, que si estáis locas o qué, que no hay que tener dudas, porque se conoce que en Italia te atan a la primera y te dan tortas, y a la madre Adriana la convenció muy bien, menos con lo de pegarme, que qué pena, así que me ataron deprisa con las correas normales y también con la sábana, que no sé si lo he dicho ya pero eran

sábanas nuevas, y no paraban de hacer nudos y de hacer nudos y de apretar fuerte. Y todo, si te fijas bien, para que estaría bien yo.

XXVII

—Ya viene el Hombre Guapo.
—¿Estás segura, niña?
—Sí, padre.

QUINTA PARS

COSTADO

XXVIII

El 21 de septiembre se extinguió la luz blanca que, tal y como había anunciado sor Adriana, no mató nada.

En Gabaón nadie decía otoño, sólo a veces el padre Alén, que al fin y al cabo era de Valceña (en el sur las cosas son distintas), los demás lo llamaban el tardío. El tardío no avisa con cometas; si el cielo es de la primavera, en el otoño sólo importa el suelo; apagado el destello que sólo Alén vio, el tardío arrancaba desde el abismo. Los cimientos del Colegio de la Estricta Observancia de Gabaón vibraron con el primer escalofrío del curso y el segundo del año. También el penúltimo.

Bajo la superficie detenida, escribía el padre Alén acorralado por la luz del flexo, el universo real se agita en un baile incestuoso de descomposición y renacimiento.

En la radio multibanda sonaba Bruckner. Después, Sibelius. Luego, Brahms. Todos bajito y mal, en inaudible resaca eléctrica (al padre Alén le gustaba que sonara cualquier cosa).

Lo que escribía Alén no era diario ni bitácora, ni usaba libros o agendas especiales para hacerlo: una libreta cualquiera, un cuaderno azul de tapas de cartón, normal, con espiral de acero y papel cuadriculado; un Enri Serie Clásica de siempre, de los que usan los niños, también en el colegio, tan comunes y vulgares —al contrario que su estilográfica romana— como los que arrojaba al fuego tras cada decepción anual.

Los nudos de los árboles centenarios, continuó, hinchados de

humedad, estrangulan los cimientos. Las raíces descubiertas, los frutos caídos, se unen al rito de la corrupción, incapaces de evitar que los rizomas les arrebaten los mejores nutrientes.

El padre Alén creyó oír un ruido a la espalda. Se giró como en un mal sueño. Sacudió la cabeza.

Las hormigas arrastran los despojos a sus nidos inmundos. Las madrigueras que los roedores abandonaron se ahogan de condensación y culpa y sirven de cuartel a una hueste de organismos carroñeros. Los charcos de agua turbia reflejan el cielo en las depresiones, a punto de abatirse sobre el mundo. Las larvas de los mosquitos se excitan y revuelven y regodean y enmarañan en los espejos.

Alén era incapaz de parar. La aprensión, náusea ya, le avivaba la pluma y le dejaba el papel perdido de adjetivos.

El agua empapa cada rincón en busca de minerales, comida de monstruos sin ojos que atraviesa el suelo capa a capa. Formas de vida aberrante prosperan en las pozas y propician el desmoronamiento de la luz. Un ecosistema entero bulle de diligencia. Lombrices, ciempiés, escarabajos, escarban túneles interminables que se desploman al poco liberando su naturaleza pútrida, alimento de nuevas generaciones.

El padre Alén hizo una pausa y el colegio cayó sobre sus hombros. Rechazaba pensar, quería escribir sólo; sacudirse toda noción de encima.

El humus condensa y proclama la inanidad de lo fugaz, de cuanto renuncia al cambio. La cólera. Alén apretó los ojos. La inconsecuencia.

La pluma le temblaba en la mano. Aplacó el deseo de arrojarla contra la pared.

Allí donde la luz no llega.

Abrió el cajón y dejó en él la estilográfica, junto a las gafas de sol, inútiles después de todo. Despacio. Como si quisiera que algo comprendiera que era inofensivo. Tomó un bolígrafo corriente, casi gastado. Movió el dial del transistor hasta dar con una emisora alemana. Lo dejó así. Prefería no entender nada.

El patio regresa al bullicio y al golpeteo del agua contra los cristales. Los niños saltan eufóricos en las literas, ignorantes del abismo que los salva, del que un día serán causa. El olor a tierra húmeda ahoga el de las flores y se mezcla con el moho.

La furia del padre Alén no estaba lejos de la poesía, aunque fuera de segunda clase. Alén padecía el mal del escritor circunstancial, que se esfuerza en hacerlo bien en lugar de en hacerlo (el estilo raramente sobrevive a la autoconciencia).

Las paredes inventan continentes que acorralan al colegio como una enfermedad. Las losas del suelo, un día firmes, bailan bajo los pies de las nuevas vestales: el triunfo de los himenópteros. En los armarios entornados de las estancias sombrías las polillas rasgan sus capullos y baten las alas hacia el sol, que atraviesa letal las telarañas. Las arañas, guardianas ciegas, se alimentan del pavor de los insectos.

Alén volvió a girarse, aunque esta vez no había oído nada.

Las musarañas y ratas cruzan las cañerías. En lo más profundo de los sótanos, hongos inmundos embadurnan las paredes grises con su micelio, venas fosforescentes de un organismo colosal y cósmico.

Más barroco a cada frase, Alén cerró los ojos. Trataba de mantenerse cuerdo. Es tarde, pensó. Estoy cansado. Volvió a respirar. Sin juzgarse.

En los estrechos jardines, las hojas forman montañas que, vistas de lejos, parecen tumbas. Los muros rezuman sangre y riegan el

manto verde que mulle el escudo y sofoca las caras de las estatuas, procurándoles una segunda muerte.

Hacía mucho que el padre no escribía así. Había llegado el tardío.

El viento del norte, cargado de sal y advertencias, azota los confines de la playa y cubre de hojarasca la arena, fragmentos arrancados de los árboles, brazos y manos marchitas que arañan el aire en vano.

¿Debería romperlo todo, volver a empezar, hacerlo bien? La tinta iba perdiendo fuerza.

Restos de exoesqueletos, cortezas, piel yerta, se mezclan con las hojas y fundan un universo microscópico. Los colores del verano se evaporan. El marrón y el gris lo barren todo, el otoño ya no es transición, es metamorfosis obligada, tiempo de mudanza interior en que extinción y vida se confunden y los secretos que el blanco acuchilló se arrastran a la superficie para atormentar al mundo. Un falso final. Una condición del ánimo. La revelación de las verdades que los hábitos tapan.

El padre Alén se sentía incapaz de continuar. Sin embargo:

Bajo los pies de sus moradores, invisibles, secretos, el colegio se retuerce.

Las palabras eran un temblor de tinta casi gris sobre el papel gastado.

Se retuerce, volvió a escribir. Se retuerce. Se retuerce.

Después, con circunspección:

Solitude ha vuelto. Algo ha cambiado. Sus ojos son pozos sin fondo.

Detiene el arrastrar de la punta. Con un giro de rueda, apaga la radio. Clic.

Inspira profundamente.

Desliza los dedos sobre el papel, que tantas veces encontrara reconfortante.

El fragor de las hojas secas, escribe con el último hilo de tinta.

Y luego la noche.

Y luego nada.

XXIX

La gente, si lo piensas bien, es como las piedras de los bolsillos: a veces no valen para nada, sobre todo si quieres correr, que menuda tontería, pero a veces le tiras una a alguien y entonces, patapum, ya has ganado. Y yo creo que para eso hay gente, para que por lo menos haiga una para cuando hace falta, que la gente sirve para muchas cosas, te lo digo yo, alrededor y fuera y donde sea, y en el colegio y en todo, y en Orate, y, como estoy llena de voces, que ya no tengo vacíos hasta que un día, pumba, llegue el gordo, catapum, que así lo ha dicho el padre Alén, el vacío gordo ha dicho, qué risa, que seguro que luego no es tan gordo, y a lo mejor se le ha escapado porque, si te fijas bien, me lo ha dicho sin querer y ¿qué estaba diciendo?, ah, sí, que tengo como gente discutiendo, como si tendría gente en los bolsillos y en la tripa, y donde sea, y entonces estoy contenta y muy contenta y muy triste, aunque no sé si tengo gente o es sólo que hay muchas voces, porque es distinto, así que muchos días me callo y YA ESTÁ AQUÍ YA ESTÁ AQUÍ no es que estaría nerviosa, no es eso, que ya sé perfectamente que hay otra palabra para eso, es más como tener la cabeza para fuera, no sé cómo decirlo, como tenerla donde está pero también en otros sitios, no sé si para eso hay palabra, yo creo que no, yo creo que para eso tienen que ser muchas palabras a la fuerza, y claro, como se me nota todo, pues ahora me están encima todo el rato, ahora no me dejan sola, por si acaso, que es lo que acabo de decir, y estoy siempre en el cuarto aunque no me limpian, y las monjas que vienen me miran

quietísimas desde la silla, no sé si es quietísimas o quietecísimas, y ya sé que no es silla, que lo sé perfectamente, y me miran y me miran como si me pasaría algo pero también como normal. Todo junto. Y sor Humilde también, que ahora viene más que antes, que no es la madre superiora aunque es vieja vieja vieja vieja y tiene la cara así. Y luego está María Tamata, que es amiguísima mía y se pone muy contenta y a veces es amiga de más gente y oye cosas. Y luego está la madre Adriana. Y luego está sor Maite, que también me cuida mucho, aunque ella dice vigilar y luego se toca el ojo con la sonrisa esa. Y luego está el padre Salcedo, que se inventa los refranes y los repite y los repite, que antes me gustaba más y ya no, dime tú por qué. Pues a saber. No me lo digas. Y luego está más gente, que creo que ya lo he dicho.

Y a veces me duelen las heridas y me duelen tanto tanto que a veces me echo hasta a reír, que me pasa desde chiquituja, que me duelen los huesos desde siempre, no sé si lo he dicho ya, o cuando le hago algo a alguien, que a veces me da por reírme, a saber por qué, venga a reír, venga a reír, como una loca me río, y a veces también estoy con pena y es cuando más me río y cuando más me sangran las heridas, que ahora son heridas llagas y ya no se me ponen secas.

Y a las monjas las gustan las heridas, te lo digo yo, aunque a veces sólo quieren saber si estoy atada, por mi bien, y se agachan por eso, seguro, y me las curan lo mismo, que menuda se queda luego la jofaina, no sé si es jofaina, yo creo que no, yo creo que es jarra pero me sale jofaina, a saber por qué, la próxima vez me fijo, porque los nombres son importantes, no sé si lo he dicho ya, y los de las cosas también, que todos tenemos nombre y las jofainas igual, y, si no llamas a las cosas como son pues es como si no existirían. Y un día me dijo sor Maite que qué llagas más lindas, dijo,

que qué llagas primorosas, como si serían todas buenas o por lo menos estarían bien puestas, que a veces la dan chaladuras. Y el padre Alén me dijo que son mapas de dolor, mapas de dolor, me dijo, vaya cosa, que menudo serio se puso y yo eso ya lo sabía, que a veces el padre Alén hace como si se inventa el mundo y por eso me río.

Y un día vino el médico, que no es ni cura ni es nada, y no estaba preocupado, que estaba como si fuera visto muchas cosas y ponía la cara así y me miraba las manos y las rodillas y me lo miraba todo y, como se puso cerca, pues el padre Alén no le quitaba ojo, que me fijé muy bien, y el médico ni oste ni moste, ni mu dijo, ni pío, sólo que sí con la cabeza, y les dije a los dos en alto, porque me atrevía con los dos, que por qué estaban callados, así, como si sería un secreto, y ellos ni mu, que si quieres arroz, Catalina, y entonces se dieron la mano como si serían futbolistas y, el médico, pues chimpún, pues a otra cosa, mariposa, como cuando parirías un cordero, no tú, vamos, quien sea, que también se puede decir borrego, y sale atravesado a veces y a veces sacas el cordero y a veces no, o le saca alguien que ha venido a casa de noche para sacarle y luego, zas, sale el cordero y el hombre le da la mano al dueño y ya está, sin limpiarse ni nada, que no sé si las mujeres pueden parir corderos, yo creo que sí, pero porque lo he soñado. Cosas más raras se han visto.

Y una vez, como estaba muy nerviosa, empecé a hablarle al padre Alén de las gallinas nuestras, no sé por qué, porque en Orate tenemos, que cualquiera se compra un borrego con las cosas como están, aunque en el pueblo hay dos, borregos, digo, y muchas veces entonces me acuerdo de las gallinas. Y le conté que un día, allí en la casa, en Orate, digo, había una gallina que no sé cómo sería pero las demás gallinas la tenían una manía tremenda y la hacían la vida

imposible, ¿por qué?, no se sabe, ¿por qué?, pues a saber, pero eso es una cosa que pasa, que a veces las gallinas la cogen manía a una gallina y a por la gallina todas. Y una vez la gallina, no me digas cómo, amaneció como enganchada al alambre, que estaba como temblando, como muerta de miedo estaba, y fui y la solté y ya está. Para ver qué hacía. Y al día siguiente, patapam, pues ya estaba colgada otra vez, con las patas rotas y todo, que qué listas las gallinas, como de la pared o así, vamos, de la pared no, del alambre, y llamaba mucho la atención así colgada y no me esperaba yo que eran tan listas las gallinas, que cómo lo habrán hecho, pensé, qué listas las gallinas estas. Y eso es lo que le conté al padre para que se reiría o algo, y el padre Alén ni mu, no sé si lo he dicho ya, sólo callar y oír, y luego me preguntó que qué me parecía a mí la historia, que si sacas algo en claro, niña, como si las historias significarían cosas, y entonces me acordé del gallo, que era un chulo, aunque era un gallo normal porque son un poco chulos todos, si te fijas, para que no se les revolverían las gallinas, y, como no quería meterme en cosas suyas, que para eso soy muy mirada, ni en cosas de gallos ni nada, que a saber quién tiene razón, pues le dije que muy hartas tenían que estar las gallinas para hacerla esas cosas a la gallina, que ni se imaginaba, le dije, lo bien colgada que estaba. Y me preguntó otra vez que qué pensaba de todo, como para saber con quién iba, y me volvió a pedir, porque se acordó de golpe, que le llamaría padre, que llevaba un rato sin decirlo, y yo, por más que pensaba, por más que pensaba, por más que pensaba, que hasta me dolía la cabeza y todo de pensarlo, pues no me salía nada. Y lo que de verdad pensé, que eso sí que me acordaba, es que esa noche cenemos gallina, con sopa de primero y todo, más rica que las de sor Maite, que ya sé que son distinto, que yo tonta no soy, pero me las bebo igual.

Y entonces le dije al padre Alén que si había llegado Solitude, al

colegio, digo, que si ha llegado ya, le dije, y me dijo que le llamaría padre, porque volvía a acordarse ya siempre, y ¿está ya en el colegio?, le dije muy seguido, para que no se olvidaría, ¿está ya en el colegio?, ¿está ya en el colegio?, ¿está ya en el colegio?, y el padre me preguntó que cómo sabía que venía y, claro, pues me extrañó, porque el padre sabe que sé cosas, así que le miré y ya está, contentos todos, que para qué voy a decirle nada si aquí no es tonto nadie, y qué guapo el padre Solitude, le dije, y al padre Alén le dio igual, pero se lo dije lo mismo porque me apetecía. Que qué ganas de verle, le dije.

Y un día la madre Adriana, porque el padre Alén se fue muy pronto y ahora los días pasan rápido y lo sé perfectamente porque a veces cierro los ojos y yo también paso rápido, un día me dijo que si oía el mar ya y yo le dije que sí, que había vuelto bastante, y que también el lago, que a veces le oigo también, y la madre puso cara de asustada, o como si estaría asustada, vamos, como si no quería que la diría…, o como si no quería que…, no sé cómo se dice, hay frases que, si no son de cosas que pasan ahora, son muy difícil de decir…, como si la da la preocupación o algo que la diría lo que la decía, o que me pasaría eso, como si se preocuparía por culpa de tanta agua o algo. Es muy difícil. Y entonces noté de repente que me quería un poco. Y entonces la dije que me soltaría ya si quería, a saber por qué se lo dije, porque estaba perfecta. Y entonces me puse a llorar, pero a llorar sin decir, como si me dolerían las correas, como para engañarla, porque en verdad no me dolía, me dolían más las llagas, no sé si lo… ¡Ah!, y un día me salieron heridas llagas en las manos por donde la parte de lo blando, por los dos lados, vamos, y menuda se montó, que me las vio sor Humilde, que tiene la cara colgando, aunque ella no dijo llagas porque ella no dice nada, y salió al pasillo pitando, pero que pitando salió, menuda escandalera, que

hablar no hablará la vieja, pero bien que corre. Y entonces llegó el padre Alén sin hacer ruido ni nada, que a él sí que no se le oye nunca, con el padre Salcedo bien pegado, y a Salcedo sí que se le oye porque va dándose con la sotana, paf, paf, y el padre Alén fue derecho a la pared y puso recto el crucifijo. Y, cuando me vio los brazos, pues se calló el mundo de golpe, no sé cómo decirlo, patapum. Se calló todo. Porque el padre Alén hace eso si quiere. Y le dio a Salcedo el maletín, que venía con el maletín, no sé si lo he dicho ya, que a veces viene con él y a veces viene sin él, y me dijo que con quién soñaba, así de golpe, y el padre Salcedo, que estaba justo detrás, no sé si lo he dicho ya, lo apuntó en un cuaderno todo y se puso el maletín en el sobaco para escribir mejor y le costaba bastante. Y entonces le dije al padre Alén que soñar soñaba con mucha gente pero que ya se lo había dicho, y el padre Alén me miraba pero se le notaba mucho que Salcedo estaba ahí, porque no decía según qué, y me preguntó otra vez con quién sueñas, niña, porque si al padre Alén se le mete algo en la cabeza no suelta ni a la de tres, y, como no sabía qué más hablarle, pues le conté lo de la monja antigua que venía a verme a veces, que no sé si es monja o es la Virgen, la grande grande, la que nunca dice nada. Y me dijo que si venía alguien más, como si sabía que había más gente seguro, que qué listo el padre, y le dije que estaban los curas de siempre, los que no eran del colegio, y que me seguían mirando, unos días mucho y otros menos, y le dije que había un cura viejo que tenía ojos de perro y que tenía la cara así, como de haber tenido muchos dueños, pero no la que ponen las personas justo antes de que las claves algo, la de luego, la de cuando se llevan la sorpresa. Y me preguntó también que si no me molestaba que me mirarían tanto y yo le dije que a mí plim, que me mirarían si querían. Y entonces le pregunté que si iban a venir muy pronto y que por

dónde se iban ya, y que por dónde iban a entrar si aquí no hay ventana ni nada. Y que si cabían todos. Y el padre me dijo que no, que iba a intentar que no vendrían, y, cuando le pregunté por qué, me dijo que no hablaría tanto y que le llamaría padre, así que le pregunté lo mismo como cien veces seguidas, una vez y otra y otra y otra y otra y otra y otra y otra y otra, como para volverle loco, como para ponerle de los nervios, aunque el padre Alén no se pone de los nervios nunca porque le da igual todo.

Y entonces se puso a hablar él aunque no se le entendía ni jota, porque al padre Alén a veces no se le entiende ni jota, y me dijo que no me preocuparía, que los tiene a todos vigilados, y yo le dije que vale, pero que se les notaba igual, como si les llevaría en el bolsillo, y él me dijo que para eso era Solitude, para que se estarían quietos, para que no se acercarían, como si no le importaría ya que sé que está en el colegio. Y le pregunté otra vez que para qué es Solitude, pero por volverle turulato sólo, que a veces me gusta pincharlo, y él nada, a lo suyo, que si Solitude ha venido para que no vendrían ellos, y vuelta la mula al trigo, así un buen rato los dos, como si seríamos tontos. Hasta que nos cansemos. Y entonces le dije que por mí que vendrían, que, cuantos más, mejor. Y él me dijo que vale, que lo que yo diga. Pero que, si vienen, me matan.

XXX

El padre Solitude aguardaba en la silla parapetado detrás de su rostro escultórico mientras Alén lo circundaba en asedio paciente. Solitude mantenía las piernas ligeramente separadas. Aunque fumaba con parsimonia, la severidad de sus ojeras delataba más profundas tormentas. El animal que formaban silla y Solitude lucía incongruente en el centro del vestíbulo, enorme y poco dado a confidencias. Frente a él descansaba huérfana la silla de Alén.

El padre Solitude se incorporó un centímetro, tal vez dos; arrojó la colilla al suelo y se encendió otro pitillo. El respaldo alto y cruzado de varillas lo sostuvo de nuevo.

—Alén —se atrevió a susurrar.

El padre Alén se detuvo. Cada sonido, hasta el más tenue, reverberaba en los techos, altos como árboles, y en las paredes cóncavas.

—Espera —gruñó Alén.

Alén era tiempo detenido.

—Está bien —concedió enseguida—. ¿Qué quieres?

—Dame pan.

—¿De Adriana?

—Sí.

—Ya no hace pan.

—¿Ya no? ¿Por qué?

—¿Qué me has traído esta vez, Solitude? —inquirió Alén impaciente.

—Un telescopio.

—¿Por qué un telescopio? No lo quiero. Llévatelo.

—Tú me lo pediste.

—Me equivoqué.

El padre Solitude estudiaba a Alén mientras daba otra calada. No dejó que el crepitar de hebras lo distrajera.

—¿Qué más te da, Alén? —preguntó—. ¿Qué más te da equivocarte?

—He estado pensando. Nadie necesita un telescopio.

—Por qué.

—Porque no hay que descubrir planetas. No es bueno. No hay que descubrir nada.

—Por qué.

—Cuando descubres algo, te unes a ese algo para siempre; cuando observas una galaxia, tiendes con ella un puente. Pasa lo mismo con las estrellas, con los cometas. Con todo. Lo sé por la niña.

—Hay muchas niñas. —La escucha del viajero era templada.

—La niña es un planeta, Solitude. Cuando la miras, abres un paso. Envías cosas, te traes cosas, y nunca sabes quién hay al otro lado. Es mejor un microscopio: todo cuanto importa es pequeño y pasa cerca. Cada cambio.

—¿De qué estás hablando, Alén?

—Cada alteración, Solitude. Consígueme un microscopio. La hermana Maite sabrá usarlo.

—La hermana Maite es botánica.

—La hermana Maite es bruja.

El padre Solitude no replicó, no deseaba llevar ninguna clase de iniciativa. Alén arrugó la frente.

—Este tiempo del infierno…

—El tardío es así.

—Lo detesto. Todo se pudre y consume, todo crepita y restalla. No lo aguanto.

—Exageras.

—No puedo soportarlo. Es como andar sobre cristales.

—No te quedan tantos por vivir.

—Te detesto, Solitude, tómalo como un cumplido. También detesto este sitio. Ojalá pudiera echarlo abajo.

—Pronto te relevarán.

—¿Lo harás tú? —Al padre Alén le brillaban los ojos.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Esa no es una razón. Querría que fueras tú.

—No sé hacer lo que tú haces. Y, si supiera, no lo haría.

—Aprenderás.

—No quiero aprender nada.

—Un día tendrás que detenerte, Solitude. Te lo pedirán. Lo sabes.

—Si tú no dices nada, no.

—No hará falta. Te lo pedirán de todos modos.

—Les diré que no y ya está. No puedo hacer lo que haces tú.

—Pues haz otra cosa; hazlo a tu modo. O diles que no lo harás y hazlo igualmente. ¿Quieres que hable con ellos? Puedo hablar con ellos si quieres, puedo hacerlo ahora. Puedo rezar.

—No quiero.

—Puedo llamarles, escribirles.

—No lo hagas.

—Puedo ponerme debajo del campanario. Si saco las gafas de sol, puedo mirar hacia arriba. Puedo hablar con ellos.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Es inútil, Solitude. No tienes opción.

—Siempre hay opciones.

Su voz sonaba firme, pero se bebía el cigarrillo. De nada le valía ocultarse detrás de gestos suaves.

—¿Te incomoda hablar de esto?

—No.

El padre Solitude se reacomodó. La base de la silla replicaba la curvatura del cuerpo. Agotó el pitillo.

—Hay razones para que no sea yo.

—Qué razones.

—Razones. Algunas de esas razones son secretas—. Las patas crujieron bajo su peso al encajarse en las juntas—. Debemos hablar de lo que toca.

—Esto es lo que toca.

—Hablemos de lo que corresponde.

—Corresponde esto —insistió Alén—. Este año es diferente.

—Este año es cualquier año.

—La niña es distinta.

—La niña es la misma niña. Haz lo que haces siempre, Alén.

—Esta vez hay que vaciarla, vaciarla de verdad. Hay que limpiarla del todo.

—Hay que hacerlo como siempre.

—Entonces lo entiendes, ¿no? Lo entiendes, Solitude, lo entiendes.

—No le des tantas vueltas, ¿quieres? ¿Por qué hablas tanto? Es el tardío. Hay que acallar a esa criatura. —Alén no le aguantó la mirada—. Tenemos que hacer las paces de una vez por todas.

El padre Alén caía en su propio abismo. Intentaba resistirse. Como cada otoño.

—Una vez, Solitude, tras uno de tus viajes, volviste a Gabaón.

—Siempre vuelvo.

—Siempre. —Alén se perdió en el susurro del humo—. Una de tantas veces, hace mucho, me hablaste de la naturaleza de la realidad y el poder de la mente sobre la materia. ¿Lo recuerdas?

—No.

—Yo sí.

—Era joven.

—Nunca has sido joven. Sólo guapo.

El padre Alén llevó la mirada al exterior, al estrecho rectángulo que enmarcaba el patio. Una foto vacía.

Solitude dudó antes de hablar.

—Sabes que en el camino veo cosas.

—Para eso es.

—Para eso es. ¿Quieres? —le preguntó, ofreciéndole el paquete de tabaco. El padre Alén asintió. Solitude se lo lanzó y se quitó una fibra de la lengua—. Pues bien —volvió a empezar—. Una vez…

Le costaba encontrar el surco. Contempló la hebra una vez más, como si no le importara y como si nunca hubiera visto nada igual. La deshizo con las yemas.

Alén se había encendido el cigarrillo y le devolvía el paquete. Vacío. Solitude lo aceptó. Entrecerró los ojos.

—Una vez —continuó— conocí a alguien. A un hombre. Tendría, no sé, ¿treinta años? ¿Veinte? Tal vez no llegaba a los veinte, pero era un hombre hecho y derecho, aunque también era un muchacho. —Alén afiló los ojos—. Fue hace mucho. Tenía… la extraña capacidad de conocer los efectos, los efectos exactos, de cualquier decisión que tomara. Antes de tomarla, ¿entiendes? No sé si puedes concebir algo así, seguro que no. —Las palabras traicionaban su ansiedad más de lo que lo hacía el tono—. Podía valorar el coste de cualquier

acción. En el acto. Y determinar cuál de ellas le produciría al mundo el menor daño. Tal era su poder. Te parecerá una locura. —El padre Alén no se pronunciaba—. Tal vez cierta decisión tuviera como efecto un mal concreto; muchos, incluso; y aun así fuera la mejor posible. A veces sólo queda el mal menor. —Solitude se palpó la frente—. Cuando tal sucedía, nadie agradecía su elección; nadie la apreciaba ni podía hacerlo; nadie salvo él comprendía las consecuencias que cualquier otra habría tenido; nadie podía ver más allá del daño inmediato. Así somos. —Alén permanecía mudo—. Así somos, Alén, así eres tú, así soy yo. Prestamos atención a quien anuncia el fin del mundo, no a quien lo evita, ¿lo entiendes?

—No.

—Está bien. —Cambió de postura—: Una vez, no importa dónde…

—¿Dónde?

—No importa dónde.

—¿Cuándo?

—No importa cuándo. Ahora mismo, da igual. Es un dilema, Alén, un ejemplo. Imagina esto. —Alén lo miraba imperturbable—. Un ingeniero insiste en hacer una presa para evitar, qué sé yo, una posible inundación en un lugar donde se producen ¿cada doscientos años? Seis generaciones, ocho. Imagina. No ha pasada nada en mucho tiempo, por mucho que haya llovido, apenas hay memoria de la última vez. Pero la autoridad local lo rechaza. De momento, nadie tiene razón, ¿me sigues?

—No.

—Si se construye la presa y un día llueve mucho y no se inunda nada, el gasto parecerá superfluo porque, al fin y al cabo, nada habrá pasado. Como tantas veces. Pocos dirán que es por la presa. ¿Sigo?

—Por mí no.

—Si no se construye, sin embargo, y la inundación lo arrasa todo, entonces el ingeniero tendrá razón. Y todos se la darán. Pero será demasiado tarde. La lucidez es invisible, Alén. Por eso atendemos a quien presagia o niega, nunca a quien evita. Vemos lo que vemos, lo que queremos ver. Pero el hecho es que aquel hombre tomaba la mejor decisión posible. Siempre. Estoy diciendo lo mismo de muchas formas distintas.

—¿Esa persona existe? —preguntó Alén.

—Sí.

—¿La has visto tú?

—Con mis propios ojos.

—Unos ojos preciosos —confirmó Alén, oblicuo.

—Y eso no es todo, nada es tan simple. Había un precio. Consecuencias.

—¿Cuáles?

—Consecuencias, Alén. Leyes científicas. Causa y efecto.

—Gabaón no es Benarés, Solitude. Tú y yo no creemos en eso.

—Sí que creemos.

—Yo no.

—No he dicho dónde vi a aquel hombre. Tal vez todo sucediera aquí, en una calle del pueblo. O en la ensenada. Qué más da. Y claro que creemos, Alén. Atracción. Sincronía. Responsabilidad.

—Providencia.

—Reflejo…

El padre Solitude se sacudió la ceniza del pantalón.

—Ese hombre —continuó— no sólo conocía, sino que asumía las consecuencias exactas de cuanto lograba evitar. En su propia carne. Los efectos de cuanto decidiera, de cuanto determinara. Consecuencias que habían de serle cobradas pasados veintisiete

años.

—¿Por qué veintisiete?

—Qué sé yo.

—¿Por qué no treinta?

—El veintisiete es un buen número.

—¿Por qué no diez?

—La vida, Alén. No lo sé. Eran veintisiete.

—¿Le quedan, entonces, veintisiete años?

Solitude negó con la cabeza.

—Aquello fue hace mucho. Debe de faltarle poco.

—¿Es una parábola?

Solitude volvió a negar.

—Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Quién querría asumir algo así?

—Esa persona.

—¿Por qué?

—Nadie lo sabe. A veces no hay porqués. —Solitude intentó un ademán, pero se arrepintió en el acto—. Aunque, como supondrás, he estado dándole vueltas. Durante mucho tiempo no pude sacármelo de la cabeza. —Solitude apuró la colilla, que sujetaba apenas con las yemas—. No debes imaginar un santo —tiró el pitillo al suelo—, no cometas ese error, aquel hombre no lo era, nunca he visto nada igual. Y son años de tumbos. —Solitude comprobó y descartó el paquete—. Aquel hombre —desprecintó uno nuevo— no era egoísta ni generoso; no estaba comprometido con Dios ni era un mártir de ninguna especie. No era, Alén, nada en absoluto. Nadie puede aceptar un compromiso así sin un grado equivalente de inconsciencia, ¿no te parece? —Solitude pulsó el mechero, nacarado, rectangular, liso—. Aquel joven tomaba las mejores decisiones cada vez, aunque se procurara con ello la condena eterna, con la misma

ausencia de miedo con que un adolescente despechado se arrojaría heroico al fuego, por su irresponsable indiferencia a la vida. Muchos se han salvado así de un naufragio, rescatados por gente sin esperanza. Es la peor clase de inercia, Alén. La más ciega. Nadie puede soportar el peso de tanta consecuencia junta por mucho bien que haga.

El padre Alén no se entregaba a lo que oía, aunque tampoco lo rechazaba.

—Tienes razón —dijo—. Nadie aceptaría algo así.

—Aquel hombre lo hacía. Mejoró la vida de muchos.

—Nadie pagaría ese precio.

Solitude se encogió de hombros.

—Aquel hombre.

Alén redujo la mirada a un trazo, tal vez por el humo. Sus ojos eran metálicos.

—¿Eres tú ese hombre?

—¿Lo eres tú?

Alén succionó el pitillo. Alerta.

—Una persona así —continuó Solitude— puede asumir tal clase de daño por varias razones. Una, porque está vacía. Así de simple. Tan exhausta y cansada, apática y falta de alma, que simplemente no le importa. Esa gente está sola, Alén. A aquel joven, tal vez niño, nada le importaba de verdad. —La colilla describió un arco perfecto y se deshizo en pavesas contra el suelo. La belleza espléndida de Solitude se levantó de la silla—. La segunda es que es incapaz de concebir lo que de verdad va a pasarle. No puede imaginar qué significa someterse a tanto daño. Durante toda la eternidad. Por siempre. —Alén sintió un escalofrío—. Cree que lo sabe. Pero no lo sabe.

Tembloroso, Alén ahogó la colilla con los dedos y se la guardó en

el bolsillo. Se puso también en pie, frotándose mecánicamente las yemas.

Solitude alcanzaba la escalera.

Alén alzó la voz.

—¿Cuándo conociste a ese hombre?

Solitude se detuvo sin girarse.

—¿Acaso importa? —Miraba el suelo sin ver nada—. Intento olvidarlo, ya te lo he dicho. Y a ti te pasará lo mismo. —Subió el primer escalón y añadió—: Necesito echarme un rato.

Solitude ascendió bellísimo la escalera de mármol, perdiéndose en la sombra como un sueño.

El polvo del exterior recuperó el movimiento.

Los pájaros regresaron a su canto.

Las monjas, a sus llamadas.

Los niños, a sus gritos.

El padre Alén se agachó cuando se quedó solo. De rodillas y con ambas manos, recogió las colillas de Solitude, como si así expiara algún pecado.

A su espalda quedaban las dos sillas. Cada detalle de su fabricación, desde las barras al pulido de las patas, del barniz a las juntas de mortaja, invocaba un pasado en que utilidad y belleza eran aún sinónimos y cualquier armario o escabel, por modesta que fuera su factura, podía formar parte del patrimonio más noble.

XXXI

—¿Sabes qué es un prepucio?

—No.

—Permíteme, niña, que lo ponga en duda. ¿Sabes qué es el Santo Prepucio?

—No.

—¿Sabes cuántos hay?

—¿Cuántos?

—Cuántos, padre.

—¿Cuántos, padre?

—Por lo menos quince.

—¿Son muchos?

—Según, niña. La mitad son falsos.

XXXII

Hoy he hablado mucho con el padre Alén, pero porque el padre Alén ha querido; estaba muy parlanchín el padre Alén, pero no parlanchín como padre, que le daba a la lengua de lo lindo, por el jarro, estaba parlanchín, no sé, como asustado, me parece, o no asustado, a lo mejor no es eso, a lo mejor es como cuando notas que hay tantas cosas por dentro que no sabes dónde ponerlas y las pones todas juntas, pero en cualquier sitio. O como cuando te pasan caballos por encima. No sé cómo explicarlo.

Y entonces hablemos mucho yo y el padre Alén, pero del padre Solitude, porque al padre Alén le dio la gana, te lo digo yo, que es como si le molestaría cualquier cosa, y yo le notaba, no sé, como que no quería que Solitude sería más guapo que él, aunque la ropa le queda mejor al padre Alén, eso también te lo digo, que no sé si la llevaba puesta cuando hacía las casas, igual no, para no mancharla, que yo creía que la ropa es más bonita en los guapos y en los ricos pero al padre Alén le queda como si la llevaría puesta de siempre, como si sería suya de antes, de antes del mundo, digo, como si sólo puede llevarla él, o como si antes de nacer ya le fueran dicho que va a tener esa ropa siempre.

Y luego me dijo muchas cosas, porque a veces el padre Alén se explica y a veces no, y esta vez era que sí, y me explicó que faltaba ya muy poco, ya falta poco, me dijo, justo así, a saber para qué sería, y lo lamento mucho, dijo, porque le daba pena por mí, aunque yo notaba mucho que le daba más por él, y me dijo que yo era

cualquiera y que no era cualquiera a la vez, y que a veces, cuando habla con el padre Solitude, le cuenta lo que le he contado yo porque es importante, me dijo, y me lo decía muy serio, como si yo sería distinto, aunque yo distinto no soy, que por eso no me quejo ni nada cuando me duelen los huesos, que un día se me van a romper y ya verás tú la que se lía, que se me van a salir de golpe, te lo digo yo, que las llagas cada día sangran más y un día se me va a salir el mar por las heridas y patapum, y luego por la ventana, aunque no haiga ventana, patapum, ya lo verás, y se va a liar pero muy grande, muy grande se va a liar, te lo digo yo, que cada vez olemos más a mar todos.

Y a veces cuando le pregunto cosas va y cambia de conversación, o a lo mejor es que no entiende bien, porque eso pasa mucho, que a lo mejor sueltas algo y unos te entienden y otros no, o entienden lo que ellos quieren, como si no te oirían, o como si no estarías haciendo fuerza para que te entenderían, no sé si me estoy explicando, yo creo que no. Pero esas cosas pasan.

Y entonces le pregunté por las niñas, así de golpe, las niñas, dije, patapum, sin saber por qué ni por qué no, las niñas, las niñas, las niñas, como si sabía perfectamente lo que decía, y se llevó un susto morrocotudo y se me quedó mirando fijo como si me conocía de antes, o como si se daba cuenta de que, si preguntaba eso, pues por algo sería, como con don Anselmo, que, cuando le preguntas algo y a lo mejor es de otro curso, pues te lo explica igual, porque, si se lo has preguntado, pues por algo será. Don Anselmo hace eso.

Y el padre Alén me dijo que las niñas son un desastre, un desastre son, me dijo, no me sale ni una buena, dijo, más que harto estoy de las niñas, tú incluida, aunque yo le notaba que no estaba harto ni nada, y me dijo que las niñas son igual que los suflés, me dijo, suflés, suflés, suflés, que a saber lo que es eso, imagínate un

cuoco, me dijo, que está preparando un suflé, y yo le pregunté qué es un cuoco y él me dijo que igual que un cocinero pero en Roma, y yo le dije que por qué no decía cocinero entonces y él me miró como si sería tonta, pero a lo mejor el tonto es él, que a ver si el bacalao es oveja. Y ya no me atreví a preguntar qué era un suflé. Y me dijo que me imaginaría un cuoco que prepara un suflé cada año y que imagínate, niña, que cada vez que le hornea el suflé crece y crece y tiene una pinta perfecta, pero perfecta, dijo, perfectísima, me dijo, yo creo que para hacerme burlas, pero que dura muy poco, dijo, porque enseguida se pincha, y menuda faena, pensé, que a saber qué es un suflé, pero, si se desinfla, seguro que es un bizcocho. Y que me imaginaría, dijo, imagínate, me dijo, que un día al cuoco le queda el suflé de rechupete porque le queda hinchado para siempre, ¿te imaginas, niña? No sé si dijo de rechupete. Y yo me lo imaginaba, pero a mi manera, porque a saber lo que es un suflé, pero no quise decírselo, que yo tonta no soy. Y suponte, niña, dijo, que ese logro crucial, dijo, como si hablaría por la radio, se convierte en un misterio porque el cuoco no sabe qué hizo ese día de distinto, y a mí entonces me dio mucha pena el cuoco porque tiene que ser un desespero que las cosas te salen bien y no sabes por qué. Un desespero. Así que, si sucede eso, cada intento de suflé será como una flor marchita, que a veces al padre Alén le da por hablar fino, hasta que al final, me dijo, hay una que dura y dura y logra revelar, me dijo, su auténtica belleza. Así me lo contó, como lo estoy diciendo ahora, que yo tonta no soy, que me acuerdo de todo si quiero y, si no, de lo que me conviene. Y entonces le pregunté, porque ya no podía aguantarme las ganas, que qué es un suflé, y se puso hecho una furia y a echar espumarajos por la boca, porque a veces al padre Alén se le va a cabeza, te lo digo yo, y me dijo que a él no le había salido un suflé bien en la vida, pero en la vida, dijo,

que el hombre es un animal simbólico, niña, así, sin venir a cuento, y empezó a llamarme de todo, de cucaracha para arriba, como si le habían abierto un grifo, y empezó a explicarme, por ejemplo, que una niña se le había quedado tonta por no vigilarla bien, pero que era por culpa de sor Maite. Y que a otra se la habían caído las piernas, pero eso no lo entendí muy bien. Y que otra se le había vuelto turulata. Y que la guardaron el brazo a la más buena, pero después de muerta ya, para ver si se pudría o no. Y sí que se pudría.

Y luego me contó una historia de cuando era chico él, de cuando tenía ocho hermanos en Valceña, que es el pueblo del padre Alén, que está cerca de Ojácar, igual que el mío es Orate, que, si lo piensas, se parecen, Ojácar, Orate, y ahí la lio una abeja que fue y la picó a la más chica, que se llama Águeda, me dijo, y allí se quedó la hermana, bien quietecita, sentada junto a la fuente, Aguedita la llamó, con la cara bien hinchada, esperando a morirse, dijo, porque en aquella época no se hacía caso a la gente ni se iba al médico ni nada, y menos aún en los pueblos, y, si se moría la niña, pues ya está, se llevaban el disgusto todos pero había cosas que hacer y el campo es muy difícil. Y a veces el padre Alén iba donde Aguedita un rato, aunque era muy pequeño, para ver si se moría o no, y le pasaba el brazo por encima y ella, como notaba que se moría, pues le miraba como blanca, y él seguía a lo suyo, porque, como era la cosecha, pues no se podía parar ni nada. Y no sé qué pasó al final pero resulta que la niña se desinfló, igual que el bizcocho, y, mira tú por dónde, pues al final habían tenido razón todos y ya está, pues a otra cosa.

Y no sé por qué me contó eso, la verdad, ni por qué me acuerdo yo, porque no se le entendía casi, y empezó a repetir: el hombre es un animal simbólico, el hombre es un animal simbólico, como si estaría majara, que yo creo que es lo que estaba, y a mí qué, le dije

yo, como siguiendo un pronto, sólo que de verdad no se lo dije, porque yo tonta no soy. No me atreví. Y al final sí que me atreví y menudo sopapo me llevé. Para mí que merecido.

XXXIII

Hay lugares —hay días— que convierten las leyes de la física en simples sugerencias. Gabaón nació al margen del mundo y así moriría, tal vez dentro de mucho, tal vez hacía mucho ya.

En aquellos días malhadados, la gravedad cambiaba de dirección sin llegar a alterar las rutinas del lugar; en Gabaón nada lo conseguía del todo; había que limpiar un poco cuando las ollas vacías rebosaban sin explicación o cuando el flujo de las letrinas variaba el curso, o cuando los cantos rodados y las cáscaras del maíz, saltamontes en la distancia, se desparramaban desde el cielo como una lluvia fina. (Que al final no fueran insectos tranquilizaba a la mayoría, pero luego estaban las piedras, a las que el padre Alén —que sabía por Solitude que eran aportes— llamaba aportaciones, como si fueran ideas amables o contribuciones de la providencia).

De un suave plumazo, la realidad en Gabaón se hizo líquida.

Los pasillos parecían alargarse o se alargaban y ya está. Las habitaciones cambiaban de lugar, con las inevitables confusiones, algunas de orden moral, casi todas prácticas.

Los objetos se transformaban en otros al ser nombrados.

El silencio tenía forma y peso.

La harina del maíz recogido en la tormenta (en Gabaón nada se tira) se tomó por sagrada y como tal era tratada. Las monjas se embadurnaban con ella y espolvoreaban los muebles, que acababan cargados de símbolos.

El padre Alén perdía en esas fechas la noción del tiempo. Sus

pensamientos y recuerdos tejían una bruma de autocuestionamiento que aburría a todo el mundo, empezando por él mismo, que ya no se prestaba atención.

La hermana Adriana desarrolló una obsesión enfermiza por las llagas de la niña (con las niñas anteriores no había pasado) y dedicaba horas a contemplarlas. Cuando se recluía en la celda, las dibujaba una a una; para agotarse, decía, y por si escondían mensajes. Luego se abandonaba al letargo e imaginaba que empezaba a perder partes del cuerpo: primero, un dedo, que se esfumaba sin dolor; luego, la oreja izquierda (las monjas que la frecuentaban no notaban nada, para ellas era normal verla deshacerse, al menos en los sueños, y hasta Adriana lo habría aceptado de haber sucedido de verdad: es propio de la gente del norte tomar las cosas como vienen, poco hay que discutir de lo que simplemente es, parezca o no posible).

También el padre Salcedo se agitaba en su cama de célibe, o en el suelo de la capilla, donde, martirizado de insignificancia, buscaba consuelo. Los deseos reprimidos ya no lo espantaban. El frescor del mármol le recolocaba los órganos, a los que de buena gana habría renunciado para asegurarse una desaparición pronta. La idea de la muerte lo aliviaba.

La hermana Maite descubrió que las hierbas crecían con furia inexplicable. Cuando trataba de arrancarlas, volvían a crecer. Maite desconfiaba de sí; recordaba el año en que un hongo microscópico llamado *Illusio mycelium* escapó por error de uno de los frascos y, ¡plop!, cayó en el depósito del agua, liberando esporas que provocaron, según registró con gozo, alucinaciones fecundas (si bien ella misma evitaba los saltos en el espacio-tiempo, tal vez para conservar la cordura, tal vez para mejor disfrutarlos cuando se producían solos; con culpa, pero sin restricciones). Una mañana

descubrió una planta que crecía del revés y se hundía más y más en la tierra. Trató de perseguir las raíces, pero, pasados los diez metros, comenzó a sentir miedo.

¿Por qué bajaste?, le preguntó sor Adriana.

Porque sí.

¿Cómo bajaste?

No lo sé.

¿Por qué volviste?

Había alguien allí. En la oscuridad. Me miraba. Sentí miedo.

¿Cómo bajaste?

Saliéndome del cuerpo, tonta.

Los remedios de sor Maite eran ahora venenos útiles que revelaban verdades a través del sufrimiento.

Alén, Adriana y Salcedo descubrieron que sus sombras cobraban independencia. Muchos las vieron reunirse en la capilla, aunque nadie osaba interrumpirlas, tampoco sus dueños legítimos.

La atmósfera en Gabaón, raramente hostil, se volvió opresiva.

Las paredes sudaban limo.

El aire tornó denso y salado.

Los niños del colegio compartían pesadillas, fantasías de ahogamientos; soñaban con seres mucilaginosos que se revolvían en la negrura.

¿Criaturas marinas?, preguntaba Adriana, que nunca había sido tan curiosa.

No hay tales criaturas, zanjó Alén. No existen; se llaman peces.

Los niños desarrollaron habilidades raras: podían cambiar el lugar físico donde guardaban las ideas, o alterar la función de los sentidos, ver con los oídos, oír con la piel. Se volvieron indiferentes. Sus pasos eran bramidos; sus voces, un roce distante; pasaban por esencias puras que, varias semanas después, recobraban la

sensualidad y, con ella, el cuerpo (expuestos al influjo de la niña, comenzaron a actuar sin restricciones). Sus juegos eran rituales que horrorizaban a los adultos.

Todos en el colegio sentían la presencia de la niña; en la piel, en el ánimo, en el intento; también Solitude; una presión contumaz que erosionaba el pensamiento de cualquiera.

Es un agujero negro, decía de la niña Solitude, que permanecía inmune a las alteraciones del lugar, al menos en apariencia. Aunque sólo pensaba en marcharse.

Gabaón devino lugar soñado, o soñado en gran medida, con existencia en la suma de inconscientes, más que de almas. Un microcosmos aislado del mundo. Un barco varado en la niebla espesa.

Fueron semanas estériles de ocho días, con dos agujeros que se supiera: uno en el calendario y otro en la memoria. Nadie quiso recordarlas cuando todo acabó, cuando cada cual logró —también Alén y Adriana— recuperar sus vivencias, o la mayor parte de ellas, y hasta encontrar el modo de recoserlas.

La madre Adriana y el padre Alén contemplaban en pie el mar, quieto aquel día, desde una de las terrazas del colegio, vacía de cuanto no fueran restos de líquenes, lambrijas, hojas secas, tierra. Un banco opalino más propio de un jardín galés esperaba en balde que alguien lo ocupara. El sol se las arreglaba para atravesar la nube infinita, moteada aquí y allá de oscuridades, que tamizaba la luz y hacía que la pareja pareciera más joven. La brisa les mecía los hábitos.

—Esa criatura, Alén…

El padre Alén le rozó el brazo.

—Ari.

Ella se apartó sin brusquedad.

—Debes llamarme Adriana. —La monja dirigió la vista al cruceiro de la entrada, piedra y liquen. Luego añadió—: La niña me pregunta. No sé qué decirle.

—¿Podré bajar al lago, Ari? ¿Podré verlo algún día?

Adriana lo ignoró, como él parecía hacer con ella. Le contó que la niña quería saber si todo seguiría igual.

—¿Igual que qué?

—Igual que ahora.

—¿Qué le has dicho?

—¿Qué debo decirle?

Alén miraba el hombro de Adriana, pulcro, limpio. Tan cercano. Se imaginó apoyado en él.

—Seguirá siendo así —le dijo—. Si nada cambia.

—¿Va a cambiar algo?

—No.

La madre apretó los labios, resucitando surcos antiguos.

—Me pregunta desde cuándo es así.

—¿Qué le has dicho?

—No le he dicho nada.

—Ya nadie lo recuerda. —Volvió a extraviarse en el hombro de Adriana—. Un pecado engendra otro, que engendra otro, que engendra otro. ¿Me enseñarás el lago, Ari?

—¿Son mejores las niñas ahora?

—¿Te lo ha preguntado ella?

—No.

—No lo son. O lo son sólo para algunas cosas. Son distintas. Ella es distinta.

—¿Debo decirle eso?

—No.

—Me pregunta por qué a ella la atamos y a los niños no; por qué a ellos no los encerramos en cuartos ciegos.

—Al final siempre preguntan. —La madre no necesitó asentir—. ¿Qué le has dicho?

—Que sí lo hacemos.

—¿Se lo ha creído?

—No.

—Niña lista. ¿Qué le has dicho después?

—Nada.

—Ari.

—Le he dicho que con ellos no funciona.

—¿Se lo has dicho así?

—Claro que no, no le he dicho nada. Pero habría querido decírselo. También habría querido conocer la razón yo.

Adriana le preguntó a Alén por qué los niños no valían.

—La respuesta a eso se ha perdido. —Alén reflexionó un instante —. No tienen suficiente verdad dentro, o tienen menos verdad. Su luz es otra. Los niños conservan los valores, el aspecto moral de las cosas. No es poco.

—¿Le explico eso?

—No lo entendería.

—Tampoco lo entiendo yo.

—No le digas nada, entonces.

—Le diré la verdad.

El padre Alén le preguntó qué verdad era esa.

—Que a ellos no podemos cambiarlos por lo que necesita el mundo.

El padre Alén le dijo que él mismo no sabía qué necesitaba el mundo. La madre Adriana contestó:

—Simetría.

Alén la tomó de la mano. Ella volvió a liberarse. Alén miró el pretil.

—Nadie sabe nada, Ari, ni siquiera esa niña alunada. Y a nadie le importa. Llévame al lago.

—No.

—Quiero verlo. Querría. Me gustaría.

—No existe.

—La niña lo ha visto, Ari.

—Miente.

—¿Me lo dirías si existiera?

La madre lo pensó un segundo.

—Sí.

—No te creo.

—No importa.

Alén escarbaba en las palabras.

—Si te hago una pregunta, ¿serás sincera?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro. —Adriana se preparó para mentir.

—¿Por qué crees que hay hojas aquí, en la terraza, hojas mustias, hojas ajadas y secas, espantosas? ¿Cómo han llegado tan arriba?

—No lo sé. —Y no lo sabía—. La muerte trepa y lo alcanza todo. —Volvió a vacilar—. Tal vez lo sepas tú.

—Yo no sé nada, te lo he dicho. Tú eres quien lo alcanza todo.

Adriana le hizo saber que no alcanzaba nada. Y luego le recordó:

—Debes llamarme Adriana.

La monja se quitó las gafas, las alejó de sí, se las colocó de nuevo (los ojos recuperaron el tamaño). Luego le preguntó a Alén

por qué estaba tan enfadado.

—Siempre estoy enfadado.

—Nadie te hará caso así.

—Todos me hacen caso, Ari. Contamino con mi enfado el mundo, por eso me escuchan todos. Por eso me canso tanto.

—Tú no te cansas.

—Hoy sí.

—Sabes que no puedes cansarte.

—Y, sin embargo, me canso. —Miró los pies de ambos. Paralelos. Próximos. Quiso imaginarlos punta con punta—. Demasiado tiempo, Ari. Muchas veces sucede que… —Alén decidió callar. Contuvo el deseo de abrazarla—. Nada tiene ya sentido. Nos repetimos, Ari. Hacemos una y otra vez lo mismo. Ya no nos preguntamos nada.

Alén le explicó que la música era también así. Repetición con propósito. Adriana no lo entendía, pero buscó dentro de sí y descubrió que le gustaba. Se imaginó cantándole.

—¿Todo es así? —le preguntó.

—¿Repetición? Sí. Aunque no sólo. La insistencia le da a la melodía vida nueva; aclara el manantial, su flujo; lo ancla para que todo marche. Pero ha de ser más que contorno. Hay… —El padre Alén buscaba el término—. Cuando todo es ostinato, ya no hay música, es sólo trance. Pulso y desintegración, desintegración de la conciencia. —Sacudió la cabeza—. No sé qué digo.

—¿Qué es ostinato?

—Lo has mencionado tú.

—Claro que no.

—Da igual.

Adriana estuvo de acuerdo en que daba igual. Luego añadió:

—Nunca me has hablado de la música.

—Has sido tú.

Adriana lo ignoró de nuevo.

—Nunca lo haces.

—Hoy sí.

—Háblame de la música, Alén. Me gusta oírte. —Luego repitió—: Nunca lo haces.

—La música da igual, Ari, aunque sólo lo que no importa sirve. —Volvió a agachar la cabeza—. La música es para ignorantes o para científicos. No para ti, tu alma es distinta. Tu alma es de otra condición. Otra sustancia. —Alén no se atrevía a mirarla—. Pienso en cómo suena todo. Estos días.

—¿Por qué te importa la música?

—No lo sé. No sé por qué. —Alén parecía irritado—. Encuentro explicación en ella. A veces.

—Sigue.

Alén arrugó la frente.

—Puedo verte el cerebro, Adriana. Acabo de parar el viento, ¿no lo ves? Lo he parado yo. Veo todas las preguntas del mundo detrás de esas gafas tuyas. ¿Confías en mí, Adriana?

—Me gusta cuando me llamas Adriana. Te quiero más.

—¿Más que al mundo?

—Más que a mí.

—¿Más que a Dios?

—No puedo quererte más que a Dios.

—Yo sí puedo. ¿Confías en mí?

—Te confiaría la vida.

—¿Por qué?

—No sé por qué. Da igual por qué.

—Cuando me equivoco, ¿también?

Adriana sonrió.

—Sobre todo cuando te equivocas.

—Yo sólo quiero hacer suelos.

—Yo sólo quiero hacer pan.

—Te he fallado muchas veces.

—Y qué.

—Te he traicionado.

—Nunca.

—No deberías tener fe en mí. Deberías perdonarme menos. ¿Por qué sigues conmigo, Adriana?

—No entiendes a las mujeres. Entre la confianza y la muerte no hay nada. No puede haber nada. Una confía o se va. Y, hasta que se va, confía.

—No te merezco.

—No. Aunque ni siquiera me conoces.

—Te conozco más que a mí mismo.

—Eso no es mucho.

—Háblame de ti.

—No.

—Hazlo, Ari. Una vez más. Una sólo.

Adriana sonrió maternal. Le dijo:

—Vivo una lucha incesante entre el anhelo de ser y esta repulsión que me consume. Me cuesta evitar los actos de humillación. Hacerme daño. Aceptaría con gusto toda penitencia, toda degradación. Tengo el cuerpo falto y espantado.

En los ojos de ambos ardía un fuego hambriento.

—¿Por qué no lo haces? —le preguntó él—. ¿Por qué no te rindes, como yo?

—Porque tú no te rindes, Alén. —Se lo pensó un instante—. Y porque hay luz. Siempre hay luz.

XXXIV

Yo ya sé que no soy yo, ya sé que desaparezco. Me cuesta mucho pensar y, como me cuesta, pues no pienso y ya está, o pienso menos, o directamente no pienso, porque a veces puedo pensar y a veces no, y a veces, como no pienso y me lo notan, pues entonces se aprovechan para decirme cosas, todos a la vez, digo, como si sería fácil hablarme cuando estoy así, cuando ven que me vienen los vacíos AQUEL DAÑO SEÑORA o cuando notan que están cerca, porque a veces lo notan, no te creas, y, claro, si los curas que no están me miran fijo, es que están nerviosos, digo yo, los de los libros, digo LOS BRAMIDOS QUE REPARAN, que ponen más atención que nunca, como si se asomarían a una caja de mirar, que no es que me pongo nerviosa, que yo nerviosa no estoy, pero tampoco es que estoy tranquila. Y eso me ha extrañado un poco, la verdad, porque es como hacerse mayor, que lo noto en la cabeza, y lo que me pone más nerviosa todavía es que me hablan en lenguas, en francés mismo, que no sé si es francés francés porque yo de francés ni jota, aunque, si me lo enseñaba Solitude, seguro que me lo aprendía, y a veces me entra, no sé cómo decirlo, como miedo YA VIENE YA VIENE DIGO y a veces hasta tiemblo y todo y a veces es como tener un hierro dentro que me cruza la tripa SER MUJER ESTAR PRESENTE, una barra de rayas como las de los caramelos, de las que se roban en las obras cuando hacen, por ejemplo, el cuartel, el de Villafermosa, digo, de las de jugar al clavo, porque en mi pueblo las casas son como de piedra todas, y de teja, y de pizarra, pero el cuartel no,

aunque también hay gente rica que se hace las casas de verdad, como el cuartel y todo eso, con más habitaciones y eso, con retrete dentro y todo, aunque eso es en Villafermosa, no sé si lo he dicho ya, y, si vas allí cuando no hay nadie, pues coges la barra y ya está y ya puedes jugar al clavo, o a la calva, o a HUMANA Y CLEMENTE lo que quieras.

Me callo. Cállate. Me callo.

Ayer vino Tamata un rato, que ya sé perfectamente que se dice María Tamata, y empezó a contar intimidades, me parece que se dice, dijendas, cosas de la vida, dijo, cosas suyas, voy a contarte intimidades, me dijo, así, sin venir a cuento, porque eso es una cosa que pasa, que hay gente que te cuenta dijendas como si querías oírlas, que ya ves tú, aunque se la traería al fresco lo que tú querías, que lo único que quieren es hablar y punto, y sor Tamata lo mismo, y después resulta que te manchas tú y se quedan limpios ellos. Y luego Tamata, que ya sé perfectamente que es María Tamata, me habló de su novio un poco, que por lo visto aún le dura, aunque sea monja, y no se lo ha dicho a nadie y a lo mejor viene un día, como si sería un primo, y entonces, a lo mejor, ya no sé RATA lo que estaba diciendo porque a veces la voz NO CALLA NO CALLA NO SE CALLA me habla más alto y entonces CALLA voy y pierdo el hilo, y entonces es como si me encogería por dentro y entonces ya no soy mayor, o es como si me dormía o algo, o como si me costaría tener ideas, y no hay manera de oírme y entonces vuelvo a ser pequeña y cada vez me habla más alto la voz y me empuja y me empuja como si quería echarme o algo, que así me luce el pelo, como te lo cuento, que cada vez sangro más porque las dos personas juntas se ve que no cabemos. Y luego se puso nerviosa ES EN MÍ GOZO Y ES DEUDA, sor María Tamata, digo, y me dijo que tengo que parar de hablar con la voz esa, y yo creo que cualquier día se lo va a quedar todo la voz y

por eso las correas, me parece. Por mi bien. Y ya sé perfectamente que había empezado a contar una cosa, pero ahora no sé qué cosa era.

Calla.

Y luego Tamata me contó otra cosa que había hecho en Boloña con su novio, que creo que se dice Boloña, que es toda roja, Boloña, digo, con los dos a la vez, me dijo, que tenía dos novios, donde el muro del jardín y eso, que seguro que allí hay muchos, que antes fumaba más, me dijo, y por eso tiene la voz bonita, y ahí ya sí que lo dijo todo con las palabras que eran, hasta las que no se dicen, y se reía todo el rato, así parecido a una flauta, como si sería tonta, que Tamata es para echarla de comer aparte. Y luego vino la madre Adriana MI INJURIA MI BIEN MI AFRENTA y la dijo CALLA CALLA CALLA CALLA que ya se quedaba ella, que se fuera Tamata si quería, y menos mal, porque a mí me gusta más la madre Adriana por cómo me deja la cabeza, que cuando la madre llega se calla más la voz, que me cuida como si sería mayor y como si quería cuidarme de verdad, no porque se lo han dicho, y yo creo que es los años, que, como tiene muchos, pues tiene cosas de vieja, y también por lo de monja, porque algunas salen tranquilas, eso también te lo digo, pero, cuando se hacen viejas, salen amargadas o buenas, según, o mandonas también, pero para bien, no porque las gusta mandar, que eso son más los curas. Y yo creo que es normal que se volverían buenas, que amargadas no hay casi, será que el agua aquí es muy buena. Y cuando llegó la madre Adriana la dije que si podía ser monja yo, porque de repente me acordé que me gustaba mucho ser monja. Y la madre se sentó en la silla, que es más como un sillón y es más como una butaca, que es como se dice, butaca, que acabo de acordarme ahora, butaca, es sólo que no me salía, butaca, butaca, butaca, que parecía que iba a ponerse a coser y todo, y la

pregunté seguido que qué tenía que hacer para ser monja, butaca, butaca, que qué tenía que estudiar, que yo me lo leía todo si quería, y la madre me dijo que qué tonterías dice, criatura, porque ella me llama criatura, no sé si lo he dicho ya. Y me dijo que ser monja es muy fácil y muy difícil, las dos cosas a la vez, porque en este colegio lo normal es que las cosas sean dos cosas. Y a lo primero me dijo que, aunque había monjas antes, y antes de antes también, pues por lo visto al principio no había tantas. Y entonces fui y la pregunté que desde cuándo había monjas, porque yo he visto de siempre, y me dijo que no se sabía seguro, pero que María Magdalena era de las primeras que sacaron, y yo me sabía a María Magdalena porque me acordaba de las misas, que tenía siete demonios y les mandó Jesús para afuera, aunque no me sonaba lo de monja, que a veces se me va el santo al cielo, y ahora más, por lo de la voz, que me pongo a pensar en animales que hay muertos en los barrancos, que a veces son sólo huesos pero a veces tienen carne y se la comen los pájaros. Y me habló también de san Basilio, que tenía muchas monjas él solo, y de más gente, y me dijo que hacía muchos años, yo creo que ni ella sabía cuántos, las monjas copiaban cosas en los cuadernos, aunque no se lo cree ni ella, que seguro que hacían cocido y les lavaban la ropa a los curas, como ahora, y me dijo que daban muchas clases, a las niñas, dijo, que me río yo de las clases, que las niñas de antes se lo sabían todo, te lo digo yo, como con la señorita Pili, que los niños son más tontos que las niñas, que ya sé perfectamente que se dice doña Pili. Y me dijo que las monjas valían para ayudar, porque las monjas primeras ayudaban a los pobres a lo loco, y será una costumbre que se les ha quedado, y se pusieron a vivir todas juntas porque las gustaba lo mismo y así se organizaban mejor. Y luego las monjas se hicieron misioneras, pero porque en África no hay y hay que traerlas, aunque ahora ya se puede ser

negra si quieres. Y luego me dijo que hay monjas por ejemplo de clausura, que son las que la calle ni la pisan, que se pasan el día haciendo galletas y están calladas calladas, igual que sor Humilde, y por eso las salen bien las galletas, y a veces son carmelitas y a veces clarisas, aunque las de aquí son jacobinas y eso también vale. Y luego me dijo que ya después venían las monjas activas, que a mí no se me olvidan las palabras, activas, activas, bueno, algunas sí que se me olvidan, y como no son de cerrado pues pueden salir a comprar y a trabajar en los hospitales, y pueden hacer rosarios para venderles luego. Y luego están las misioneras, que creo que lo he dicho ya, que son de muchos colores. Y luego me dijo nombres de monjas famosas y yo no conocía a ninguna, así que tan famosas no serían, menos santa Teresa, que esa sí que me la sé. Y luego la pregunté a la madre Adriana, que a veces es madre y a veces hermana, que dónde se estudia para monja y que si podía apuntarme yo, porque yo creo que ser monja es lo que mejor me va a venir y seguro que me soltaban las correas, y la madre Adriana me dijo que no, criatura, que eso es un lío, y que es dificilísimo, me dijo, como si no la fuera oído, y luego… ¡Ah!, y también me dijo santa Catalina de Siena, que me sonaba también, y otra del extranjero, y así hasta diez. Y luego me dijo que las monjas primero son aspirantes, me dijo, lo primero, criatura, es aspirar, dijo, aunque no es lo que parece, que es cuando aún no las han salido las tetas, que a veces tardan en salirlas, como a las cabras, y eso pasa antes de entrar en el convento o en el colegio o donde sea, y para eso tiene que llamarte Dios, me dijo, pero, claro, como aún no están seguras de quién te llama, pues te tienen un año o así haciéndote preguntas, a pillar, hasta que te aclararías, y luego te ponen una maestra para ti sola, aunque no sé si eso lo entendí, una de las mayores, me parece, o a lo mejor es una para muchas, y por lo visto tienes que

contemplar todo el día, que no sé qué habrá que contemplar, que ya sé perfectamente que no es mirar las cosas, que yo tonta no soy. Y la monja mayor que te ayuda sí que sabe contemplar y te dice si estás contemplando bien. Y, si tienes mucha vocación y rezas lo que es y no lo que quieres tú, pues pasas, y, si no, pues no pasas, sólo si sube la llama, por lo visto; si no se sube, pues nada. Y me dijo que, si te subía, te pasaban ya de curso y entrabas en tercero, o como se diga, con chicas que son como tú o a lo mejor más altas, a ver cuál reza mejor, y, la que mejor reza, pues nada, a cuarto, que creo que no es cuarto cuarto, porque dijo novicioso, que esa palabra sí la sé, que me la sé de antes, y el novicioso es importante porque ahí se pone seria la cosa, por eso hay que tener novicias en los colegios, para el novicioso, todo el día dándole a la lengua, todo el día dándole a la lengua, que parece que estarían en el bar de Villafermosa todas, que a veces me vuelven loca, dijo la madre Adriana, que a veces, criatura, me dijo, es para mandarlas al mercado a todas, pero para venderlas. Y entonces pasan dos años y tienes que aprovecharte, porque son los que la dan la calidad a la monja, y hay que aguantar cinco años sin aburrirte ni nada, y estudiar y estudiar y estudiar y seguir estudiando y seguir estudiando y rezar y rezar y rezar y seguir rezando y seguir rezando, y entonces la pregunté que para qué te tenían tanto tiempo, que a mí me parecían muchos años para lo de ser monja, aunque seguía con ganas de hacerme. Es lo que hay, me dijo, es así y punto, y, si le gusta, bien, y, si no, también; si no, pues no se meta a monja. Aunque también me explicó que te podías quitar si querías, para casarte con un cura o lo que sea, aunque eso ya pasa menos. Y entonces me dijo cosas de la oración, aunque me costaba oírlas bien porque la voz Y HÁGATE PURA Y MORTAL QUIEN HACERTE ETERNA QUISO hablaba tan alto tan alto A TUS INVICTAS ENTRAÑAS que no sé bien lo

que decía, y de la evangelización me habló también un poco APRETADAS LAS ALMAS BALBUCIENTES LAS LENGUAS, evangelización, evangelización, que eso sí que me lo sé, que es lo de llevarles libros a los salvajes ESTE AMOROSO TORMENTO, y luego va la profesión solemne PUTA, que también me la aprendí QUE MI CORAZÓN ELEVA, profesión solemne, dijo, como si sería un trabajo CALLA PUTA RATA AHORA. Y eso, me parece, será porque te haces monja para siempre NO SERÁN DESVENTURADAS, pero, cuando iba a preguntarla más, me dejó clarísimo que usted no puede ser monja, criatura, deje de darle vueltas ya, y yo, claro, se las daba, pero porque la voz me ahogaba y me quitaba la razón, y es una pena, porque la madre Adriana se ponía triste YO NO y me ponía triste a mí Y A MÍ y la hacía muy feliz, me dijo, que me apetecía ser monja TÚ QUÉ VAS A SER MONJA, como si sería una idea muy buena que ojalá fuera tenido antes SÍ CLARO, que una no se hace monja a lo loco, me dijo, de buenas a primeras, dijo, que hay que sentir la voz CÁLLATE YA CIERRA LA BOCA, que ya me lo había dicho antes, y yo le dije que la siento AQUEL PAÑO SEÑOR AQUEL LIENZO EMPAPADO, y ella me dijo que esa no es la voz buena SOY DIOS, y yo la pregunté por qué lo sabe LO SÉ, y me dijo que porque si sería la buena no iban a tenerme aquí atada, sangrando así, por las buenas SUPE VER VUESTRAS RAZONES, que Dios no permite eso SÍ, aunque a mí me gusta un poco NO, y en Orate el cura habla de santos que se mueren con flechas VIVIRÉIS LA INANIDAD DE LA EXPERIENCIA, o con aceite hirviendo QUÉ RICO, y don Anselmo lo mismo NO, y hasta Jesús sangra bastante, si lo piensas RATA, pero no quise decirlo, por si acaso DILO DILO DILO ¡CALLA!, y la madre se echó a llorar LLORA VIEJA PUTA PÚDRETE, aunque se notaba mucho que no quería que se le notaría ESCÓNDETE NIÑA ESFERA NIÑA PUTA NIÑA MALA, y no estaba el horno para bollos SÍ, pero me dolía la barriga fuerte NO y quería agarrármela muy junto PÉGATE FUERTE RATA DALE

para que no me dolería PÚDRETE y, claro CLARO, como con las correas no podía CLARO CLARO, pues se me retorcía el cuerpo RATA como si se me saldría Dios ¡MÍRAME!, y me dijo que era una criatura muy especial NO ERES NADIE, muy especial muy especial RATA RATA RATA, me dijo NO. Y que iba a echarme ¡YO! muchísimo de menos TE MIENTE NIÑA ESFERA, y yo la noté enseguida A PURGARNOS SE ARROJA que estaba DESDE SU CLAUDICADA FUENTE despidiéndose de mí.

Y entonces entró el cura de golpe, ¡pum!, en la habitación, digo, y asustó a la voz de golpe, patapam. Y entonces yo no sabía cómo se llamaba el cura ni cómo me llamaba yo, y, si lo sabía, pues no me salía, con lo importante que es el nombre, porque es un cura que es amigo. Y el cura me miró con pena, más serio aún que la monja, y entonces la monja, que tampoco tiene nombre, aunque también es mi amiga, se fue del cuarto como si sobraba, aunque no sobraba ni nada, y el cura me hizo así con la mano, así, como pasándomela por la cara. Y me dolía la tripa, no sé si lo he dicho ya. Y era como si, no sé decirlo, hasta había viento y todo, que me daba en la cara y todo, y en el pelo, aunque aquí no hay ventanas ni nada, no sé si lo he dicho ya, y yo creo que era eso, que de la mano le salía viento.

Y entonces llegó el pulpo negro, ¡patapum!, con más brazos que antes. Y noté el vacío gordo que venía y que venía. Y vino.

Y entonces me desmayé. Aunque no sé si era eso. Pero pumba. Desmayada.

Y entonces me puse a decir, aunque el cura y yo sabemos que yo ya no era yo…

XXXV

—Hola, curita.

—¿Quién eres?

—¿Quién eres tú?

—No me hagas perder el tiempo.

—¿Quién crees que soy, curita?

—Dilo.

—No puedo decir mi nombre.

—No importa, puedo verte.

—Me has visto más veces.

—Ahora eres tú del todo.

—Muy bien, curita, muy bien.

—¿Por qué vienes? ¿Para qué?

—Para pedir misericordia.

—¿Para burlarte de mí?

—Para solicitar piedad. Para pedir perdón.

—Pienso algo. Sobre ti. Es una creencia.

—Para implorar compasión.

—No es una creencia, es una idea. ¿Quieres oírla?

—Para implorar clemencia.

—Eres un estorbo. Esa es la idea.

—Caridad, indulgencia, merced. Solidaridad, curita. Entre amigos. Entre viejos compañeros.

—Eres un lastre. Sin ciencia.

—La ciencia es sólo un lenguaje.

—No existes.

—¿No existo, curita? Yo he sido profetizado, ¿y tú? ¿De qué quieres hablar, curita?

—No te he llamado.

—Llevas meses haciéndolo; una vida entera. Ya estoy aquí. ¿Qué quieres?

—No quiero nada.

—Pídemelo, curita.

—Déjala en paz.

—Pide algo para ti.

—*Hoc mihi volo*.

—¿Vas a rezar, curita? ¿Vas a rezarme encima?

—Deja a la niña en paz.

—La niña no ha estado en paz nunca. No quiere.

—Búscate un lugar.

—La niña está estropeada. La niña salió mal.

—La niña no tiene la culpa.

—La niña es el fruto de sus actos, como todos.

—¿También tú?

—También, curita. La niña ha hecho mucho mal, ¿sabes? No es sólo culpa suya, claro, pero ¿sabes qué? Va a sufrir igual. No te enfades. Mírate esos dientes gastados, mira cómo los aprietas. Mírate las uñas perfectas, las marcas en la palma, la sangre. ¿Te sobra la butaca, curita, ya no cabes en el mundo? ¿El mundo ya no te contiene? ¿Quieres olerme, curita?

—*Relinque puellam in pace!*

—La niña va a pagar, curita; por ti y por todos; por ella misma. Con dolor y vivencia, curita, vivencia y dolor. Es la manera. ¿Ahora dudas? Sonrío, curita, mírame. No llores, ¿quieres? No soporto ver llorar a un hombre. Mírate, curita, te aflojas. El corazón vuelve a

latirte. ¿Desconfías, curita? ¿Recelas? No es sólo culpa suya, ¿cómo iba a serlo? Nació como nació, pobre niña sin cabeza. Pero esa no es la cosa, no lo es. La niña va a pagar por todos, para que podamos seguir con nuestras vidas. Qué injusto, ¿verdad? Hasta por esa madre ciega que tienes por mitad. Por cuanto sufra yo, si se te ocurre intentar algo. Algo te sucederá, curita, algo te pasará. A todos. Y nada de lo que nos pase será culpa de nadie. ¿Quieres que me ría ahora? ¿Quieres una risa especial?

—No.

—Mírate, curita. Las veo: son dudas nuevas. Te levantas. ¿Por qué te levantas, curita? Me miras. Tratas de decirme algo, te arrepientes, te sientas, te levantas otra vez. No estás en ti, curita. Te levantas de nuevo, dudas. Te levantas. ¿Quieres que rompa a reír, que llene la habitación de euforia, que ponga cara de susto, que me levante el vestido? ¿Te escupo, curita? ¿Quieres lamerme la nariz?

—¿Quién eres?

—Sonrío, mírame. No es una sonrisa normal. Es de las buenas.

—¿Quién eres?

—Soy el Hombre Guapo, curita. La voz de la razón. El pecado del mundo. La palabra justa. Soy el lado que falta, el suelo donde acaba el suelo, el primer adverbio, la santidad del otro. Soy los pájaros del aire, el cuchillo mellado, el marco sin nada dentro, la vasija de las flores muertas. Soy el centro de la contradicción. El susurro que completa el mandamiento, la neurona de Dios, soy el silencio entre dos latidos, el punto ciego, la matemática del gusto, la tentación. Soy la enfermedad, el albedrío, la herida que no se cierra, la bacteria, el foco, el caos, el núcleo, la molécula escondida, soy la provocación. Soy el primer intento, curita, el eco de lo que no se nombra, la bisagra que chirría, la gracia, el defecto, la estrella que no brilla, el desasosiego, la pupila oblicua, el cielo, el adjetivo que

sobra. Soy la geografía exacta, la esquina exacta, la razón exacta de la rebeldía, el préstamo, el abismo, el extravío, la mitad de todo, la célula del desacuerdo, el pavor, el vértigo, el poema que no rima, el sueño roto, el electrón inmóvil de la perplejidad. Soy el vestigio de lo inefable, la sintaxis del apocalipsis, el vacío, el germen de la obediencia, la vibración, el acorde, la melodía invertida, soy el paréntesis. Soy el hueso mal soldado, la coma que lo cambia todo, el cristal de la conciencia, el perfume barato del estante, la genética del orden, la frontera entre lo inefable y lo obsceno, el suspiro del aburrimiento, la espina de la revelación. Soy la lágrima del tonto, la columna, la radiación cegadora, el renglón torcido, la redención. Soy el primer error. Soy el silencio que precede al grito, el dolor, el desconcierto, el protozoo, el zoo mismo, el desafío, la respiración, el mundo, el arrebato, la especie descartada de la evolución. Soy, curita, el mapa equivocado, el cuarto punto suspensivo, el parpadeo, el umbral de la ingratitud, el final abrupto de la canción. Soy la finitud del minuto, la facción suicida, lo impronunciable, el espejo inclinado, el colofón del caos. Soy el placer de la obediencia, la arquitectura, el pasmo, la semilla de la atracción. Soy la fastidiosa hipérbole, soy la trayectoria del relámpago, el final feliz de la conciencia, el mundo, el acatamiento, la modulación, el daño, soy la cicatriz ancestral, soy, curita, el fantasma, el virus de la libertad. Soy la retracción del universo, el esperma, la duda, lo que nadie ha querido soñar nunca, el jadeo, la ingravidez, el asombro, soy la pierna débil, soy la cobardía, la verdad. Soy el escándalo, curita, el peregrino, la obertura, el silencio, el rastro del pensamiento, el soplo, el sueño del moribundo, la traición, la pérdida, la nada, la rabia, la metafísica de la secreción, la penúltima doblez del tiempo, el límite de todo, el prepucio, el gusano, el germen, el nombre recobrado del nonato, la hendidura, el teorema, la risa, soy la queja.

Soy la partitura original.

»¿Quieres que siga, curita? ¿Quieres que hablemos de embriones, de genética y mandangas, o prefieres la vieja religión, la buena, la que dura, la de toda la vida, curita? ¿La fiable?

—¿Quién eres?

—No soy nadie, curita; soy la suma de muchos, la tumba de todos.

—¿Dónde te escondes?

—En la poesía.

—No me gusta la poesía.

—A nadie le gusta la poesía.

—Me gusta la música.

—La música no significa nada.

—Tampoco la poesía significa nada.

—La poesía está llena de significado, curita, sólo que no hace falta conocerlo. La poesía es no tener que comprender. He estado pensando.

—¿Tú?

—He estado pensando.

—¿En qué?

—En ti.

—¿Por qué?

—Porque tengo tiempo. Me sobra el tiempo.

—A mí no.

—Ya lo sé, curita, ya lo sé. He estado pensando en ti y he estado pensando en todo. Empiezas a darte cuenta de que nada es para nada. Si no hay principio, no hay fin.

—Si no hay fin, no hay principio.

—¿Ves qué bien?

—No es un juego.

—Te haces el tonto. Muy bien.

—Me aburres.

—No te aburro, curita. ¡Te ciego!

—Nada de lo que dices importa.

—¿Por eso me miras así? ¿Por eso babeas cuando hablo? ¿Por eso piensas y piensas en qué deberías contestarme? Me gusta esa chaqueta, curita. ¿Qué te parece? Siempre me ha gustado esa chaqueta, tan recta y bien cortada, la camisa, el pantalón. Todo. Me gusta que seas así, atildado y bonito, tan hidalgo, tan pincel. ¿Así vives, curita, vanidoso y vulnerable? Mira, me río. ¿Lo ves? ¿Qué tal me río, curita? ¿Quieres que me ría más? Me estoy riendo por fin, mira. ¿Cómo? ¿Qué haces? ¿Te levantas otra vez, curita? Ah, no, te quedas quieto. ¿Andas? No andas. ¿Ahora andas? Ahora andas. Miras. Me miras, curita. Gritas. Sabes gritar muy bien. ¿Eres san Rafael Arcángel? ¿Te gustaría curarme?

—No.

—Yo también sé gritar, curita. ¡No! Qué bien, curita. ¡No! Debería probarlo más. Ahora no, tal vez mañana. Mañana. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Puedo ayudarte, curita? ¿Te gustaría ser obispo? Soy un sí en un mar de noes. ¿Quieres ser el papa? Hay tiempo. Aún tienes tiempo, curita. Los papas nunca son jóvenes. Deja que te cuente un sueño.

—No.

—Una vez soñé, curita. Una cosa. ¿Te la cuento?

—No.

—Soñé con una familia. Era una familia de esas. Nadie iba a misa, nadie rezaba, no eran temerosos de Dios. Un día la madre amaneció llena. Llena, curita. Gritaba, vomitaba sangre, aterrorizaba a los hijos, al esposo, a los vecinos. Decía, curita, barbaridades. Qué cosas decía, curita. Qué cosas.

—¿Es un cuento?

—Es un sueño. Ya te lo he dicho.

»En el sueño, curita, no había forma de vaciar a la mujer. No se dejaba. Llamaban al médico, a un sabio, a un brujo, a un curandero. Hasta a un cura llamaban, tan desesperados estaban. ¿Sigo?

—¿Eso pasó?

—Es un sueño. Sueño mucho, ahora mismo estoy soñando. Ahora mismo te sueño a ti.

»Llamaron a un cura y el cura sabía lo que hacía, el cura la limpiaba. Tenía una manera, una manera secreta, que era también la manera habitual. Le ponía las manos encima, la soplaba, le susurraba cosas.

—¿La curaba?

—El cura era un cura muy listo, ya te digo que era un sueño. La curaba, sí, curita. La tumbaba en la cama y le sacaba todo.

—¿Ya está, eso era?

—No, curita. Terminaré cuando termine. Acabo de empezar.

»Resulta que todos los jueves, nadie sabía por qué, se llenaba otra vez. La maldición permanecía, curita, como si fuera un contrato, uno de esos que se hacen con sangre, con cláusulas y números y firmas y letra pequeña. Así que todos los jueves la mujer amanecía… llena. Llena otra vez. Como si no hubiera pasado nada. Menudo sueño, ¿eh, curita?

—¿Y luego qué?

—Luego nada. Luego me desperté. ¿Qué te parece?

—¿Eso es todo?

—Ahora sí.

—Yo también sueño cosas.

—¿Sí?

—He soñado con esa mujer. Me parece que es la misma.

—Qué suerte, curita. Qué suerte.

—Era todo como dices. Justo como lo has contado. La mujer, la familia, la condena.

—Yo no he dicho condena.

—Todo era tal y como lo cuentas.

—¿Se llenaba también los jueves?

—Sí.

—¿Todos los jueves?

—Seguro que era el mismo sueño.

—¿No curaban a la mujer?

—No podían. La vaciaban, como dices, a conciencia. La limpiaban por dentro y por fuera. Le hacían los rituales, el romano y el otro, la oración del *maledictio* para la liberación, la letanía, los gestos. Llamaban a un conjurador.

—¿Hay de eso?

—Claro que hay.

—¿Y qué?

—Y nada. No funcionaba.

—Es el mismo sueño, sí.

—Pero en mi sueño pasaban más cosas. Cosas sorprendentes.

—Me mata la impaciencia, curita.

—En mi sueño, la familia, muerta de miedo, se ponía a rezar. Los hijos empezaban a ir a misa, el esposo empezaba a ir a misa, los vecinos empezaban a ir a misa. Por la madre, ¿entiendes?

—Sí. ¿Se curaba la mujer?

—No. Pero, por amor a ella, se curaban todos. Eso es lo que yo soñé.

—Muy bien, curita. Muy bien. Buena historia. ¿En qué estás pensado ahora?

—En una capilla.

—¿En la de aquí?

—Claro.

—Podrías estar pensando en otra, podrías estar pensando en Roma.

—Pienso en el Cristo de aquí.

—Muy bien hecho. Pobre curita terrenal, pobre curita adorador. ¿Por qué piensas en él, curita? No es un buen Cristo, ¿lo sabes? Dios es un gran ojo, este no vale. No es sereno ni majestuoso, no sabe andar, curita, ni hablar. Está muy sucio.

—No puede limpiarse. Tiene pelo.

—¿Y qué?

—Es pelo bueno, de alguien.

—Lo sé, curita, lo sé.

—Pelo de verdad. De niño o de beata.

—He dicho que ya lo sé.

—En la cabeza y en la barba.

—Es una ricura de Cristo. ¿A quién le importa, curita?

—A mí. Porque conozco un secreto que muy pocos conocen.

—Cuéntame, curita. Ardo en ascuas.

—El pelo sigue creciéndole. A diario. ¿A qué no sabías eso?

—Mira cómo te miro, curita.

—Lo saben muy pocos. Pero es así.

—Estoy prestándote atención.

—Cada poco hay que arreglárselo, se lo cortan sin parar. Para que no se note. Si no, le llegaría al suelo. Se lo corta la hermana Aura, que es la que mejor corta. ¿Sabes por qué?

—Son los requisitos del aire.

—Exacto. ¿Me crees, entonces?

—Voy a pensarlo un poco. A ver… Mírame, estoy pensando. Casi en silencio, ¿lo ves? Te estoy contando mi silencio para no callarme

nada, pero tú imagíname callado. Quieto aquí. Estoy pensando. Pensándomelo. Pienso, curita. Lo pienso.

—¿Y bien?

—Te creo, curita.

—¿Por qué?

—Porque al aire se le obedece, curita. Es la ley. Hay que hacerle caso al aire, hay que tener el corazón grande. Yo tengo otro secreto. ¿Te acercas y te lo digo?

—No.

—Acércate y te lo cuento. Acércame esa orejita.

—No.

—Está bien, te lo cuento igual. Los gatos sueñan el doble que cualquier persona. Y mucho mejor. Ese es el secreto.

—¿Ya está?

—¿Qué te parece, curita? ¿Sabes que puedo hablar en lenguas muertas? Estoy presumiendo, curita. Van dos secretos ya.

—Bien por ti.

—¿Te ríes de mí, curita?

—Yo también tengo un secreto.

—¿Cuál?

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Claro, curita. Claro.

—Voy a quemarte esas llagas que tienes en los brazos, voy a agujerearte entero con un cigarrillo encendido. Solitude va a ayudarme. Voy a abrasarte vivo.

—No va a dolerme a mí, curita.

—Tal vez no y tal vez sí, pero voy a hacerlo igual. Para que chilles y patees.

—Estas llagas, curita, son bocas diminutas. Dicen cosas, ¿las oyes?

—No.

—Tu novia, curita, sí.

—No me intimida la mentira, engendro. Ni temo la melancolía.

—Las llagas recitan, curita. No hay maldad en sus palabras. Desnudan la mentira en la que viven. ¿No es hermoso?

—La corrupción no es hermosa.

—Sólo quienes, como nosotros, buscan liberarse de ser abarcan de esta manera la inocencia y la corrupción. Gente de pena, curita. Gente de pena. Hablemos.

—¿De qué?

—De lo que quieras.

—No quiero hablar de nada.

—Hablemos de Gabaón.

—Gabaón no es un lugar.

—Bravo. Nada lo es.

—Esta niña es un lugar.

—La niña… La niña es un lugar, sí. La niña acepta la vida en toda su crudeza. Por eso me gusta tanto, curita: en ella la culpa y el perdón pierden significado. Es un paso. Gabaón es mundo fuera del mundo. Existe para que el mundo exista. Es tormento interior, curita. El estado natural del animal consciente. Mírate. Una niña cualquiera salva el mundo.

—¿Eso piensas?

—La única iluminación posible es la de aceptar la sombra que vive en cada rincón. Llevas contigo, curita, un conocimiento nuevo. Una verdad tan pesada que sólo quieres compartirla. Te sientes culpable, curita. No es fácil estar vivo, ¿verdad? Encontrar las ganas.

—No.

—Voy a revelarte algo: no soy inteligente.

—¿Eso es todo?

—Eso era. ¿Qué piensas?

—Me da igual.

—Aprecia esto, entonces: vivo en un arco ojival; justo en la punta, curita. A veces el mal encarna en una criatura del Señor, no podemos evitarlo. ¿Qué piensas del mal, curita? Es para seres pensantes. ¿Qué cara dirías que tiene?

—No tiene cara.

—Hay un principio personal detrás del mal. No soy un símbolo, curita. Obro. Toma nota, curita, esto va a ir rápido. Con pluma en tinta, no en cera. En alas de papel frágil. ¿Sabes de quién es?

—Sí.

—Existe un solo error, curita: el de creer. Materialistas, magos, no hay solución, curita. Lo que no se entiende no es, hay que entender para creer. La fe no existe. La bondad tampoco existe, es un cuento. Y un enigma. Y al revés. Claro que soy, curita. El hombre, curita, es demasiado insignificante para tanto mal. No obstruyo, al revés, facilito. Soy liturgia y enseñanza. No soy el enemigo del hombre, soy el misterio, Jesús no me combatió a mí, combatió a Yavé, ¿no lo entiendes? Soy lo visible y lo escondido. El hombre y la mujer. La más bella criatura, la más enamorada de sí. Soy un serafín encarnado, curita, mi propia negación. Soy cualquiera. El mal existe porque alguien decidió pecar, libremente, porque sí. Soy el espíritu que todo lo rebate, sólo deseo ser adorado, ¿es pedir tanto? No puedo sino amar. El odio es eso, curita: la obligación de amar. Me apodero del cuerpo del hombre, soy el amigo de las niñas, igual que tú. Le doy una oportunidad al mundo, igual que tú. Soy el tercero en discordia, igual que tú. Una lámpara se apaga y allí estoy; una silla se mueve y allí estoy. ¿Quieres volar, curita? Soy la marca y el rasguño, la paliza a la viuda y al hijo, la tortura del santo y del anciano. La compasión verdadera. El daño. Soy la caricia, curita. La

idea obsesiva. Soy quien soy. Veo con ojos de otros, oigo con oídos de otros. Existo, curita. ¡Existo! Soy la oración que queda, la que no se va de la cabeza. El compromiso solemne. La orden. Soy el que nunca delega. Soy la esposa. Soy el equilibrio y la discreción.

»¿Podemos hacer un pacto? Un pacto, curita, entre caballeros. Uno simple. Sólo te pido una cosa. Con deportividad. Tú y yo. De forma honorable.

—Habla.

—No la invoques a Ella. A Ella no. Invoca a los santos, al príncipe de cada raza, a los arcontes, invoca ya sabes a quién. Pero a Ella no.

—¿Por qué?

—Madres no, curita. Madres no. En cuanto las llamas, llegan. Prométeme que no lo harás.

—No puedo prometerlo.

—Querría pasar un tiempo fuera. Fuera de la niña, ¿qué te parece? Unas vacaciones, curita. Un paréntesis. Fuera, como tú querías. ¿Lo ves posible?

—Ya no.

—Déjame salir, curita. Un rato nada más.

—Sólo prisionero vives.

—Libera a la niña.

—No.

—No a todas las encerráis. Liberad a esta.

—Encerramos a las mejores.

—A esas las matáis.

—No todas mueren.

—Ninguna muere, curita. Esa es la cosa. Pero cuesta, ¿eh? Cuesta mucho. Esta niña es tan mala… Mala como un alacrán. Esta niña es un eclipse.

—Debe progresar en santidad. Para eso es Gabaón.

—Eres un idólatra, curita. Como yo. Trae un cordero, rebánale el pescuezo, magia negra, magia blanca, pero deja a la niña en paz.

—La magia blanca no existe.

—Claro que existe, curita, sólo que es tan impura como la otra. Déjame salir.

—No está en mis manos.

—¿Aunque la niña enferme?

—Aunque reviente. ¿Sabes lo que voy a hacerte?

—¿Qué vas a hacerme, curita? Disfrutas demasiado, ¿lo sabes?

—Iremos al infierno juntos.

—Los demonios no van al infierno.

—¿Por qué?

—Porque se queman, curita. Porque se queman.

XXXVI

Una vez maté a una cabra y no me lo perdonaron, maté a un perro y no me lo perdonaron, maté a un niño y me lo perdonaron. A veces no sabe una qué pensar. A veces no sabe una dónde tiene la cabeza.

* * *

—Vamos a tener que purgarla, criatura —dijo la madre Adriana —. Purgarla de una vez. Por completo.

—¿Eso lleva mucho tiempo, madre?

—No, criatura. Eso lleva un rato o ya no pasa.

XXXVII

Estoy muy débil muy débil muy débil, qué gusto, qué débil soy. Qué bien, me sacan del cuarto, todo es igual que en los sueños. Qué bien. Qué bien, muy bien llego, bien me canso. Bien me canso.

Me han llevado a la capilla, muy pronto, casi de noche, y estaba muy limpio todo, entre la madre Adriana y el padre Salcedo me han llevado, pero luego la hermana Adriana no podía conmigo o no podía cargarme o no podía llevarme bien, y eso que me cogían entre dos, en silla de ruedas, digo, uno delante y otra atrás, o al revés, no sé, porque resulta que, aunque me sentaban en la silla, pues me caía de la silla, pum, y entonces ha salido el padre Solitude, que qué guapo el padre Solitude, de la capilla, digo, que estaba justo delante, y ha salido a por mí, que no sé cómo se habrá enterado de que me caía, y me ha llevado en brazos así, como a lo fuerte, como si sería pequeña, y el padre Salcedo llevaba la silla él y luego se daba cuenta que era tonto y la dejó tirada en el pasillo y ya, que no sé quién la recogería luego, a lo mejor nadie.

Me cansé.

Pero han pasado cosas antes.

Porque antes, en la habitación, que también puede decirse cuarto, me había lavado la madre Adriana, del todo, digo, muy bien lavada, pero que muy bien me había lavado, que me lavó por todas partes como si sería un conejo, ella y Tamata y sor Humilde, porque también estaba la vieja, que no es la madre superiora ni nada, aunque a veces parece que sí porque es muy vieja, no sé si lo he

dicho ya. Y la hermana Tamata estaba como nerviosa, pero no nerviosa mal, nerviosa bien, como si la haría ilusión estar, como si no quería perdérselo, como si sería jueves o sábado y la dejaban salir a dar un paseo. Y luego fue un poco raro, porque en la puerta del cuarto estaba Félix, que hacía mucho que no venía y estaba como por fuera, por fuera de la habitación, digo, porque Félix se asoma a veces, por si acaso, cucú, y me han quitado el camisón, que estaba lleno de ronchas y entonces ya no me miraba, llenito de ronchas estaba, para lavarme del todo, que, según la madre Adriana, no es lo mismo lavar que limpiar, lavar no es limpiar, me dice, limpiar es otra cosa, criatura, ya verá qué bien se queda. Y luego estaba Lacruá, que es el perro del guardés, bien sujeto a la correa para que no se me echaría encima, que yo creo que, si le dejaban suelto, va y se me tira a las piernas, para morderme y eso, o a lo mejor para dejar las llagas limpias ahora que ya no me sangran, que a buenas horas mangas verdes, que ya se han quedado quietas y por eso te lo digo. Por si es importante.

Y luego me han lavado con la esponja y todo, y la madre Adriana la mojaba en el cuenco bien, que al final resulta que es jofaina, como apretando y soltando, apretando y soltando. Y entonces ha entrado Salcedo, cuando ya Félix no estaba casi y ya ha dejado de asomarse, o igual es que le dijeron que mejor se iría, no sé, que saldría del cuarto o algo, y la hermana Tamata, que también puede decirse María Tamata y es más fuerte que sor Humilde porque es joven y fuma a lo loco, me estaba como agarrando por debajo de los brazos, para que no me caería, que no me aguantaba sola, que no sé si he dicho ya que no tengo fuerzas casi. Y sor Humilde me subía así los brazos y la madre Adriana frota que te frota, y entre las piernas y todo, y a mí qué, y, cuando metía la esponja en la jofaina, que ya sé perfectamente que se puede decir de más maneras pero

ahora me gusta jofaina, pues salía sangre y todo y era sangre del medio de las piernas, y así estaba la esponja, primero seca y luego no, que se la soltaba la sangre como si sería un río y era más negra que roja, aunque me costaba torcerme para mirar, no te creas, y no era jarra ni nada, que era un cuenco o también jofaina, y había que cambiar el agua porque se ponía roja y entonces Tamata iba y venía, por lo menos tres veces, yendo y viniendo, yendo y viniendo. Y luego salió sor Humilde, pero de la habitación, digo, que es muy vieja sor Humilde, y ya no volvió nunca más. Y me secaban muy bien con una toalla muy blanca antes de que venía Salcedo, que, no sé si lo he dicho ya, pero vino, que a veces mezclo las cosas porque pasan todas juntas o porque van a pasar. Y entre la madre Adriana y sor Tamata, que también puede decirse María Tamata, me metieron en el camisón como si me había muerto, por arriba, digo, pero un camisón muy nuevo, blanco y precioso, que ya sé perfectamente que no se dice camisón, que es más como una túnica, que me acabo de acordar ahora, pero una túnica también es camisón, si te fijas. Y entonces vino Salcedo, que entonces ya sí que vino, a ver si lo cuento bien, cuando estaba toda seca y ya llevaba la bata, y, por la cara que puso, estaba, me parece a mí, muerto de miedo, y me sujetaba la cabeza así, como de lejos, y entre la madre Adriana y él me ponían en la silla, que era una silla de ruedas, que a saber de dónde era, de alguna monja muerta, seguro, que a saber qué estará haciendo ahora, y no sé muy bien por qué no estaba Félix, para ayudar, digo, aunque al perro se le oía lejos y a lo mejor es por eso que se le había llevado Félix, para que no ladraría.

Y el padre Salcedo empujaba y la madre me agarraba por delante, para que no me caería, porque, como estoy muy débil, pues me caía a lo loco, y, como sor Humilde no está, pues quedaba sor Tamata sola, que iba andando por delante, por el pasillo, digo,

mirándome como detrás, como para mirar si tenía piernas. Y me dio por pensar que me caía, que me caía del todo, y casi me entra la risa, yo creo que por imaginación, y era todo un remolino de los que hay en los rincones, cuando se pone a volar todo y se llena todo de polvo.

Y entremos en la capilla, que es como una iglesia pequeña, y al padre Salcedo le costaba mucho, y menos mal que Solitude me agarró, qué guapo, que creo que lo he dicho ya, que estaba esperando dentro, que, si por mí sería, mejor no me soltaba nunca.

Y voy a contar lo nuevo.

Porque estaban todos esperando, todos serios, que me daban ganas de decirles: ¡alegría, alegría!, pero, como estaba débil, pues no me salía. Y el padre Solitude me tiró donde la mesa que tienen todas las iglesias, pero despacio, y también en las capillas, que no es una mesa mesa, que no me sale la palabra, y estaba allí sor Humilde, que para eso se había ido antes, te lo digo yo, para coger sitio, que yo de tonta no tengo un pelo. Y luego estaba el padre Alén, que parecía el jefe de todos, así con la bufanda puesta, que le tocaba morada y ya sé que es un adorno, que no es porque hacía frío. Y he dicho que estaban todos pero en el colegio viven muchos y además era pronto, de noche casi, que no había salido el sol ni nada, pero estaban todos los importantes, eso seguro, así que, si lo piensas bien, estábamos: el padre Salcedo, la madre Adriana, sor Humilde, sor Maite, que no sé si lo he dicho ya pero también estaba, quemando un humo gris, que menuda peste, sonriendo y todo, rara como ella sola, justo donde el padre Alén. Y luego estaba Solitude, que es el que me puso en la mesa, y me dio mucha alegría cuando me tiró con cuidado, que a mí no me tiran con cuidado nunca, qué gusto cuando te ponen así. Y luego estaba el padre Alén, que ya lo había dicho de antes, poniendo la jofaina y todo, que no sé si

cuando es hierro se puede decir jofaina, y estaba sor María Tamata, que también se puede decir Tamata.

Y el padre Alén abrió un libro muy grande, que era, yo creo, la Biblia, aunque era fino y muy bonito. Y entonces cogió la madre Adriana y me tiró de los pies, pumba, de los tobillos, digo, porque los tobillos, si te fijas, también están en los pies, y me tiró despacio, como para no romperme, con cuidado cuidadísimo, para que me estiraría bien, para que estaría bien recta. Y luego la hermana Tamata me puso una sábana doblada, por debajo de los pies, digo, yo creo que por el frío, porque menuda fría la mesa, aunque yo tenía frío de antes, yo creo que por la fiebre, que me quemaba la cabeza y todo, y a buenas horas mangas verdes, porque me quemaba el cuerpo y a lo mejor es por eso que me costaba tener ideas, que me iban todas en círculo y se me iban y venían.

Y entonces el padre Solitude le preguntó al padre Alén que si no estaba el médico, y por lo visto no. Y luego que si el obispo sabía algo y por lo visto tampoco, aunque le noté en la cara que no le gustaba que se lo preguntarían, porque por lo visto el obispo tiene que darle permiso, que hay cosas que no se hacen si no te las manda él, aunque ya me dirás tú para qué le necesita el padre si es el jefe del colegio. Y entonces el padre Alén le contestó que sí, que tenía los papeles, pero se le notaba mucho que se lo estaba inventando. Y entonces la hermana Maite puso cara de reírse, que igual era por el humo, porque igual le hacía cosquillas, o igual era que había comido sopas, porque hay sopas que, si te las comes, te ríes. Y entonces el padre Alén se puso a rezar así, como de tapadillo. Y justo entonces, pum, empezó a dolerme todo. Pum.

Y entonces se pusieron a andar todos, pero como despacio, para donde yo, digo, o a lo mejor a flotar, no sé, no sé si tenían pies, y daban un poco de miedo, la verdad, pero enseguida se pararon y

hasta a mí me daban ganas de rezar, por el dolor sería, o por las velas, que hasta respirar me duele, y ojalá un día la madre Adriana me dejaría ser monja y un día me lo aprendo todo y sé contemplar muy bien y voy y apruebo el examen y puedo decir los rezos. Porque las palabras de las monjas son, si te fijas bien, las mejores de todas.

Y luego me puse a mirar.

El padre Alén cerró los ojos, alzó las manos, las extendió. Musitó unas palabras inaudibles que se perdieron en el aire de la capilla. Volvió a bajar los brazos. Lentamente. Tocó con el dedo índice el agua del cuenco y lo dejó allí unos segundos. Contuvo las ganas de removerlo. Se lo chupó. Se secó en el humeral, que le cubría los hombros. Abordó las oraciones acostumbradas: las letanías de santos —una lista interminable que empezaba en san Pedro y llegaba a santa Rita de Casia—, los salmos de protección —pastores, abrigos, montes—, hizo la señal de la cruz sobre el rostro de la niña, que seguía curiosa cada gesto, y se encomendó al favor de santa Filomena de Roma, dando así por concluidos los exordios, que claramente lo aburrían.

Después se dirigió a Solitude, Adriana, Maite, Salcedo, Tamata, Humilde. En los siguientes términos:

—Os he dado poder para aplastar serpientes y escorpiones. Para que vuestros nombres se escriban en el cielo. —El cortejo lo miraba atento—. Frente a la experiencia del mal, la obediencia. Dios no quiere ni tolera ideas originales, ni actos originales. Dios concibe la constancia, no la iniciativa. Recitamos fórmulas, no interpretamos. —Con cadencia de inventario, fue diciendo—: Agua sagrada, regeneradora, bautismal, liberadora por sus dones del pecado original. Sal bendita. —El grupo repasaba cada objeto—. Santo óleo.

Un cuchillo. Sangre hervida.

Alén le reclamó a Salcedo el pie. Salcedo dio un paso torpe:

—E-en los del monte senos escondidos.

—En los del monte senos escondidos —retomó Alén—, cóncavos de peñascos mal formados, de su aspereza menos defendidos que de su oscuridad asegurados.

—Cuya mansión —lo ayudaba Salcedo.

—Cuya mansión sombría ser puede noche en la mitad del día —Alén volvió a chasquear los dedos.

—Incógnita aún al acierto.

—Incógnita aún al acierto montaraz pie del cazador experto, depuesta la fiereza de unos, y de otros el temor depuesto, yacía el vulgo bruto, a la naturaleza el de su potestad pagando impuesto, universal tributo.

—Y el rey.

—Y el rey, que vigilancias afectaba…

—Aun con.

—Aun con abiertos ojos no velaba. ¡Basta!

—El de sus mismos perros acosado.

—¡Basta, he dicho! Sujetadla. Debo orar.

El padre Solitude y sor Maite se acercaron a la niña. Le ataron las manos a la espalda con un nudo de ciervo, para evitar que huyera a los sueños. La niña quedó de lado con la clavícula forzada. Apretó los dientes.

Alén susurraba cualquier cosa con las manos entrelazadas, la frente gacha, perdida la mirada en el mármol, quizá más allá del suelo. La primera luz del día se colaba por los vitrales pintando de colores rotos los muros de piedra.

Alén volvió a alzar las manos.

—¿Qué hacemos, padre Solitude?

—Resignificamos la belleza.

—¿Qué hacemos, hermana Adriana?

—Alejamos del mal la gracia. La purificamos.

—¿Qué hacemos, hermana Maite?

—Cortamos manos.

—¿Qué más?

—Interpretamos gestos.

—¿Qué más?

—Soplamos rostros.

—¿Qué le pedimos al emboscado, hermana Tamata?

—Le pedimos que se incorpore.

—¿Hacemos preguntas, hermana Tamata? ¿Dialogamos?

—No.

—¿Qué hacemos?

—Sacamos a la gente de la gente.

—Así sea. ¡Amordazadla!

La niña respiraba nerviosa. Solitude le sujetó la cabeza. La hermana Adriana le metió un paño en la boca. La niña se revolvía. Un dolor voraz y nuevo le nacía del rostro y le recorría el cuerpo hasta los dedos de los pies, adueñándose de su entendimiento.

El aire dejó de correr.

La niña estaba inmóvil; su mirada era confusa, encrespada; resoplaba por la nariz. Parecía un cervatillo.

—El servidor de Dios no debe escuchar ni interactuar ni debatir —dijo Alén—. El servidor invoca.

Flaca como un junco, la niña lo miraba.

—En el nombre de Jesucristo, quien deba manifestarse, que lo haga.

El primer temblor fue imperceptible. Un ligero espasmo en el pecho de la niña que apenas pareció alterar nada, aunque el silencio

de la capilla se abombó por un segundo. En el centro del latido, la niña recelaba.

—¿Cómo debe ser el servidor de Dios, hermana Adriana?

—Paciente, pero no más de lo necesario.

—¿Cómo debe ser el servidor de Dios, hermana Maite?

—Desconfiado y altivo.

—¿Cómo debe ser el servidor de Dios, hermana Tamata?

—No lo sé.

—El servidor de Dios no debe ser mediocre en la oración. No debe caminar desarmado. ¿Cómo debe ser el servidor de Dios, hermana Tamata?

—No debe ser mediocre en la oración. No debe caminar desarmado.

—¿Cómo debe ser el servidor de Dios, padre Salcedo?

—Pulcro.

—El servidor no es guía. Confía y sostiene. No sana, sólo Dios sana. No se involucra, no teme. ¿Se involucra el servidor de Dios, madre Humilde?

—No.

A la niña, a pesar del atontamiento, le sorprendió la voz de Humilde.

—El servidor de Dios no debe recibir compensación, está al servicio de la razón sólo. ¡Todos!

—El servidor de Dios no debe recibir compensación —repitió el grupo—. Está al servicio de la razón solamente.

—De la razón sólo —los corrigió Alén.

Los demás lo repitieron.

El padre Solitude apartó el cuchillo para que Alén alcanzara el aceite. La niña forzó aún más los hombros cuando Alén la tomó de la cara y le dibujó en la mejilla un triángulo, que al instante se abrió en

carne.

—Desprecio a lo sagrado —señaló Alén con neutralidad.

Todos se acercaron a mirar.

—Tan sólo la comunión en el sufrimiento de Cristo sirve para liberar las almas. —Dudó un instante—. *Aliquae animae*. —Contempló a la niña con compasión. Sobre su blanquísimo pómulo palpitaban las tres puntas. Alén la tocó en la frente—. Discernimiento —dijo—. Escucha atenta. Certeza moral. Son las armas del servidor de Dios. ¡Dejad que hable!

Maite y Solitude desembozaron a la niña y el mudo empezó a hablar:

—No es aversión por lo sagrado, curita. Apetito sólo. Te tentaré y haré caer.

—¿Quién eres?

—Uno de tantos.

—¿Cuántos nombres tienes?

—Francisco, Teresa, Vicente, Tomás, Clara, Martín, Roque.

—¿Quién de ellos eres?

La niña tardó en responder. Aplastada boca abajo, estiró cuanto pudo el cuello sin alcanzar el ángulo que le habría permitido ver a Alén.

—¿Ahora quieres que tenga nombre? —La niña rio con amargura.

—No tan cerca, padre —le advirtió Solitude, que volcaba el peso sobre la niña para inmovilizarla.

—¿A quién perteneces?

—A Dios.

—Dios no te ama, niña.

—¡MENTIRA!

La pequeña se crispó como una liebre y proyectó la mandíbula

hacia Alén. El doble lazo de las muñecas salvó al cura, retirado justo a tiempo.

—No dialogamos, padre —le recordó Solitude—. Ni interpretamos.

Alén volvió a acercarse.

—¿Dónde estás?

—En un hueco.

—¿Qué ves?

—Un gran sol. Devuélvele el nombre, curita.

—¿Qué oyes?

—Un eco fiero. Mírala, curita, está muerta, suda agua helada.

—Padre… —imploró Solitude.

Alén volvía a rezar en voz baja. La niña sonrió, encantada.

—¿Con quién hablas, curita? ¿Te has hecho un tablero de letras? —Sonrió otra vez—. Ojo, curita, lo que nos divierte nos daña. Los pecados son semillas y tú eres suelo fértil.

Alén alzó la voz:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te ordeno que te manifiestes por completo.

—¡Y su nombre sonó diferente! —gritó la niña, entusiasmada—. ¡Bautismal sacramento cuando una nueva voz te nombra!

—En el nombre de Cristo, yo te expulso.

—No ocupo ningún lugar, curita.

—Di tu nombre.

—Soy el final por medio de la súplica del dominio perecedero de la razón. Devolvedle el nombre, he dicho. Devolvedle el nombre. ¡Devolvedle el nombre! ¡DEVOLVEDLE EL NOMBRE!

Sacudida de espasmos, la niña comenzó a aullar. No hubo transformación física, sólo súbito desbordamiento de los límites de la cordura.

—Alén, es suficiente.

Salcedo ayudaba a Solitude como podía. Las monjas, mucho más sabias, se quedaron donde estaban.

—¡El auxiliar no guía —gritó Alén—, el auxiliar auxilia! ¡Dios libera, no nosotros! —Se volvió iracundo a Solitude—. El servidor de Dios no piensa ni improvisa. ¡Obedece!

Una cucaracha azul miraba a sor Humilde y sor Humilde a ella. Tamata susurró:

—Mátela, madre, aplástela. Es una espía.

—Quietas las dos —ordenó Maite.

La niña se dobló por la mitad, pegando las rodillas a las entrañas. Se sacudía en arcadas. Comenzó a expulsar por la garganta una docena de objetos metálicos: anillos, monedas, llaves, que le llenaron de sangre la sonrisa y se la desarticularon. Su voz reptaba como un ciempiés.

—¿Sabes qué hay que hacer para escupir un clavo, curita? —Alén la miraba sin expresión—. Tragarse un clavo. —La niña volvió a reír.

Un ruido opaco emergió del suelo. Se colaba por los talones de las monjas y atravesaba los cráneos de los curas, como si se partiera en frecuencias distintas. Las paredes de la capilla desaparecieron por un instante, revelando un océano turbulento. Una sombra gigante los observaba, una presencia desmesurada y sin sexo. Fue apenas un parpadeo. Las paredes recuperaron su materialidad, pero nadie podía ignorar ya el olor a sal.

—Enséñame la cruz, curita.

Desprevenido, el padre Alén obedeció. La niña saltó como un gato, con las manos a la espalda. Pegó el rostro al metal.

Alén retiró la cruz.

—Quién eres, monstruo.

—El placebo —respondió feliz la niña—. Soy quien soy.

—¿Quién eres, te digo?

—El hombre es una realidad inescindible de cuerpo, mente y espíritu.

—Las niñas no —repuso Alén.

—Las niñas no.

El padre Alén sostenía la cruz como una espada.

—¡San Miguel Arcángel, ampáranos en la batalla, sé nuestra protección contra la perversidad y las trampas! —El cuerpo de la niña se arqueó—. ¡Pedimos suplicantes la victoria! ¡Príncipe de las Milicias, devuelve a la grieta original a cuanto espíritu maligno vaga por el mundo!

—¡Amén! —gritó la niña, desplomándose sobre el ara.

El padre bajó el brazo.

—¿Qué voy a hacer contigo, niña?

—Puedes hacerme lo que quieras.

—Nunca —intervino sor Maite, que sabía lo que no sabía nadie —. Haga cuanto se le ocurra, padre. Pero jamás lo que quiera.

Adriana sujetó con fuerza la cabeza de la niña.

—Tranquila, criatura. Ya está.

La niña le clavó la mirada. Cerró los ojos.

La cucaracha aprovechó la confusión para abandonar el lugar.

El padre Alén suspiró. Miró a la niña. Llenó otra vez los pulmones. Retuvo el aire.

Y le clavó el cuchillo en el vientre.

—Fúnebre oscuridad brotada de la tierra como piedra triangular —recitó—, diriges tus pilares huecos a la inmensidad del cielo y lo desgarras con su vértice. —Esperó un minuto—. En este imperio de silencio sólo las más negras aves pueden cantar sin romperlo.

Y ya no dijo más.

Una orquídea roja se abrió en el centro de la niña,

desplegándose como una bendición sobre la tela blanca. La sangre cubrió el ara y se derramó sin prisa por el alabastro. (La hermana Maite dispuso el cuenco. Tamata, incapaz de esconder el entusiasmo, la ayudaba). Los ojos de la madre Adriana no abandonaban los de Alén.

El santo óleo bullía.

Un tañido sordo apagó el ruido y se abrió camino desde el techo para suspender el tiempo en Gabaón.

Cada cual enfrentó entonces su rostro deformado, sus miedos impenetrables, sus deseos indisimulados.

Maite se reconocía mortal.

Salcedo abrazaba la inanidad como una forma de trascendencia.

Adriana renunciaba al amor y abría a la vez el corazón. Su hermana Ángeles, febril, niña, seria, la miraba desde la penumbra.

Humilde era joven y bella. Se contemplaba las manos con asombro rodeada de un bosque de columnas.

Tamata buscaba su propio bosque. No veía nada.

El padre Solitude era un ser sin dimensiones que se deslizaba por las paredes buscando la salida.

Alén, aplastado al fin por el tardío, contemplaba la herida abierta en la niña.

Todos experimentaron la simultaneidad del pasado, el presente y el futuro de Gabaón, que volvía a erigirse, flamante, desde los cimientos, y a cuyas desplomadas ruinas invadía indiferente la vegetación.

—Mirad todos —musitó sin fuerza— cómo el Señor bendice la lentitud.

La niña se vaciaba.

—Bebed esto —ordenó Maite, haciendo circular un frasco.

Todos mojaron el dedo y se lo llevaron a la lengua.

La niña exhalaba arena en vez de aire. Cada grano contenía un universo diminuto. El tiempo se doblaba. Los objetos refulgían, o tal vez los ojos veían más. Todo flotaba o giraba o caía o permanecía quieto.

Cada movimiento de la niña era una suave blasfemia.

Alén susurró:

—¿Entiendes, hija mía, que acoges un ministerio de felicidad?

La niña asintió con dulzura.

—¿Qué sientes, niña?

—Un gran amor.

Gabaón era un punto en el espacio, tan inabarcable como el dolor de la niña.

—*Puella pars caeli sit* —recitó Alén, dejando caer desfondado el cuchillo en el ara. Repitió—: Forme la niña parte del cielo.

—La niña es parte del mar —le corrigió Adriana.

—Cállate, Ari.

Alén miraba a la pequeña: exangüe, débil, apenas una cáscara vaciada sobre la piedra fría. Le limpió el sudor de la frente. Le cubrió el cuerpo con la sábana, que se bebió el rojo.

—Tienes que marcharte, niña. Para que vivamos todos. Ya no pecarás nunca.

Una última convulsión. Un último espasmo.

Su muerte ocurrió a la vez en Gabaón colegio y Gabaón aldea. Sobrevino el resueno de mil tambores; los cristales temblaron con tiritar de dientes. Todos los gabaonitas, dormidos o despiertos, se fundieron en un acorde mudo que contenía cada segundo de sus vidas. Cada pensamiento o goce. Cada expresión de amor y duda. Cada pequeño desprecio.

Todos lo entendían todo. Lo entendían de nuevo.

El aire olía a flores frescas.

Solitude se acercó a la niña para cubrirle el rostro.
—No —lo retuvo Alén—. No la apures.
Todos callaron.
La niña miraba a Alén con dulzura.
Y dijo:
—Sonrío mucho.

PRINCIPIUM

I

Cuando llega el fin del mundo, todo vuelve a caminar.

Los amantes se aman sin delirio.
Solitude regresa al camino.
El perro calla.
Los niños estallan de vida.
Las abejas vuelven.
El cuarto recupera su ventana.

El cadáver de la niña rasga la superficie del mar y se curva, violento, en la sima negra. Su muerte no es un acto moral, es un acto natural, como una ola que rompe en la orilla. Un delicado desmoronamiento.

El cuerpo martirizado, horas antes organismo de sistemas interconectados, se fragmenta. Las células epiteliales, contorno exhausto, comienzan a separarse. Las proteínas de queratina se desenrollan, la estructura molecular se descompone en cadenas de aminoácidos, ingrávidas como hilos de gasa.

Los tejidos blandos son los primeros en licuarse.

Las fibras musculares, hechas de miosina, actina, distrofina, se disuelven para liberar compuestos nitrogenados, festín de la vida microscópica.

Las bacterias se arremolinan sobre los despojos como alquimistas famélicos; aceleran la magia enzimática, la mutación.

Una membrana traslúcida rodea la silueta de la niña, deshecha en verdes pálidos de algas que nacen y en los azules profundos de las corrientes, en los destellos argentinos de la vida nanoscópica, en vaivén perpetuo.

Un pequeño pez iridiscente se aproxima cortando el agua. Arranca con sus dentículos coniformes un fragmento de tejido muscular, tal vez un recuerdo infantil cristalizado en materia orgánica.

Dentro del tracto digestivo, la partícula se descompone aún más, las enzimas convierten las proteínas en aminoácidos. La energía se transfiere de tejido a molécula, de organismo a ecosistema.

Quien una vez fue la niña es ahora provisión. El fósforo de los huesos alimenta el fitoplancton; el carbonato de calcio de la dentadura se integra en complejas estructuras de coral. Las partículas de zinc, hierro, cobre, selenio, yodo, manganeso, presentes de forma infinitesimal en su yo orgánico, son ahora catalizadores para los procesos metabólicos de las algas.

Una diatomea microscópica absorbe los millones de moléculas que una vez formaron parte de su red neural. Se inmolan en su cáscara de sílice, milagro fotosintético que convierte el sol en metabolitos y los metabolitos en azúcares y ácidos grasos.

Crustáceos diminutos descomponen los restos en nutrientes esenciales, absorbidos por las mismas algas que hace un millón de años, tal vez un segundo, insuflaron vida al mundo.

Los recuerdos se desperdigan y ascienden y se convierten en luz. Crecimiento. Sucesión.

El mar no distingue entre la vida y la inteligencia sistémica del metabolismo planetario. La conciencia de la niña, liberada del peso de la carne, se ensancha y disgrega sin límite.

Su espíritu no se pierde en el mar, se convierte en el mar mismo, vasto e indiferente. Cada gota es un fragmento de percepción, un estado informacional sofisticado de señales químicas, gradientes de energía, interacciones moleculares que se comunican a escalas inefables hasta albergar una parte del ser original, que observa, mide y transforma a cuantos lo tocan. La niña no encuentra en el agua paz ni tormento, sólo existencia.

El colegio sobrevive un tiempo como testimonio de la fragilidad del hombre frente a lo desconocido. Gabaón es un pergamino de experiencia colectiva, un libro mil veces borrado y mil veces reescrito, monumento a la humana convicción, organismo inmutable de memoria colectiva e inercia institucional. Paredes empapadas de susurros, historias repetidas. Pupitres, marcas de tiza, carteles desvanecidos, una muesca en la existencia, la metástasis del recuerdo y la transformación del conocimiento en ente formal y respirante.

Las monjas, alegres y despojadas de ilusiones, pululan por los pasillos como inspectoras de un mundo sin escala en el que la compasión y la crueldad coexisten en armonía; unidades administrativas de una entidad más grande que ellas: información transferida, integrada; un complejo sistema adaptativo de tiza, conocimiento, piedra y moho. Un limbo psicológico donde identidad y huella, cuestionamiento y revelación, se entrelazan y confunden, y las paredes gotean tiempo.

Alén pasa el invierno mirando el mar. Trata de obtener del horizonte significado, ya que no redención, a la espera de una primavera cada vez menos posible. El cielo, gris y cercano, reaviva todas las ofensas. Alén recuerda aquella aldea que una vez quiso ser

Roma y ya no. Cuando todo fue posible.

Adriana lo observa desde los juncos, determinada a cuidarlo por siempre.

Solitude, Humilde, Maite, Salcedo, María Tamata, guardan sin saberlo añicos de un espejo roto, piezas aisladas de un rompecabezas que ya es parte de su ser.

La belleza prevalece en cada pensamiento. Siempre hay luz.

Atrás las olas. Atrás.

Sólo el lago subterráneo vive. Al otro lado del tiempo.

Inalterable.

Constante.

Mudo.

Perpetuo.

La musa ha muerto.

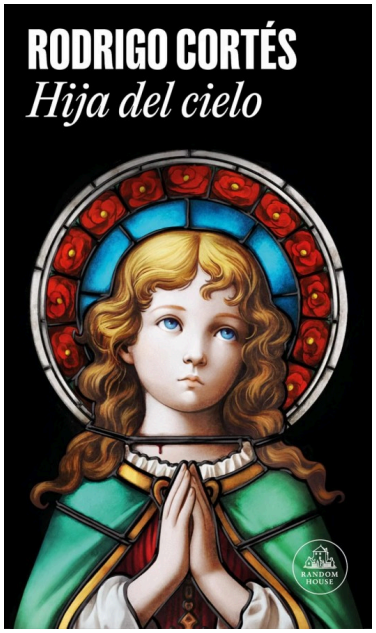
Alba. Alba…

Piramidal, funesta, de la tierra
nacida sombra, al cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altiva,
escalar pretendiendo las estrellas.

Sor Juana Inés de la Cruz

La nueva novela de Rodrigo Cortés, uno de los escritores más libres y genuinos del panorama literario actual.

«Rodrigo Cortés nos ha regalado una novela extraordinaria. La voz conmovedora, burlona y temible de su *Hija del cielo* me acompañará el resto de mis días».
Enrique Murillo



Gabaón es un pueblo al borde de un cortado, frente al mar, pero también un colegio, un orfelinato, un monasterio. Allí conviven sesenta y una monjas atareadas y llenas de propósito. Y tres curas indolentes con el enjuto y vertical padre Alén al frente, con su voz

de rallador de pan a un suspiro de la madre Adriana y sus enormes gafas. Y una niña acaso endemoniada en una habitación sin ventanas. Y el Hombre Guapo dentro de ella. Y un enjambre de personajes extraviados para enturbiarlo todo.

Con tan improbables ingredientes, Rodrigo Cortés construye una novela deslumbrante. La historia de un lugar, de una niña, de un amor, pero ante todo la historia de dos voces: la del narrador, precisa y tallada, y la de la propia niña, de lengua dislocada y silvestre, tumultuosa, capaz de contar el espanto con naturalidad casi cómica.

Poética, bífida y salvaje, *Hija del cielo* convierte un lugar remoto en un universo sin fondo, consagrando a Rodrigo Cortés como uno de los escritores más libres y genuinos del panorama literario actual.

La crítica ha dicho:

«Rodrigo Cortés ha escrito una novela magnética. Con una imaginación exuberante y una confianza plena en el poder del lenguaje, alterna extrañeza y familiaridad, ternura y desasosiego, hasta situarnos frente al espanto».
Pilar Adón

«Hay novelas —son muy pocas— que convierten las leyes de la física en meras sugerencias. *Hija del cielo* es la prueba más poderosa de ese hechizo».
Juan Bonilla

«Un éxtasis literario cuya profundidad y misterio acompañan al lector

más allá de la última página. Por obra y gracia de Rodrigo Cortés, Gabaón existe y permanecerá para siempre entre los grandes territorios míticos de la literatura».
Carolina Ontivero, *ABC Cultural*

Si Dios existe, debe vernos como Cortés ve a sus personajes: criaturas frágiles perdidas en un mundo enrarecido, mayordomos en el festín de su imaginación».
Santiago Roncagliolo

«Escrita con la materia de los sueños, las plegarias y las pesadillas. Su prosa, de una belleza inquietante, convierte la lectura en una experiencia poética que nos dejará suspendidos entre el milagro y la condena».
Agustina Bazterrica

«En esta inquietante novela, Rodrigo Cortés construye una de las voces más perturbadoras de la narrativa española reciente».
Jorge Volpi

«Una nueva escala y estación en el muy particular santoral —entre evangélico y diabólico— que viene predicando Rodrigo Cortés: un escritor increíble, un escritor en el que hay que creer, un escritor al que hay que leer para creerlo».
Rodrigo Fresán

«Los libros de Rodrigo Cortés contienen un espectáculo maravilloso y deslumbrante de imaginación y fantasía. Es uno de nuestros escritores más originales, distintos, un elegido llamado a perdurar».
Manuel Vilas

Rodrigo Cortés quiso ser pintor, escritor y músico; hoy lo hace todo a la vez al dedicarse al cine. Ha trabajado con actores de la talla de Robert de Niro, Sigourney Weaver, Cillian Murphy, Ryan Reynolds o Uma Thurman. Como escritor, publica a finales de 2013 *A las 3 son las 2*, colección de antiaforismos, delirios y bombas de mano, y, un año más tarde, *Sí importa el modo en que un hombre se hunde*, su primera novela. En 2016 aparece su nuevo libro de breverías, *Dormir es de patos*, y en 2021 publica *Los años extraordinarios*, su segunda novela. Firma para el diario *ABC* la sección *Verbolario*, diccionario satírico que inspira su quinto libro, de igual título, y escribe de forma habitual en su tercera página. En 2024 publica *Cuentos telúricos*, su primera antología de cuentos y su sexto libro. Habla de cine, literatura y música en *Aquí hay dragones* y *Todopoderosos*, los dos podcasts más escuchados del momento.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Rodrigo Cortés
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: Vero Navarro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4737-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Hija del cielo

Prima pars. Mano izquierda

- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Capítulo IX

Secunda pars. Mano derecha

- Capítulo X
- Capítulo XI
- Capítulo XII
- Capítulo XIII
- Capítulo XIV
- Capítulo XV
- Capítulo XVI

Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Tertia pars. Pie izquierdo
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Interlectio
El rumor verde
Quarta pars. Pie derecho
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Quinta pars. Costado
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Principium

Capítulo I
Sobre este libro
Sobre Rodrigo Cortés
Créditos